

FERNANDO DÍAZ VILLANUEVA
ALBERTO GARÍN GARCÍA

LUTERO, CALVINO Y TRENTO

LA REFORMA QUE NO FUE

La escisión religiosa que condenó a Europa a siglo y medio de crueles enfrentamientos. Y la mal llamada «Contrarreforma» católica, la cual, para muchos historiadores, constituyó la verdadera Reforma, que logró la gran renovación de la Iglesia.



SEKOTIA

Fernando Díaz Villanueva

Alberto Garín

*Lutero, Calvino y Trento,
la Reforma que no fue*

© Fernando Díaz Villanueva y Alberto Garín, 2022

© a la edición Editorial Almuzara, S.L., 2022

Editorial Sekotia

www.sekotia.com

Editor: Humberto Pérez-Tomé Román

Colección Biblioteca de historia

Ebook: R. Joaquín Jiménez R.

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

ISBN: 978-84-11311-96-0

Hecho en España-*Made in Spain*

*Dedicado a Katja y Loren
protestante germana y católica novohispana*

PRÓLOGO

Por León Gómez Rivas

Los historiadores Alberto Garín y Fernando Díaz Villanueva no dejan a nadie indiferente. Fernando —además— es un brillante comunicador, que ya ha publicado un buen número de libros. Juntos protagonizan unos entretenidos y muy documentados programas audiovisuales cuyo estilo, de alguna manera, se plasma en este libro escrito a modo de conversación. Claro, el tema de la Reforma no es fácil de abordar desde esa perspectiva más informal: pero entiendo que no han pretendido redactar un tratado filosófico-teológico sobre ese bien complejo acontecimiento, sino compartir con sus lectores o contraescuchas un punto de vista siempre «políticamente incorrecto». Aparte de combatir esa enorme ignorancia que tiene nuestra sociedad sobre tantas cuestiones históricas.

Y he aquí que, durante la grabación de un programa sobre la Escuela de Salamanca, me propusieron redactar el Prólogo. Lo que he abordado jugando a desempeñar el papel de un tercer dialogante en ese minucioso recordatorio de Lutero y su Reforma. Esto me permitirá disentir cordialmente de algunas opiniones expresadas a continuación, y así azuzar al lector para que vaya sacando sus propias conclusiones.

Precisamente ese día estuvimos conversando sobre cómo, al menos hasta nuestra generación, gran parte de la sociedad española es culturalmente católica; aunque no lo sepa y apenas visite la iglesia. Sin embargo, la necedad y el sectarismo se empeñan con bastante éxito en arrancar esa cosmovisión de la escuela, los medios, la política o la universidad. Frente a ello, Alberto y Fernando les ofrecen

una muy personal interpretación de la historia de España y Europa: aquí no van a encontrar una apología del catolicismo... pero sí una vacuna contra la estulticia generalizada.

Por ejemplo, el capítulo primero nos describe muy bien esa lamentable práctica de la venta de indulgencias. Afortunadamente, la Iglesia católica ha conseguido reformar criterios o tradiciones que no formaban parte del mensaje cristiano fundacional. Este asunto del pecado se abordó después con profundidad en Trento y, a mi juicio, ha quedado teológicamente resuelto: el sacramento de la confesión, instituido en el Evangelio («a quienes perdonéis los pecados» Jn 20, 23), limpia de esas faltas. Pero queda una «culpa» que el penitente debe satisfacer con buenas obras, peregrinación, oraciones... y también limosnas: sin embargo, no de aquella manera que explicaba el predicador Johann Tetzel en Sajonia, y que Lutero denunciaría con razón. Pienso que Roma tomó nota de los excesos, y hasta hoy se ha mantenido una práctica mucho más espiritual en la satisfacción por los pecados con la ayuda de las indulgencias.

Hace muy pocos años se celebraba el Quinto Centenario de la Reforma, que en España pasó —lógicamente— bastante desapercibido. Tampoco tuvieron mucho impacto las tesis de Lutero en un reino que, nos lo recuerda el capítulo 4 (y el mismo título de este libro), estaba mucho más adelantado en esa inquietud por renovar el mensaje cristiano y acabar con las malas costumbres tan frecuentes en la Europa Central. Los Reyes Católicos y Cisneros tuvieron un protagonismo fundamental. Junto a su reforma de los clérigos regulares y órdenes religiosas, la fundación de la Universidad Complutense (en Alcalá de Henares) avanzó un sorprendente entendimiento entre el nuevo

humanismo y la fe tradicional: allí comenzaron los primeros estudios sobre la Biblia que culminarán con la edición políglota de 1514-1520.

Por eso no fue una casualidad la aparición de nombres como Ignacio de Loyola, Teresa, Francisco Javier, Juan de la Cruz, Pedro de Alcántara y un largo etcétera de personajes que la Iglesia católica declarará «santos» (precisamente en 2022 se cumple el aniversario de los tres primeros, en la Roma de 1622 donde se decía que «iban a canonizar a tres españoles y a un santo» —el italiano Felipe Neri—).

Roma y Madrid tuvieron durante siglos una relación tormentosa: desde el «sacco» de 1527 que nos cuenta el capítulo tercero, y que nuestros autores engarzan con las Dietas de Worms (1521) y Espira (1526), o las negociaciones de Carlos V para ser coronado Emperador en Bolonia (1530). Hoy día resulta difícil de comprender ese poder temporal de los papas en sus territorios italianos, como tampoco se entendían en España sus alianzas con franceses (¡amigos de los turcos!), florentinos o venecianos contra la Monarquía Católica. Pero debían respetar su primado espiritual; en ocasiones con mayor conciencia que los mismos pontífices: es correcta la narración sobre la insistencia de Carlos V para convocar un concilio que resolviera la escisión dogmática protestante, y que no se iniciaría hasta el año 1545.

Sin embargo, ya en 1534 Francisco de Vitoria dictaba en Salamanca sus —menos conocidas— *Relecciones* sobre el poder de la Iglesia, del Papa y de los concilios. Donde, junto a la más famosa sobre los indios (1539), expresaría las siguientes afirmaciones: (3) «El Papa no es señor civil o temporal de todo el orbe»; (4) «Aunque el Sumo

Pontífice tuviese poder temporal en el mundo, no podría darlo a los príncipes seculares»; (5) «El Papa tiene poder temporal en orden al espiritual»; (6) «El papa no tiene ningún poder temporal sobre los indios bárbaros ni sobre los demás infieles».

Sorprende la modernidad de aquella Escuela de Salamanca a la que me refería al principio, y que hasta hace apenas cincuenta años hemos empezado a entender cabalmente. No ya los políticos y gobernantes civiles, sino también la propia Iglesia católica tuvo muchas dificultades para comprender esa diferencia entre el orden espiritual y el temporal: cierto, nos lo explican los autores, que durante siglos no era fácil separar —en sus deberes de gobierno— la preocupación del rey por la salvación de las almas de sus súbditos. Pienso que hasta el Concilio Vaticano II no se asumió la necesaria autonomía entre ambas esferas.

Y, comparativamente, tampoco podemos hablar de la teología-política protestante como de una antesala hacia la separación de poderes: al contrario, habría que estudiar más a fondo el absolutismo teocrático en que devinieron muchos países reformados. Siento no poder escribir sobre esta materia, que apenas conozco: animo a los propios Fernando y Alberto a ocuparse de ello en una próxima ContraHistoria...

Pero regresemos al Concilio de Trento, que se estudia en el capítulo sexto. Tuvo un desarrollo largo e intermitente, en varias sesiones y diversas localizaciones (como nos recuerdan los autores). Me ha gustado su «defensa» de la expresión «tridentino» como algo moderno, y sin ese carácter peyorativo que a los españoles tanto nos gusta referir a nuestra propia historia: en Trento hubo una presencia abundante de compatriotas nuestros, y con

grandísima calidad teológica. También nos explican otras repercusiones menos conocidas del concilio, como en la liturgia, el arte o la arquitectura; el origen de los seminarios para la formación de los sacerdotes, tal cual hoy los conocemos; o la importantísima fuente de información histórica que son las partidas de bautismo.

Permitan ahora unas palabras sobre el problema teológico del pecado, la gracia y la salvación que, desde mi punto de vista, arranca de una mala interpretación de san Pablo y san Agustín (recordemos que Martín Lutero pertenecía a esta orden religiosa). Aquí hay varias cuestiones que me gustaría abordar:

– Primero, el concepto de «hombre caído», supuestamente originado en el obispo de Hipona. Lutero lo interpretaba de una forma extremadamente radical, siguiendo algunas herejías medievales de las que también habla este libro. Es cierto que ese «pecado original» de la Biblia (contado desde la peculiar historia de la manzana de Eva) dañó la naturaleza humana según había sido creada por Dios: pero no hasta esos niveles de perversidad que asume la Reforma (o, por ejemplo, Hobbes). Además, inmediatamente se pone en marcha un «plan de Salvación» con los patriarcas del pueblo de Israel, y que debería terminar con la venida del Mesías.

– Además, con la Redención obrada por el sacrificio de la Cruz, el hombre alcanza de nuevo ese estatus de «Hijo de Dios». Incluso — en cierta medida— mayor al de su primera creación, como indica la liturgia de la Pascua con esa fascinante expresión de «felix culpa». A partir de aquí ya sí es posible la salvación del creyente.

– Ahora bien, Lutero identifica salvación con predestinación. Leyendo a san Pablo que la justificación

viene por la fe (Rom 3, 27), confunde la doctrina teológica con sus propias inseguridades personales y llega a ese punto tan contradictorio: solo se salvan los elegidos. Porque las obras (de la Ley) no sirven para nada. Claro, en ese escenario resulta muy complicado mantener la vigencia de los sacramentos: particularmente la eucaristía o la confesión. Los católicos todavía compartimos el bautismo con algunas Iglesias reformadas; pero ese concepto de que la gracia de Dios pueda llegar a través de ciertos signos sensibles no es compatible con la máxima: *«sola fide, sola gratia, sola Scriptura»*.

Sobre esta cuestión se han escrito millones de páginas (no exagero), y desde luego no vamos a resolverla aquí. También los católicos entraron en una compleja controversia sobre el papel de la Gracia y las buenas obras (conocida como De Auxiliis), en la que jesuitas y dominicos se acusaron mutuamente de calvinistas o pelagianos. Pero, de nuevo, esa es materia para otra ocasión.

Termino ya rápidamente cabalgando sobre los capítulos 5, 7, 8, 9 y 10, que nos ofrecen un entretenido repaso de la historia política o religiosa de España y Europa posterior a Trento. Léanlos, porque en general se sabe poco de las guerras entre las distintas Iglesias reformadas; o de sus diferentes denominaciones: baptistas, anabaptistas, calvinistas, luteranos, presbiterianos y episcopalistas, congregacionistas o todas las variantes evangélicas. En cualquier caso, la Europa postridentrina es la historia de Felipe II y sus ejércitos (los famosos Tercios de Flandes) en los Países Bajos: un territorio heredado legítimamente de su padre el Emperador Carlos y su abuelo Felipe de Borgoña. Es también la historia de las guerras con Francia e Inglaterra, antesala de esa primera confrontación casi «mundial» que fue la guerra de los Treinta Años.

El capítulo 8, *La Pax Catholica* nos habla de una visión menos conocida del rey Felipe III: los tratados de paz con Inglaterra (1604) y con Holanda (1609: Tregua de los Doce Años). Tengo una especial predilección por el cuadro que plasma las conversaciones en Somerset House (Londres), donde la élite de la diplomacia española trataba de tú a tú a una Inglaterra apenas emergente. Pantoja de la Cruz nos recuerda con su retrato las fotografías de un consejo de ministros actual. A la izquierda vemos la delegación hispano-flamenca: Juan de Velasco (junto a una ventana convenientemente abierta), Juan de Tassis y Acuña, Alessandro Robido, Charles de Ligne, Jean Richardot y Louis Verekyne.

Es adecuada la explicación de Alberto Garín y Fernando Díaz Villanueva sobre la guerra de los Treinta Años: no fue un conflicto puramente religioso, sino una guerra dinástica en la que combatieron en el mismo bando ejércitos con religiones distintas. Tras la Paz de Westfalia (1648) «los alemanes concluyeron que lo mejor era no volver a matarse y establecer una frontera clara entre ambas confesiones que no se ha movido hasta hoy». Para España supuso el comienzo de un ocaso, que se prolongará todavía más de un siglo.

El último capítulo nos lleva de la Reforma al siglo XXI. Muchas cuestiones actuales tienen que ver con esa escisión religiosa; pero no todas: lean por ejemplo la discusión de los autores respecto a Max Weber. En cualquier caso, ya les avisaba que no quedarán indiferentes ante ese torbellino de ideas que siempre nos ofrecen Alberto Garín y Fernando Díaz Villanueva.

PREFACIO

La Reforma que no fue es un libro a dos voces, nuestras dos voces: Fernando Díaz Villanueva, periodista y divulgador de historia, y Alberto Garín, arqueólogo y, por lo tanto, historiador. Aunque ambos compartimos *alma mater*, la Universidad Autónoma de Madrid, el presente libro nace de un programa de radio, *La contrahistoria*, un programa que busca la divulgación de forma amena, pero crítica y centrada siempre en los hechos. La idea desde su nacimiento en 2016 es formular preguntas a los hechos conocidos del pasado y que esos mismos hechos guíen las respuestas.

Esta es, en esencia, la empresa primordial de este libro. Nos hemos preguntado por la Reforma luterana de comienzos del siglo XVI. Por las razones que pusieron en marcha dicha Reforma. Por comprender todos los otros procesos de reforma que ya había vivido el cristianismo a lo largo de un milenio desde su oficialización en el siglo IV. Por discernir las acciones de esas comunidades católicas que buscaban mejorar el cristianismo desde el siglo XV y que terminaron por llevar a cabo una verdadera renovación de la Iglesia sin romper con la institución. También nos hemos preguntado por el después de la Reforma luterana, el surgimiento de un sinfín de Iglesias reformadas, la secesión de la Iglesia anglicana y el Concilio de Trento. En definitiva, por entender el resultado de ese gran proceso reformador dentro del cristianismo, un proceso que involucró tanto a católicos como a protestantes.

De partida, el resultado fue muy violento y divisivo. La Reforma protestante derivó en guerras muy largas y

terriblemente crueles como las de Religión en Francia en el siglo XVI o la de los Treinta Años en Alemania en el XVII. Ese proceso, que en origen fue extraordinariamente conflictivo y condenó a Europa a siglo y medio de enfrentamientos, en el largo plazo terminó por generar uno de los mitos más tenaces que puedan imaginarse: el del presunto éxito de los países protestantes en el desarrollo del capitalismo y la conquista de la modernidad. Un mito muy arraigado a pesar de que muchas de las regiones y países más libres y ricos del mundo forman parte de la tradición católica y, en el otro extremo, algunos países mayoritariamente protestantes se encuentran entre las naciones más pobres y desdichadas de la Tierra.

A la luz de los hechos observables en nuestro mundo, dudamos del aparente éxito de la Reforma. Nuestra idea no es novedosa. Ya hubo otros historiadores antes que se preguntaron si la verdadera reforma se produjo en el campo católico (la mal llamada Contrarreforma) y no entre los protestantes. Pero si nos interesa abordar este acontecimiento histórico de hace cinco siglos es porque hoy, en pleno siglo XXI, sigue siendo motivo de gran debate, sobre todo en el ámbito americano, tanto en el anglosajón como en el de raíces hispanas. Esto se debe, por lo general, a un pobre o directamente nulo conocimiento de la vida de la cristiandad latina (la propia de la Europa Occidental) durante el siglo XVI, lo que ha llevado a defender posturas en el mundo contemporáneo poco afortunadas por estar mal fundamentadas.

Este no es un libro académico, tampoco es un libro divulgativo. Es una conversación bien informada entre dos personas que saben de lo que hablan. Carece de notas a pie de página porque consideramos que eso entorpecería la lectura y restaría fluidez a la conversación. Ofrecemos,

eso sí, una bibliografía esencial al final del mismo para el lector que quiera profundizar más en el tema.

La Reforma que no fue es, en suma, un diálogo desapasionado entre dos historiadores formados en el seno de una cultura de tradición católica cada vez más descreída, la española de finales del siglo XX. Ninguno de los dos profesa religión alguna, pero las respetan todas. Ambos se encontraron hace unos años en Hispanoamérica. A diferencia de lo que sucede en Europa, en ese lugar del mundo el catolicismo y el protestantismo siguen batallando entre sí por pescar almas. En ese ambiente y mirándolo desde fuera, tanto geográfica como espiritualmente, empezaron a surgir muchas de las preguntas que pretendemos responder en las páginas que vienen a continuación. En manos del lector queda revisar nuestros argumentos y enriquecerlos si fuera necesario. Porque un libro de historia, cualquier libro de historia, no es la última palabra sobre los hechos del pasado, sino el conjunto de respuestas que podemos ofrecer sobre esos hechos a partir de las fuentes primarias que nos quedaron de ese tiempo y nuestra capacidad para interpretarlas.



Anticristo de Lucas Cranach el Viejo. Caricatura y sátira anticlerical durante la Reforma y la Contrarreforma.

I

Las indulgencias, el origen de la Reforma

Fernando Díaz Villanueva

La Reforma protestante tiene día de comienzo, el 31 de octubre de 1517. Ese día Martín Lutero, un fraile agustino alemán que en aquel entonces tenía 34 años y llevaba nueve como profesor de teología en la Universidad de Wittenberg, colgó en la puerta de la iglesia de Todos los Santos de esa ciudad un folio con 95 tesis en las que criticaba con gran vehemencia la venta de indulgencias por parte del Papa. La de Todos los Santos era una iglesia muy reciente, terminada de construir solo unos años antes, que servía también como capilla palatina y universitaria, estaba de hecho adosada al palacio ducal y ahí continúa. La primera y única queja de Lutero eran las indulgencias que en ese momento se estaban vendiendo por Alemania, también por los territorios de Alberto de Brandeburgo, arzobispo de Maguncia y Magdeburgo, que era donde se encontraba Wittenberg. Todo empieza, por lo tanto, con un asunto menor.

Alberto Garín

No tan menor. Aquí hay que entender primero cuál es la forma que la Iglesia dispone para que el pecador redima sus pecados, es decir, cuál es el modelo de penitencia que le va a poner porque la indulgencia no es más que un modo de redimir total o parcialmente los pecados. ¿Desde cuándo existe algo llamado indulgencia y que permite, mediante un pago monetario, reducir el tiempo de la pena? Es algo que surge en el siglo XI. Con anterioridad ya habían existido otros procedimientos de redención de pena

como, por ejemplo, la restitución. Si tú destruyes la propiedad de alguien, la penitencia consiste en que indemnices al damnificado. He matado a la oveja de mi vecino porque me he enfadado con él. Ahí, aparte de pedirle perdón y rezar unos cuantos padrenuestros, tengo que reponerle la oveja. Estás pagando por redimir ese pecado. Pero no es hasta el siglo XII cuando se estandarizan las redenciones. No es casual que sea a partir del siglo XII porque es cuando la Iglesia romana ya está consolidada, algo que veremos a continuación. En ese momento el papado ha conseguido pasar de tener un poder simbólico, mínimo y apenas perceptible más allá de la Italia central, a convertirse en el árbitro de la cristiandad occidental.

Fernando Díaz Villanueva

En el siglo XI, como bien apuntas, se estandariza esto, pero en el cristianismo anterior sí que existían vías para aminorar la pena como mortificaciones, ayunos, penitencias más o menos duras, etc.

Alberto Garín

La penitencia ha existido siempre. Tú cometes un pecado y no basta con hacer acto de contrición reconociendo el pecado que acabas de cometer, sino que además emprendes acciones para purgar por ese pecado, eso es la penitencia. La indulgencia es otra cosa. La indulgencia es que lo puedas monetizar, puedas establecer una cantidad de dinero a través de la cual logres esa redención total o parcial del pecado. Como te decía, ya existía previamente, matas la oveja y la repones, pero no estás pagando directamente por la redención del pecado, eso es algo que no aparece hasta el siglo XI.

Fernando Díaz Villanueva

Pero hay indulgencias sin coste directo. Peregrinar a Santiago de Compostela es una de ellas. Haces el camino, visitas la catedral, te confiesas, comulgas y obtienes una indulgencia, en este caso plenaria, mediante la cual la Iglesia perdona todos tus pecados. Te haces con el jubileo. Esa indulgencia puede hacerse en nombre propio o de terceros, un familiar que ha muerto, por ejemplo.

Alberto Garín

En ese caso no estás pagando por ella, pero has llevado a cabo una acción. Es una indulgencia no monetizada, pero implica un sacrificio físico porque tienes que peregrinar hasta Santiago, que está más o menos cerca de Madrid, pero no de París o de Milán. Si hoy implica un esfuerzo considerable hacer el camino de Santiago, hace tres o cuatro siglos constituía toda una prueba física y mental que muchos no superaban.

Fernando Díaz Villanueva

Una indulgencia monetizada sería entonces poner precio al pecado, un precio previamente tasado y sometido a oscilaciones.

Alberto Garín

Eso es. Ahí lo que está demostrando la Iglesia es cómo se ha convertido en una institución que puede permitirse el lujo de reglar ese tipo de soluciones. Aquí ya dependemos completamente de la Iglesia como institución. No hay ninguna parte de los Evangelios donde Jesús diga que puedes liberarte de todo o parte de tu pecado mediante el pago de una determinada cantidad. Es la Iglesia la que considera que tiene ya capacidad y legitimidad más que

sobradas para completar aquello que en los Evangelios no estaba dicho.

Fernando Díaz Villanueva

Las indulgencias se establecen en el siglo XII y dos siglos después ya observamos cómo aparecen en el seno de la Iglesia algunas voces críticas, la de Jan Hus, por ejemplo, un teólogo y predicador checo que vivió a caballo entre los siglos XIV y XV y que criticaba con dureza la venta de indulgencias en Bohemia. Todo un siglo antes de Lutero.

Alberto Garín

Aquí, más que en las indulgencias habría que fijarse en la simonía, es decir, la compraventa de cargos eclesiásticos. Si la simonía es pecado y como tal conduce a la condena, las indulgencias presentan algunas similitudes con ella. Si no puedo adquirir previo pago un obispado, ¿por qué puedo comprar la remisión de un pecado? Hasta qué punto este modelo de indulgencias monetizadas no es asimilable a la simonía. Jan Hus critica eso, pero antes de él ya hubo teólogos que se hicieron la misma pregunta, como Juan Wiclef, un teólogo inglés del siglo XIV que sirvió de inspiración a Hus y los husitas.

Fernando Díaz Villanueva

Lo que viene a decir Lutero al respecto es que solo Dios puede perdonar directamente los pecados. Esto implica que no se puede obtener ese perdón de un sacerdote y, mucho menos, comprarlo. La idea de Lutero, una vez más, no es nueva.

Alberto Garín

No, en absoluto. Aquí el problema está en la capacidad que la Iglesia tiene de convencer a los feligreses de su

poder. Un ejemplo: ¿qué ocurre si la Iglesia te excomulga, dejas de formar parte de la comunidad y mueres excomulgado, pero, poco antes de morir, te arrepientes de todos tus pecados? En ese caso, ¿sigues excomulgado o podrías ir al cielo? Eso depende de Dios, que es quien tiene la última palabra. Ese giro teológico puede que no todos los cristianos lo conozcan y piensen que la Iglesia es la que tiene la llave que le va a abrir la puerta de la vida eterna y el paraíso. En esa duda de si es la Iglesia la que tiene esta llave o no, una duda que se refuerza a medida que la Iglesia va adquiriendo más poder, es por donde entran las indulgencias monetizadas.

Fernando Díaz Villanueva

Por donde siguen entrando, porque las indulgencias existen y se dispensan en nuestro tiempo.

Alberto Garín

Sí, siguen existiendo. Tanto las monetizadas como las que se sustancian en una acción como la del peregrinaje a Santiago de Compostela u otros santos lugares. Esto no se tocó en la llamada Contrarreforma porque se consideró que no había error alguno en ello. Lutero acusa a la Iglesia de vender un pedazo del paraíso y la Iglesia lo niega. De haberlo reconocido se habrían metido en una ratonera teológica de gran envergadura. ¿Qué pasaba entonces con todos los que habían comprado indulgencias ya?, ¿estaban condenados en el infierno?, ¿no habían salido del purgatorio? No podían renegar de las indulgencias porque eso les hubiese supuesto un problema aún mayor.

Fernando Díaz Villanueva

Lo que sí consigue Lutero es que su queja descienda hasta el pueblo, que la gente del común percibiese las

indulgencias como un hábito pernicioso e ilegítimo.

Alberto Garín

Lutero no tiene una visión novedosa de las indulgencias, como acabas de recordar, pero no solo eso, tampoco tiene una mayor capacidad de transmitir sus ideas que otros que le precedieron. Hay que ponerse en el contexto específico de la región en la que vive Lutero, en esa Alemania de comienzos del siglo XVI y el negocio que está haciendo la Iglesia local con las indulgencias. Tenemos a Alberto de Brandeburgo y a Johann Tetzel, uno promoviendo la venta y el otro vendiéndolas con gran destreza por todas las iglesias del principado. En la comarca en la que vive Lutero, situada en la Sajonia profunda, las indulgencias se ven como un negocio oscuro porque Tetzel y Alberto de Brandeburgo son muy codiciosos. En otras partes de la cristiandad se están vendiendo indulgencias en ese mismo momento, pero no de un modo tan agresivo. Pero Lutero, que no ha salido de esa región de Alemania en su vida, habla por su propia experiencia.



Alberto de Brandeburgo. Grabado de Durero, 1519.

Fernando Díaz Villanueva

Johann Tetzel era posiblemente el mejor vendedor de indulgencias de toda la cristiandad. Era un tipo incansable y muy persuasivo. Profesaba en la Orden de Predicadores, en los dominicos, y desde muy joven se había dedicado a la venta de indulgencias, algo para lo que estaba muy bien dotado. Alberto de Brandeburgo le contrató para que se encargase de colocar indulgencias en sus dominios porque andaba escaso de efectivo. Había contraído deudas con la familia Fugger de Augsburgo para hacerse con el arzobispado de Maguncia, lo que le convertía en príncipe elector del imperio junto a los arzobispos de Tréveris y Colonia, el rey de Bohemia, el conde palatino del Rin, el duque de Sajonia y el margrave de Brandeburgo, que era

su hermano Joaquín. Nadie vendía las indulgencias como Tetzal. Iba de pueblo en pueblo, reunía a la comunidad en la iglesia y allí, gracias a su prodigiosa oratoria, conseguía recaudar más que ningún otro predicador. Hoy se lo rifarían los canales de teletienda. Se cuenta que iba siempre acompañado de un representante de la casa Fugger que contabilizaba los ingresos y detraía la cantidad que se adeudaba al banquero. Los Fugger estaban encantados, Alberto también y, por descontado, el papa León X en Roma, que acababa de dar comienzo a la construcción de la Basílica de San Pedro y estaba necesitado de fondos porque quería hacer algo realmente espectacular y no pensaba escatimar en gastos. Todos se quedaban con su parte de las indulgencias.

Alberto Garín

Ahí tienes el problema. Esa venta efectuada por Johann Tetzal y auspiciada por Alberto de Brandeburgo y los Fugger estaba sobrepasando todos los límites teológicos. Hasta ese momento las indulgencias se vendían, pero con cierta mesura y algunos condicionantes como que mediase necesariamente el arrepentimiento y solo para determinadas penas. Tetzal poco menos que les venía a decir que si no compraban la indulgencia estaban condenados. Ante esa prédica Lutero tiene dudas teológicas. Lo que recuerda con sus 95 tesis es que lo que ese fraile dominico estaba diciendo no era cierto.

Fernando Díaz Villanueva

Estas indulgencias, como decía antes, iban dirigidas en parte a financiar la construcción de la nueva Basílica de San Pedro en Roma, que se veía como un lugar remoto e inalcanzable para los sajones de la época, y en otra parte para pagar las deudas del príncipe elector. Eso hoy se

vería como un enjuague, un fraude patrocinado desde arriba para engañar a la gente, y ocasionaría un escándalo político con muchas ramificaciones.

Alberto Garín

Hoy y en aquella época. Ellos eran plenamente conscientes del problema. Por eso hay que entender que la Reforma responde no a una reflexión profunda de Lutero, que lee las Cartas de san Pablo y encuentra que lo que se está haciendo no está bien, sino a un contexto geográfico y político muy concreto en el que está sumido Lutero y encuentra en las Cartas de san Pablo la respuesta a sus cuitas. Las prédicas de Tetzl son clave. Planteémonos una cosa: ¿cuál es el conocimiento teológico que puede tener un católico del siglo XVI... o incluso del siglo XXI? En esencia el sermón que se da en la misa. Incluso aunque te interese el tema hay cuestiones teológicas en las que no vas a entrar. Que yo pueda leer la Biblia en mi propio idioma no significa que la entienda en su totalidad. Si hay alguien que te lo aclara y te lo interpreta es una ayuda, pero crea un problema añadido, ¿y si lo que dice es falso?, ¿y si su forma de aclararme estas dudas está viciada por intereses económicos?

Fernando Díaz Villanueva

En la Biblia nada se dice acerca de las indulgencias. Cada sacerdote puede darte una interpretación diferente de cómo redimir tus pecados. Si les preguntas, por ejemplo, qué pasa si mueres excomulgado pero te arrepientes en el último minuto, unos te dirán que estás salvado, otros que no y algunos que simplemente no lo saben.

Alberto Garín

Exacto. Lutero lo que hace es dar su interpretación. Hace

lo que haría cualquier teólogo. Va a las Escrituras a poner luz sobre el tema, estudia las Cartas de san Pablo y las reinterpreta a su manera. Abre una vía que no se había abierto antes y lo hace porque lo de Tetzel le parece escandaloso.

Fernando Díaz Villanueva

Las indulgencias de cualquier manera son importantes porque son las que permitieron que las 95 tesis (que versan sobre las indulgencias, su título original es *Disputatio pro declaratione virtutis indulgentiarum* o *Cuestionamiento del poder y eficacia de las indulgencias*) descendan hasta el pueblo llano, que las entiende a la perfección. Dice a la gente que les están sacando dinero del bolsillo de un modo fraudulento. Esto, por lo tanto, adquiere un tinte de motín fiscal.

Alberto Garín

Por supuesto, eso es clave para entender la trascendencia de la Reforma. Si nos hubiéramos quedado a nivel teológico no hubiera ido más allá de un debate entre teólogos. Es la cuestión del dinero lo que enciende a muchos. Aquí hay varias capas sobre el tema de las indulgencias. Por un lado, está el debate teológico, que es lo que Lutero quiere abrir con sus colegas. Por otro lado, tenemos las derivaciones morales que hay detrás de ese debate teológico, que, en gran medida, es lo que provoca la guerra de los Campesinos del sur de Alemania en 1524. Y, por otro, está la revuelta fiscal, que es lo que anima a esa guerra y lo que impulsa a muchos príncipes alemanes a sumarse a la Reforma. A estos príncipes las disquisiciones teológicas y morales no les interesan.

Fernando Díaz Villanueva

Una de las cosas que hace Lutero, aparte de clavar las 95 tesis en la puerta de la iglesia de Todos los Santos, es enviárselas personalmente a Alberto de Brandeburgo. Quiere desde el primer momento hacer partícipe al príncipe de sus tribulaciones teológicas.

Alberto Garín

Alberto de Brandeburgo era príncipe elector, pero en su calidad de arzobispo de Maguncia y Magdeburgo. Lutero simplemente quiere abrir un debate. Eso era muy común en las universidades medievales. En la Universidad de París, en la de Salamanca o en la de Oxford era habitual que el teólogo de turno expusiera lo que quisiera discutir con un documento escrito y a partir de ahí se debatía.

Fernando Díaz Villanueva

Era algo parecido a los actuales *papers* académicos que se publican en las revistas científicas y que, en ocasiones, dan pie a acalorados debates entre especialistas. La idea de Lutero, por tanto, no era crear un cisma y fundar una nueva Iglesia.

Alberto Garín

No, en absoluto. Lutero sigue al milímetro el modo de hacer las cosas en los debates universitarios de la época. Tenemos la idea preconcebida de la universidad contemporánea en la que hay unos planes de estudio ya establecidos que el profesor sigue con mayor o menor libertad de cátedra. Los estudiantes tienen que superar los exámenes que se ajustan a esos mismos planes de estudio de los que el profesor no se puede separar mucho. La universidad medieval no estaba fundamentada en planes de estudio creados por un Ministerio de Educación. Su fundamento era el conocimiento, en el caso de la teología,

de la Biblia, los padres de la Iglesia y un largo etcétera y, a partir de lo que ellos habían hecho, el catedrático abría un debate.

Fernando Díaz Villanueva

No había dos personas que hiciesen exactamente la misma carrera.

Alberto Garín

En efecto, durante su formación cada cual había sostenido debates diferentes en función de los profesores que le hubiesen tocado. El gesto de clavar las tesis en la puerta no era algo extraño, era una de las formas que los profesores de aquella época utilizaban para dar comienzo a un debate.

Fernando Díaz Villanueva

Es bueno recordar que aunque hoy a Lutero se le recuerde como un reformador, antes de eso fue profesor de Teología en la Universidad de Wittenberg, donde había conseguido el doctorado pocos años antes, en 1512.

Alberto Garín

Y como tal, como profesor de una universidad del siglo XVI, se conducía. Si quería debatir algún asunto lo proponía mediante un documento escrito en latín para que otros teólogos lo leyesen y aportasen argumentos a favor y en contra. No tiene nada de sorprendente que quiera llevar el debate algo más allá y envíe las tesis a Alberto de Brandeburgo, que está en Maguncia, una ciudad importante en la que unas décadas antes se había inventado la imprenta. Wittenberg era una ciudad muy pequeña y su universidad también. Lutero no está en la Sorbona, no está en Bolonia, no está en Cambridge. Para

que tenga algo más de alcance se lo envía a Alberto de Brandeburgo, que es arzobispo y príncipe elector.

Fernando Díaz Villanueva

La de Wittenberg era una universidad recién fundada. Lutero fue, de hecho, uno de sus primeros profesores. La había fundado Federico III de Sajonia en 1502, solo quince años antes de que colgase las 95 tesis.

Alberto Garín

La de Alcalá de Henares también acababa de fundarse, en 1499, pero era la gran universidad avalada por los Reyes Católicos a través del cardenal Cisneros, que era su mano derecha y arzobispo de Toledo, la diócesis más rica de Castilla. Alcalá era nueva, pero tenía muchos recursos y renombre internacional porque allí se estaba traduciendo de nuevo la Biblia con manuscritos antiguos en varios idiomas. La de Wittenberg no era nada de eso, se trataba de una pequeña universidad en la Alemania profunda. Si Lutero hubiese estado en Alcalá le habría bastado con colgar las tesis, no hubiera necesitado enviárselas a nadie, pero en Wittenberg, que estaba muy apartado, necesitaba hacer partícipe a Alberto de Brandeburgo. El debate, además, tardó mucho en llegar a Roma, pero eso era también habitual.

Fernando Díaz Villanueva

Pero eso no es lo que ha llegado, Alberto. Cuando hablamos de las 95 tesis mucha gente tiende a creer que son la base del credo luterano. Pero no es así, es tan solo un documento para refutar las indulgencias colgado en una de las iglesias de Wittenberg donde más indulgencias se vendían. Veamos. La primera dice «cuando nuestro Señor y Maestro Jesucristo dijo: “Haced penitencia...”, ha querido

que toda la vida de los creyentes fuera penitencia». La quinta dice «el Papa no quiere ni puede remitir culpa alguna, salvo aquella que él ha impuesto, sea por su arbitrio, sea por conformidad a los cánones». La sexta reza «el Papa no puede remitir culpa alguna, sino declarando y testimoniando que ha sido remitida por Dios, o remitiéndola con certeza en los casos que se ha reservado. Si estos fuesen menospreciados, la culpa subsistirá íntegramente». Es decir, en la sexta ya ha negado de plano el valor de cualquier indulgencia vendida por la Iglesia.

Alberto Garín

Es que lo que se está debatiendo aquí es hasta qué punto la Iglesia tiene autoridad para reinterpretar la palabra de Dios contenida en la Biblia, y que esa reinterpretación, que es la base de las indulgencias, sea válida. No está haciendo un ataque aún contra la Iglesia como institución, sino contra algo muy específico que es esa interpretación que la Iglesia ha hecho de solventar una penitencia a través de las indulgencias. En ese momento es un debate puramente teológico. Habrá posteriormente un salto cualitativo, pero el Lutero de las 95 tesis no es cismático.

Fernando Díaz Villanueva

Al punto que, en otra de las tesis, que rara vez se leen, en la novena, dice «por ello, el Espíritu Santo nos beneficia en la persona del Papa, quien en sus decretos siempre hace una excepción en caso de muerte y de necesidad». Resumiendo, no cuestiona la figura del Papa en ningún momento, se limita a cuestionar esa atribución particular relativa a las indulgencias monetarizadas. Es a partir de este debate cuando Lutero va evolucionando sus planteamientos teológicos hasta querer desmontar la

institución. Aquí estamos en la fase inicial, en la teológica, luego pasará a la moral y finalmente llegará a la institucional.

Alberto Garín

En esa línea también va la tesis decimonovena, que dice «y tampoco parece probado que las almas en el purgatorio, al menos en su totalidad, tengan plena certeza de su bienaventuranza ni aun en el caso de que nosotros podamos estar completamente seguros de ello». Ataca el corazón de las indulgencias: su capacidad para reducir el tiempo que las almas pasan en el purgatorio.

Fernando Díaz Villanueva

En efecto. Lo que está planteando Lutero tiene sentido común porque las indulgencias lo que hacen es ayudar a las almas a salir antes del purgatorio. ¿Cómo podemos saber que ha sido así?, ¿disponemos acaso de un contador de tiempo para saberlo? No, no lo tenemos. Mediante la indulgencia, a fin de cuentas, no se puede sacar a un alma del infierno, sino de ese estado intermedio llamado purgatorio que tuvo y sigue teniendo sus críticos dentro de la Iglesia, pero en la Biblia, en el Nuevo Testamento, se habla del purgatorio. San Pablo habla del purgatorio en sus cartas.

Alberto Garín

Habla de ese lugar en el que puedes terminar de limpiar el pecado para acceder al cielo. Aquí entramos en ese terreno complejo de la interpretación de la palabra de Dios y es donde se va a meter Lutero. Lo mismo que acabas de hacer tú, lo hizo él. Se replantea la interpretación de la Carta de san Pablo a los Corintios.

Fernando Díaz Villanueva

Lutero en principio no pone en duda el purgatorio.

Alberto Garín

En principio no, con la 95 tesis quiere dar comienzo al debate, pero este debate aún no se ha abierto. Lo que significa que si se hubieran sentado a hablar con él, igual se habría quedado ahí. No le prestan atención. Es un agustino insignificante en una universidad remota de Alemania que está haciendo algo que otros muchos hicieron antes. Uno de los problemas de la Reforma fue la demora de la Iglesia en reaccionar, especialmente el Papa. La bola fue haciéndose cada vez más grande hasta que llegó un momento en el que ya fueron incapaces de contenerla. Pero tampoco nos ha de sorprender porque críticas a la Iglesia y al papado como las de Lutero eran constantes. Si nos pusiésemos a estudiar todas las propuestas de debate teológico durante los siglos previos encontraríamos varias docenas.

Fernando Díaz Villanueva

Es posible, de hecho, que si esto, en lugar de suceder en Wittenberg, un lugar francamente apartado, hubiera sucedido en Provenza o en el norte de Italia, las cosas habrían ido de otro modo. Ahí tenemos el caso de Girolamo Savonarola, que agitó Florencia solo unos años antes de Lutero.

Alberto Garín

Efectivamente. Savonarola predicó en la Toscana a finales del siglo XV hablando de la necesidad de acabar con la simonía y con los abusos de poder de los prelados. Pero lo hizo en una ciudad importante a solo 200 kilómetros de

Roma, y en toda su crítica llegó a cuestionar al Papa, pero no a la Iglesia. Como tiene mucha visibilidad y está cerca, se actúa con cierta rapidez y no le da tiempo a llegar más lejos, pero en el camino le da tiempo a imponer una breve teocracia en Florencia.

Fernando Díaz Villanueva

Savonarola cae en buena medida porque pierde a su protector, a Carlos VIII de Francia, que murió en 1498, enemigo irreconciliable de Fernando el Católico y del papa Alejandro VI. La política le elevó y la política acabó con él.



Girolamo Savonarola. [Wellcome Collection]

Alberto Garín

En la Reforma protestante vemos elementos comunes, pero más tarde. Por un lado, estalla en un lugar periférico de la cristiandad latina y, por otro, pronto se complica con la política. Preguntémonos qué hubiera ocurrido si se pone en marcha en el reino de Castilla. Allí su recorrido hubiese

sido menor porque los Reyes Católicos contaban con herramientas poderosas para disuadir a todo el que cuestionaba el orden religioso. Alemania era diferente, más aún esta Alemania profunda en la que estaba Wittenberg. La construcción política del Sacro Imperio permitió que entrasen en el juego los diferentes príncipes. Lutero tendrá predicamento porque parte de los señores alemanes en su oposición al emperador aprovecharán a este agustino rebelde como un arma.

Fernando Díaz Villanueva

Lo que tenemos aquí, que será otra de las críticas que Lutero hace y que antes de él ya habían señalado otros, es el hecho de que los obispos no están presentes. La comunidad de creyentes está guiada por el cura, que tiene un superior que le supervisa, que es el obispo. El obispo tiene un claro cometido pastoral, pero en aquel momento no siempre era así. Los obispos eran cargos que se repartían entre las familias nobiliarias y ni cumplían su función ni llevaban una vida ejemplar. Luego es fácil entender por qué Lutero lo tiene fácil para criticar: porque el señor de su propia ciudad, Alberto de Brandeburgo, es obispo de dos diócesis (Maguncia y Magdeburgo) y no solo no está ahí, sino que propicia con gran entusiasmo el mercadeo de indulgencias.

II

El papado frente a cátaros y husitas

Fernando Díaz Villanueva

Decíamos antes que a Lutero no le prestan atención al principio porque es uno más, uno más en una larga cadena de reformadores que han ido presentándose en los siglos precedentes. No es una novedad y además está en un lugar intrascendente.

Alberto Garín

En la primera fase estamos ante un debate muy concreto y específico en torno a un tema muy bien definido como el de las indulgencias. Pero no se queda ahí, sus críticas van adquiriendo mayor volumen y se empeña en empezar de cero. A esa segunda parte pasaron otros, pero no tuvieron éxito y por eso los hemos olvidado. Pero el caso de Lutero no es una excepción, no es un pionero ni alguien excepcional, es, como bien dices, uno más. Quizá por eso mismo se le siguió ignorando durante tanto tiempo. Hemos de entender que estamos dentro de esta corriente del llamado humanismo cristiano, que no deja de ser un término en sí un tanto contradictorio dado que nos han dicho en los libros de texto que el humanismo es poner al hombre en el centro, pero si le ponemos el adjetivo cristiano, Dios vuelve a la ecuación. De esta corriente Erasmo de Rotterdam es el mejor representante, pero hubo mucha más gente que abrió ese tipo de debates.

Fernando Díaz Villanueva

Es el momento álgido de la *devotio moderna* y de autores como Gerardo Groote o Tomás de Kempis cuya influencia

se deja sentir en toda Europa, incluyendo a las casas reales. La propia Isabel la Católica y su hija la reina Juana practicaban la *devotio moderna*. Kempis vivió mucho antes que Lutero, murió en 1471 y su *Imitación de Cristo* es de mediados del siglo XV. Cuando Lutero empieza a enseñar en la Universidad de Wittenberg, la obra de Kempis tiene ya la categoría de clásico.

Alberto Garín

Así es. Cuando llega Lutero la Iglesia católica ya está en transformación, pero gente como Kempis no cuestiona ni la teología, ni la Iglesia, ni su jerarquía. Se limita a señalar un camino distinto que conduce igualmente a la salvación.

Fernando Díaz Villanueva

Kempis, en su *Imitación de Cristo*, viene a decir lo que reza el título: si quieren ustedes ser cristianos ejemplares deben eliminar lo accesorio e imitar a Cristo.

Alberto Garín

Pero eso no implica hacer tabla rasa con todo, que es lo que predicarán más tarde Lutero, Zuinglio y Calvino.

Fernando Díaz Villanueva

Y lo que había predicado a principios del siglo XV Jan Hus y los cátaros en los siglos XI y XII. Luego esas corrientes de reforma desde la misma raíz no surgen con Lutero, ya habían aparecido mucho antes. La diferencia con Kempis es que él plantea que sin romper las fórmulas establecidas existe un camino alternativo a través de un modelo de vida que se acerca más al mensaje de Cristo.

Alberto Garín

Aparte de eso Kempis seguramente no se planteó nunca

cambiar la Iglesia y que su doctrina la adoptase todo el mundo. La enuncia, tiene buena acogida y quien cree que debe imitar a Cristo a través de su obra, lo hace. No es una enmienda, es hacer más ancho el camino hacia la salvación del alma, que es a lo que Kempis y cualquier cristiano aspiran. Ese ejemplo va de creyente en creyente. La reina Juana de Castilla probablemente se acercó a la *devotio moderna* gracias a su madre. Pero Kempis era plenamente consciente de que muchos no podrían seguirlo porque era muy exigente.

Fernando Díaz Villanueva

Hay un punto interesante aquí. Cuando ya está la Reforma en marcha en torno a 1530 Isabel la Católica ya ha muerto, pero no su hija Juana, que es reina titular de Castilla y Aragón. Ella sigue practicando esa *devotio moderna* para sorpresa de algunos de sus contemporáneos, que llegan a confundirla con una protestante.

Alberto Garín

Sí, ven que esa manera de proceder es algo extraña y sospechan que se ha hecho luterana. La cosa llega hasta muy arriba y algunos se inquietan. Al final de su vida, cuando ya es una viejecita, llega Francisco de Borja a entrevistarse con ella y concluye que no, que la reina sigue siendo católica. Puede entonces ir a su nieto el príncipe Felipe, el futuro Felipe II, y contarle que no hay nada de que preocuparse. Simplemente reza de un modo muy concreto y es muy austera, pero no pone en duda un solo dogma católico y se muestra obediente con los obispos y con el Papa. La *devotio moderna* no quiere situarse fuera de la Iglesia católica, tan solo invita a los miembros de la Iglesia que estén interesados a llevar una vida más

recogida y humilde.

Fernando Díaz Villanueva

Kempis, como decía antes, murió en 1471, pero gozó de una larga vida de más de 90 años por lo que, en su juventud, pudo ver la herejía husita y el modo en el que el papado le puso fin en 1415 durante el Concilio de Constanza. Antes de Hus hubo otro movimiento de reforma radical que terminó muy malamente, el de los cátaros, focalizado en el sur de la actual Francia en los siglos XI y XII. Fueron estos los dos grandes desafíos al papado de la Baja Edad Media.

Alberto Garín

Yo iría incluso más atrás. Sabemos que el primer Papa fue Pedro, a quien, según las escrituras, Jesucristo encarga continuar la tarea. Nos equivocariamos si creemos que desde ese momento el Papa adquiere una autoridad notable. No es así. Que Pedro sea el primer Papa es algo muy simbólico, pero el número de cristianos en el Imperio romano es muy pequeño durante los dos primeros siglos y se reúnen en iglesias locales siempre amenazadas por la persecución. Luego, poco a poco, el cristianismo va creciendo en fieles y ya en el siglo IV el emperador Constantino se convierte poco antes de morir y el cristianismo pasa a ser la religión central, aunque no única. Para eso habría que esperar hasta que el emperador Teodosio promulga el Edicto de Tesalónica. En ese momento el Papa es uno de los muchos obispos que hay en el Imperio, uno de los más importantes, pero hay otros en Oriente que tienen muchos más feligreses. Entre ellos se encuentra el patriarca de Constantinopla, la nueva capital del Imperio. El obispo de Roma tenía prestigio por ser el heredero directo del que fue designado por Jesús,

pero carecía del poder y la influencia del patriarca de Constantinopla, que compartía ciudad con el emperador. Hasta aproximadamente el siglo X, el obispo de Roma, más allá de que pueda resolver algún que otro conflicto teológico, su dominio real es el centro de Italia. No estamos ante la cabeza de toda la cristiandad, ni siquiera de la cristiandad occidental.

Fernando Díaz Villanueva

A los obispos de Roma les tocó lidiar con unas circunstancias históricas un tanto adversas. Al llegar los pueblos germanos tienen que negociar con ellos y contemplar cómo se van asentando en las provincias del antiguo Imperio romano de Occidente, provincias en las que van creando sus propias Iglesias unidas a Roma por un hilo muy fino. Los propios bizantinos conquistan Italia y parte de Hispania, lo que les mete de nuevo en el Imperio, pero lejos de Constantinopla, que es el centro de poder. La propia Roma se había quedado despoblada y su peso específico a mediados del siglo VI es pequeño. Luego, ya en los siglos VII y VIII llegan los musulmanes y arrebatan al cristianismo el norte de África y casi toda la península Ibérica, llegan incluso a cruzar los Pirineos y plantarse en el centro de la Galia. La influencia de los papas, por tanto, era muy limitada.

Alberto Garín

Todo eso cambia a partir del siglo XI. En ese momento el papado está en manos de la nobleza romana que quita y pone papas a su antojo. Sin embargo, es ahí cuando la cosa mejora y a finales de ese siglo nos encontramos con una institución que, aunque sigue sin poder real, sin *potestas*, ha ganado *auctoritas* en toda la Europa occidental. Las monarquías europeas ya consolidadas se

encuentran con que hay un agente externo que puede actuar como árbitro imparcial. Un buen reflejo de esa *auctoritas* papal a finales del siglo XI fue conseguir imponer la liturgia romana y un alfabeto común, el carolingio, para que todos los documentos se escriban con la misma letra. Hacen también una reforma de las órdenes monásticas de modo que la regla de San Benito, tal y como se entiende primero en Cluny y luego en el Císter, sea la principal.

Fernando Díaz Villanueva

Y lo fundamental, las cruzadas. Son capaces de organizar campañas bélicas para las que convocan a los caballeros de la cristiandad occidental para que vayan a recuperar Tierra Santa bajo el liderazgo espiritual de los papas. La primera, de hecho, es de 1095. Gregorio VII había apoyado la Reconquista en la península Ibérica y piensa que aquello actúa como un imán. Urbano II toma el relevo y llama a la cruzada en un concilio celebrado en Clermont atendiendo a una llamada de auxilio del emperador bizantino Alejo I Comneno.

Alberto Garín

Aquí tenemos ya un Papa con poder de convocatoria, con capacidad de influir, con *auctoritas* y, en algunos casos, *potestas* sobre los reyes y príncipes de Occidente. En ese mismo Concilio de Clermont llamó a la cruzada y excomulgó a Felipe I de Francia por bigamo. Años después Felipe se vio obligado a abandonar a su segunda mujer para que le levantasen la excomunión.

Fernando Díaz Villanueva

Aquí el Papa ya no es el pastor que conduce al rebaño cristiano, sino un actor importante en la escena

internacional y es ahí donde comienza el cuestionamiento. Ahí es donde aparece la primera gran herejía bajomedieval, la de los cátaros que cuestionan de forma abierta y descarnada no ya la moral de los papas, sino la institución. Los cátaros, a diferencia de los valdenses, que se limitan a predicar la pobreza voluntaria que luego reproducirán los franciscanos, van mucho más lejos. Los cátaros no aceptan el modelo teológico y tampoco aceptan la institución.

Alberto Garín

No fueron los únicos. A partir del siglo XII proliferan los reformadores radicales como los joaquinistas, los hermanos del libre espíritu, los valdenses... Son herejías que nada tienen que ver con la de los primeros siglos del cristianismo y en las que no se trata tanto de cuestionar una autoridad superior como de fijar el dogma. A partir del siglo XII lo que se disputa es la autoridad del Papa de Roma. Los que más lejos llegaron fueron los cátaros porque ellos no quieren una reforma teológica o moral, sino que cambie la estructura.

Fernando Díaz Villanueva

Aquí hay otro elemento que creo que es importante. En el cristianismo oriental, una vez los patriarcados orientales de Jerusalén, Alejandría y Antioquía han caído bajo dominio musulmán, el que queda, el de Constantinopla, tiene que enfrentar sus propias herejías internas como la de los iconoclastas. El patriarca de Constantinopla se consideraba tan Papa como el de Roma. La convivencia entre ambos era difícil y aquello terminó en un cisma. Se excomulgaron mutuamente en 1054.

Alberto Garín

El Papa de Roma y los cuatro patriarcas orientales eran obispos al mismo nivel. La ventaja del patriarca de Constantinopla era que tenía al emperador al lado y el de Roma lo que tiene es el recuerdo de que hubo unos emperadores que vivieron allí, un recuerdo que tratan de refrescar con el ascenso de Carlomagno, cuyo poder ni se acerca al que había tenido Constantino. Pero sí, del mismo modo que la Iglesia de Occidente empieza a enfrentar sus herejías en el siglo XII cuando ya es una autoridad bien consolidada, el de Oriente tiene que enfrentarse a esas herejías que cuestionan la institución mucho antes. Lo llamativo de la Iglesia oriental es que primero es la de los emperadores de Bizancio y todo marcha bien, pero entra en crisis cuando los musulmanes les arrebatan medio Imperio en muy poco tiempo. La herejía iconoclasta surge como reacción a aquella derrota.

Fernando Díaz Villanueva

Pero el papado de principios del siglo XII no está derrotado, más bien al contrario. Ha alcanzado su cumbre con la convocatoria exitosa a la primera cruzada, a la que le seguirán varias hasta finales del siglo XIII.

Alberto Garín

Recuerda que las cruzadas fueron un fracaso. Consiguen fundar un reino muy efímero en Tierra Santa y se tienen después que replegar encadenando las derrotas ante los musulmanes. Recuperan Jerusalén, que los bizantinos habían perdido siglos antes, pero no consiguen retenerla salvo en dos breves periodos. Ese fracaso en Tierra Santa se deja sentir en Occidente. La cruzada albigense estalla poco después de la pérdida de Jerusalén en 1187 en la batalla de los Cuernos de Hattin ante Saladino.

Fernando Díaz Villanueva

El movimiento cátaro aparece en el sur de lo que hoy es Francia, en la región del Languedoc, y adquiere fuerza con relativa rapidez gracias, entre otras cosas, a que seduce a algunos señores locales.

Alberto Garín

Aquí tenemos un paralelismo claro con lo que sucederá siglos después con Lutero y los príncipes alemanes. Si los cátaros se consolidan es porque hay señores que les apoyan, señores para quienes la estructura política que está empujando desde el norte, el reino de Francia, supone una amenaza. No es muy diferente a la tensión entre los príncipes alemanes y el emperador.

Fernando Díaz Villanueva

Esa región al norte de los Pirineos no es solo un mosaico de señores locales, sino una zona de frontera porque por el sur presionan los reyes de Aragón, que tienen la vista puesta en la Reconquista de la península, pero también al norte de la cordillera. Era un lugar perfecto para que los poderes locales se agarrasen a algo que les legitimase.

Alberto Garín

El primero que ayuda a los cátaros es el duque de Aquitania porque sabe que el rey de Francia sigue avanzando y que su ducado está en riesgo. Apuntarse a las tesis cátaras le da una herramienta de presión y es una forma de deslegitimar al rey de Francia aun a sabiendas de que esto podría traerle problemas con el Papa. Lo mismo que hicieron los príncipes alemanes con Lutero, se arriesgan con la esperanza de que la jugada les salga bien. Los cátaros quieren acabar con el papado. Si lo consiguen

ese duque pasa a tener una Iglesia nueva a su entera disposición que aleja definitivamente a franceses y aragoneses. Al duque de Aquitania no le salió, a los príncipes alemanes de tiempos de Lutero, sí.

Fernando Díaz Villanueva

Con todo, la herejía cátara fue muy prolongada y primero intentaron acabar con ella por las buenas enviando predicadores, pero se percataron de que aquello iba mucho más allá del debate teológico, que no se podía resolver como cuando convocaron a Arrio al Concilio de Nicea en el 325 para explicarle que estaba equivocado con su rechazo a la Trinidad. En cierto punto no queda otra opción que intervenir militarmente y llamar a una cruzada.

Alberto Garín

Pero el Papa no tenía ejército para sofocar el incendio. Necesitaba un brazo armado que ejecutase la acción en su nombre. Ese brazo armado fue el rey de Francia que, además, tenía interés en apoderarse de esa región. Pero era un caramelo envenenado. Roma le dio al rey de Francia demasiado poder. A partir de ese momento los reyes de Francia le recuerdan periódicamente al Papa la deuda que tiene pendiente con ellos. Llama a una cruzada, pero desvirtuando el concepto mismo de cruzada. La cruzada era una herramienta bien definida, pensada para combatir a infieles en lugares sagrados como Jerusalén o Belén. Pero los cátaros no eran infieles, eran herejes, y no estaban en tierra sagrada alguna, sino en el Languedoc, en los pueblos de sus antepasados. Con la cruzada albigense entrega un poder inmenso a los reyes de Francia, les permite que se conviertan en árbitros de sus decisiones. El Papa termina convirtiéndose en un súbdito de los reyes de Francia. No es casual que un siglo más tarde Juan XXII, un

cardenal francés elegido Papa en un cónclave celebrado en Lyon a instancias de Felipe V de Francia, fije su residencia en Aviñón.

Fernando Díaz Villanueva

El Papa, en definitiva, termina enfeudado al rey de Francia y eso explica que, cuando se presenta el problema de Lutero, el Papa evite buscar a un brazo secular para combatir la herejía porque conoce la historia de la institución. Sabe que el papado terminó en Aviñón y que, medio siglo después, para salir de aquel embrollo se tiene que poner en manos del emperador Segismundo durante el Concilio de Constanza para que le ayude a resolver la herejía husita.

Alberto Garín

Efectivamente, a principios del siglo XVI los papas están construyendo su propio Estado en Italia para conseguir su independencia política. Esa es una razón poderosa que los lleva a no buscar un monarca poderoso que les apoye. Con los cátaros no fue inmediato. Desde que se sofoca el problema cátaro hasta que el Papa se va a Aviñón pasan casi cien años, pero durante ese tiempo se va consolidando la influencia creciente de la monarquía francesa sobre el papado. El capítulo final es crear una nueva Roma en la misma Francia. Ahí se pliega del todo a la voluntad de los reyes de Francia. Es en esa misma época cuando Clemente V disuelve la Orden del Temple por indicación de Felipe IV. El rey está interesado en las riquezas de los templarios y consigue que el Papa acabe con la orden y Felipe pueda quedarse con todo lo que tienen, que era mucho porque la del Temple era una orden muy próspera y bien administrada. Esa es la consecuencia de una herejía mal resuelta.

Fernando Díaz Villanueva

Consiguen finalmente regresar a Roma y ganar cierta independencia de los franceses. Tienen entonces que enfeudarse al emperador, que es quien les echa una mano con la reforma que ha puesto en marcha Jan Hus en Bohemia. En el Concilio de Constanza de 1415 el papado se busca un nuevo padrino para combatir a un tipo que, mirado en retrospectiva, defendía unas tesis similares a las de Lutero.

Alberto Garín

Eso es. Los papas regresan de Aviñón a Roma en 1376 gracias a que los franceses están muy debilitados en la guerra de los Cien años contra los ingleses, que llegan a ocupar París y se instalan allí. En Aviñón habían creado toda una corte propia de un gran señor feudal. Al regresar a Roma quieren reconstruir la corte de Aviñón. Son papas, como vemos, para quienes lo de ser vicario de Cristo es algo secundario, básicamente se mueven con criterios políticos y de comodidad personal. Algo muy ajeno a su cometido fundamental. Ahí es donde arranca de nuevo la crítica, que se focaliza sobre la pobreza. ¿Tiene o no tiene la Iglesia que predicar con el ejemplo y ser tan pobre como lo fue Cristo? De ahí se pasa a una cuestión moral, ¿hasta qué punto los cristianos pueden tener como modelo lo que representa la corte papal de Aviñón y luego la de Roma? Lo siguiente ya es cuestionar abiertamente la institución. No es pobre, no es ejemplar, entonces, ¿para qué la necesitamos?

Fernando Díaz Villanueva

En ese punto es donde entra Jan Hus, que empieza haciendo unas críticas que toma de un teólogo inglés del

siglo XIV llamado Juan Wiclef. Las críticas en origen no ponen en duda la institución papal, pero pronto escalan y pasa a preguntarse si la Iglesia tal y como está concebida tiene sentido. Le llaman a debatir a Constanza, que está en el sur de Alemania, a orillas del lago del mismo nombre, y allí el Papa permite que el emperador le ejecute y le quite el problema de encima.

Alberto Garín

En este momento hay una complicación añadida. Hay más de un Papa. Recordemos que cuando los papas regresaron a Roma, los cardenales franceses se negaron y eligieron un segundo Papa que mantuvo su sede en Aviñón. Buscando una solución, se nombró un tercer Papa, que no fuera ni el de Roma ni el de Aviñón. Llegados a este punto de tener tres papas, para salir del atolladero se convocó el Concilio de Constanza que comentas. Hus lo había tenido relativamente fácil porque estaba atacando a una institución que está muy debilitada. Y ahí, como había ocurrido con los cátaros, el Papa definitivo, el que consigue quedarse con el trono de San Pedro, se da cuenta de que tiene que recurrir al brazo secular, esta vez el emperador, para acabar con sus problemas. A partir de ahí, el Papa tendrá que plegarse a su voluntad. El emperador siguió una táctica de acoso y derribo muy inteligente. Encontró en el concilio una herramienta magnífica para tener controlado al Papa. Esto abre una época de conciliarismo que dura varias décadas. Los sucesivos emperadores mantienen los concilios abiertos, concilios que fiscalizan al papado. Esa es la razón por la que los papas del siglo XVI se demoran tanto en convocar un concilio auspiciado por el emperador para hacer frente a los luteranos. Saben lo que les ocurrió a sus antecesores un siglo antes y no quieren repetir la experiencia.

Fernando Díaz Villanueva

Los papas podían ser pecadores, pero no eran ni tontos ni ignorantes. León X, Adriano VI o Clemente VII conocen bien la historia del papado y cuando estalla el problema de Lutero, primero lo toman como algo menor perdido en la Alemania profunda y, luego, cuando la cosa se complica, se plantean las dos opciones posibles: recurrir al emperador o convocar un concilio, pero ambas iban contra sus intereses. Con la esperanza puesta en que no fuese a más, se quedaron inmóviles, y cuando quisieron reaccionar ya era tarde.

III

El Papa y el Imperio frente a Lutero

Fernando Díaz Villanueva

A pesar de que el Papa no reacciona ante el primer compás de la reforma, el emperador sí que lo hace. En 1521, cuando han pasado solo tres años desde que Lutero colgase las 95 tesis, el emperador Carlos V convoca una dieta imperial en la ciudad de Worms e invita a Lutero a que asista. Él es plenamente consciente de la fractura que se está abriendo en el Imperio.

Alberto Garín

En 1521 Carlos acababa de llegar al trono imperial. Era duque de Borgoña desde 1506, rey de Castilla y Aragón desde 1516 y archiduque de Austria desde 1519, pero no sería emperador del Sacro Imperio hasta 1520. Convoca la dieta imperial en Worms para enterarse de lo que está pasando allí. Lutero era una novedad significativa, por eso le citan para que acuda a la reunión. Cuando se presenta ya ha hecho una elaboración teológica mucho más completa. Ya no solo pone en cuestión las indulgencias que veíamos antes, ahora va a por la institución. Carlos le escucha y lo hace con gran atención. Él es el emperador, no entra en debates teológicos, pero toda su legitimidad se fundamenta en ese orden religioso y político.

Fernando Díaz Villanueva

La dieta de Worms no es conflictiva. Lutero habla con total libertad y regresa a Wittenberg, donde puede seguir enseñando teología sin que nadie se lo impida. Es en ese momento cuando Federico III, duque de Sajonia,

landgrave de Turingia y príncipe elector del Imperio, le invita a que se vaya con él y le pone a su servicio.

Alberto Garín

Federico III era un tipo muy hábil, no en vano ha pasado a la historia como Federico el Sabio. Sabe leer muy bien las palabras del emperador en Worms y se pregunta qué sucedería si cae la institución que legitima el poder de los Habsburgo. Federico pertenece a la familia de Wettin, que era ya muy poderosa en aquel momento y competía directamente con los Habsburgo.

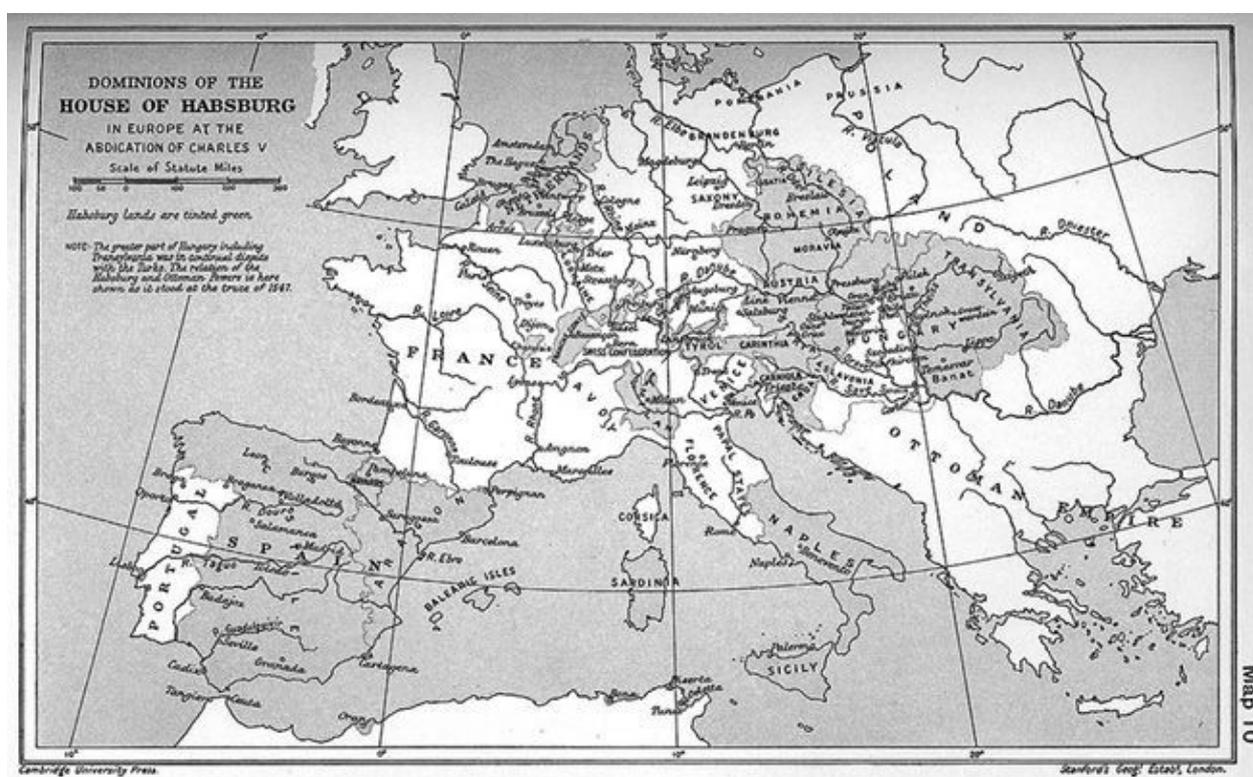
Fernando Díaz Villanueva

Federico III empieza a hacer cálculos políticos con la Reforma desde el primer momento como los que habían hecho siglos antes los señores del Languedoc durante la herejía cátara. Al margen de cuestiones teológicas, lo que ellos se preguntan es qué beneficios pueden sacar a título personal de todo aquello. Federico III puede plantearse algo como plantarse ante el emperador y dudar de su legitimidad como tal. Pero mientras estos cálculos revolotean por su cabeza, en Alemania se produce una suerte de despertar religioso alimentado por las doctrinas que está impartiendo Lutero. Es cuando aparecen los anabaptistas, por ejemplo, que el propio Lutero condena. Eso hace estallar una guerra religiosa dentro de Alemania, pero no tanto contra los luteranos como contra todas esas sectas extrañas que van apareciendo.

Alberto Garín

En esta guerra, la de los Campesinos, nos encontramos con que Lutero, ya protegido por Federico III, decide dar el paso, salirse de la Iglesia y desafiar abiertamente el orden establecido. Las ideas que él y sus discípulos predicán en

Alemania son mucho más comprensibles para el pueblo llano porque ha simplificado mucho la teología, pero es que la supresión de la estructura eclesiástica supone el fin de toda su fiscalidad asociada y deja en el aire los bienes de la Iglesia. Si la institución es ilegítima, no puede poseer nada y alguien tendrá que quedarse con lo que los religiosos dejan atrás. Esto, en la guerra de los Campesinos, se materializa en el ataque a iglesias y monasterios y, a la larga, en el asalto a cualquier príncipe que siga manteniéndose fiel a Roma.



Mapa de los dominios de la Casa de los Habsburgo tras la abdicación del emperador Carlos V (1556).

Fernando Díaz Villanueva

Pero el emperador ni se inmuta durante varios años. Desde la dieta de Worms en 1521 hasta finales de la década no mueve un dedo. Lo sigue considerando un problema menor, muy localizado en Alemania. El emperador en esos momentos tiene otras preocupaciones. Está metido en guerras contra los franceses en Italia, tiene

roces continuos con los otomanos en el Mediterráneo y en el valle del Danubio, están los castellanos conquistando América en esos momentos, su relación con el papado es francamente mala. En 1527 sus tropas llegan a saquear la propia Roma con el Papa dentro. De la dieta de Worms a la dieta de Espira pasan ocho años. Entre medias tanto el Papa como el emperador han estado a otras cosas y en Alemania el conflicto no ha hecho más que complicarse.

Alberto Garín

Aquí hay que entender que uno de los problemas es el enfrentamiento abierto que hay entre el emperador y el Papa. Estos papas de comienzos del siglo XVI pretendían crear su propio Estado en Italia y ahí chocan con franceses y españoles. Los unos y los otros tratan de atraerse al Papa y el Papa cambia continuamente de bando. Están los tres obsesionados con Italia, que es lo que les quita el sueño. Lo que suceda en Alemania no les perturba, es un asunto local y hasta cierto punto es bueno que esté ahí para que distraiga al emperador y se olvide de Italia.

Fernando Díaz Villanueva

Es llamativo, porque cuando estudias la historia de la Reforma protestante compruebas que si las 95 tesis se cuelgan en 1517, diez años más tarde quien asedia y saquea Roma no son los príncipes luteranos alemanes, sino los Habsburgo católicos.

Alberto Garín

Vamos más lejos. Hay una dieta de Espira en 1526 en la que se establece el principio que más tarde reconocería la dieta de Augsburgo de *cuius regio, eius religio*, es decir, a tal rey, tal religión. Ya en 1526 se plantea la posibilidad de que si hay príncipes que quieren seguir la Reforma pueden

hacerlo y, con ellos, todos sus súbditos. No es sorprendente. Ese año se ha creado la Liga de Cognac que une al papa Clemente VII con franceses, florentinos, milaneses y venecianos contra el emperador. No es que haya diferencias entre el Papa y el emperador, es que el Papa le ha declarado la guerra al emperador para sacarle de Italia. A Carlos V lo que le preocupa es eso, no la Reforma luterana. Resuelve rápido en Espira y acude a Italia con sus ejércitos, que están formados por alemanes, flamencos y españoles. En sus tropas hay soldados luteranos. En ese momento para el emperador no es un problema que haya reformados, porque los admite en su propio ejército. Un ejército que se presenta ante Roma, se les va de las manos y la soldadesca saquea la ciudad y prácticamente captura al Papa.

Fernando Díaz Villanueva

En el saqueo de Roma es cuando el emperador se da cuenta de que ha ido demasiado lejos. Sus tropas han estado a punto de matar al Papa por primera vez en la historia. Tiene que hacer acto de contrición, pero la guerra la gana. En la Paz de Cambrai se apodera de la corona de Nápoles, recrece sus dominios en Flandes y saca a los franceses definitivamente de la península itálica. Pero su legitimidad ha quedado tocada. Si en Worms le había dicho a Lutero que su fuente de legitimidad era el Papa y seis años después casi le mata, se estaba deslegitimando a sí mismo. Por eso se convoca una nueva dieta en Espira, donde echa marcha atrás y se decide finalmente a acabar con la Reforma. Pide a los príncipes alemanes que se separen de la Reforma y que vuelvan al redil sometiéndose al Papa.

Alberto Garín

Ahí es donde nace el término protestante. Los nobles protestan por el cambio de criterio del emperador.

Fernando Díaz Villanueva

Los príncipes no le hacen ningún caso y la Reforma se convierte en un problema político de primera magnitud. En 1530 convoca una nueva dieta en Augsburgo y les suplica que se pongan de acuerdo, que lo que había empezado como un asunto menor era ya un problema mayor que estaba desangrando el Imperio.

Alberto Garín

Y además de eso tiene que conseguir que el Papa le perdone por el saqueo y el secuestro. En aquel momento Carlos ya ha sido elegido y proclamado emperador en Aquisgrán en 1520, pero todavía no estaba coronado por el Papa. Tiene que hacer méritos y ser más papista que el Papa. No es raro que la dieta de Espira de 1529, en la que pide a los príncipes del Imperio que se sometan a Roma, preceda a la coronación del emperador en Bolonia por el mismo Papa en 1530.

Fernando Díaz Villanueva

También ayuda a explicar por qué de Espira a Augsburgo suaviza sus posiciones. Ya ha sido coronado y no necesita significarse tanto. En Augsburgo invita a Lutero, pero no acude probablemente porque conoce la historia de Jan Hus en el Concilio de Constanza. Se presentó allí de buena voluntad y el emperador le mandó quemar. Así que envía a otro, a Felipe Melanchthon, uno de sus colaboradores más cercanos que lee la confesión de Augsburgo, que es la base del protestantismo.

Alberto Garín

Lutero ya es consciente de que Carlos puede estar tentado de poner su cabeza en una bandeja para entregársela al Papa. En ese momento el emperador ya ha escogido bando. En los años anteriores había sido más o menos neutral, pero ya ejerce de defensor del papado en Alemania. A esto se añade la consolidación de los Habsburgo en Italia, lo que le elimina un frente, acaso el principal, y ya puede meterse con Alemania.

Fernando Díaz Villanueva

A partir de 1530 es cuando Carlos V decide plantar cara a los príncipes protestantes y les somete. Los príncipes protestantes se alían en la Liga de Esmalcalda y, para contrarrestarlos, el emperador auspicia la creación de la Liga de Núremberg con los príncipes que permanecen fieles al catolicismo. La guerra la ganan los católicos gracias al apoyo del emperador, que cuenta con abundantes recursos provenientes de sus reinos hispanos y de las Indias. En la batalla de Mühlberg el emperador se impone. Tras ella Carlos envía al duque de Alba a tomar físicamente la ciudad de Wittenberg y capturar a Juan Federico de Sajonia, cabecilla de la Liga de Esmalcalda. Le obliga a capitular en la misma Wittenberg y le juzga condenándole incluso a muerte, aunque luego le conmuta la pena por prisión de por vida. Ahí acaba la rebelión de los príncipes. El emperador ha retomado la iniciativa y se ha vuelto a adueñar de toda Alemania.

Alberto Garín

Es en esa década, la de 1530, cuando la Reforma deja de ser un problema de una región concreta de Alemania y se extiende. Cuando Carlos V decide someter por la fuerza a los príncipes de la Liga de Esmalcalda, las tesis luteranas ya han salido del Imperio. Hay una serie de reinos en el

norte de Europa que se están reformando. El más conocido es Inglaterra, pero es en este momento cuando la Reforma alcanza Escandinavia haciendo desaparecer el catolicismo de Dinamarca, Suecia y Noruega. Ese es el punto de inflexión, ya no es un conflicto alemán.

Fernando Díaz Villanueva

Especialmente por la parte inglesa. Cuando en 1534 Enrique VIII de Inglaterra, uno de los monarcas fundamentales del cristianismo occidental, heredero de reyes que habían ido a las cruzadas, decide separarse de Roma, algo se rompe definitivamente.

Alberto Garín

Enrique VIII se separa de Roma porque quiere divorciarse de su esposa, Catalina de Aragón, que es tía del emperador, lo que le añade complejidad al asunto. Eso hace saltar todas las alarmas, tanto en Roma como en España, que es donde reside el emperador. La Reforma anglicana, que no sigue los preceptos de Lutero, complica bastante el asunto y explica hasta cierto punto por qué la victoria imperial en Mühlberg, siendo importante, no resuelve ni de lejos el problema.

IV

La Reforma católica antes de Trento

Fernando Díaz Villanueva

Decíamos antes que en la década de 1530 hay un punto de inflexión que marca a fuego la Reforma. Ese punto no es de origen religioso, sino político o, mejor dicho, político-matrimonial. En 1534 Enrique VIII de Inglaterra promulga el Acta de Supremacía tras pasarlo por el Parlamento. El Acta de Supremacía supone la separación de Inglaterra del catolicismo. Declara al rey como cabeza de la nueva Iglesia, que pasará a denominarse anglicana. Esto ya lo habían hecho algunos príncipes alemanes en la década anterior, pero ningún monarca importante se había atrevido a llegar tan lejos. En el caso inglés se da una circunstancia agravante. Enrique VIII estaba casado con Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos, por lo tanto, tía carnal del emperador Carlos. Catalina, al igual que su madre Isabel y su hermana Juana, practicaba la *devotio moderna*, es decir, era una católica de los nuevos tiempos.

Alberto Garín

Así es. Para entenderlo, regresemos a esos finales del siglo XV cuando Isabel la Católica transmitió a sus hijas su propia manera de entender la religión y todas cultivaron una espiritualidad centrada en la imitación de Cristo que preconizaba Tomás de Kempis. La *devotio moderna* no tiene nada que ver con lo que iba a plantear Enrique VIII, no supuso una crítica contra la Iglesia de los papas. Sencillamente, era una forma dentro del catolicismo de abogar por la renovación de una forma muy personal.

Mientras tanto, los papas en esa bisagra de los siglos XV y XVI, Alejandro VI, Julio II y León X, están centrados en tomar el control político sobre Italia para que haya un Estado papal terrenal y autónomo. Se dedican a engrandecer Roma, echan abajo la Basílica de San Pedro construida en tiempos de Constantino y la rehacen por completo. La acción de estos papas es la que provoca la protesta de Lutero. Pero también provocó la crítica más o menos pública en el resto del orbe cristiano occidental que va más allá de esa *devotio moderna*. Consideran que no basta con buscar esa moral basada en las prédicas de Cristo. También hay que mejorar la imagen de la cristiandad. Aquí ya estamos en el humanismo cristiano del que ya hemos hablado, que empieza en los monasterios y termina en los palacios reales.

Fernando Díaz Villanueva

En esto hay dos figuras señeras. En la corona de Castilla, Francisco Jiménez de Cisneros, más conocido como cardenal Cisneros. Cisneros es un hijo de su tiempo que busca construir una estructura de formación de sacerdotes bien asentada. Cisneros es anterior a Lutero, murió, de hecho, unos días después de que Lutero colgase sus 95 tesis, pero nunca tuvo noticia de ello y no pudo tenerla porque la distancia entre Alemania y España en aquella época no se medía en horas o en días, sino en semanas. Cisneros era muy consciente de algunos de los problemas que tenía la Iglesia, seguramente más que Lutero porque había llegado a cardenal. Sabe que los sacerdotes no están bien formados y eso, aparte de los problemas derivados de no conocer bien las Escrituras, puede dar pie a todo tipo de malas interpretaciones que alumbren dramas mayores.

Alberto Garín

Esa es, en definitiva, la razón por la que Cisneros funda la Universidad de Alcalá de Henares en 1499 cuyo primer objetivo es editar la Biblia en sus idiomas originales junto a la traducción latina debidamente pulida y mejorada. Esta Biblia, la políglota complutense, fue un proyecto que hoy denominaríamos de I+D porque con ello quería ofrecer un documento fidedigno sobre el que reflexionar. De partida, eso mismo es lo que unos años más tarde pedirá Lutero en sus prédicas. Volvamos a la escritura, decía, he ahí la palabra revelada y tenemos que prestarle atención. Pero hay una gran diferencia entre Cisneros y Lutero. Cisneros no reniega de toda la tradición de los padres de la Iglesia y la escolástica. Considera que a la Biblia hay que sumarle todo lo que vino después. Lutero decide ignorar la escolástica y respeta a algunos padres de la Iglesia como San Agustín, pero se centra en la Biblia. Recordemos que la Reforma luterana se resume en las famosas cinco solas (*sola scriptura, sola fide, sola gratia, solo Christo y soli Deo Gloria*) y la primera de ellas es que la escritura es la palabra de Dios y, por tanto, la única fuente de autoridad.

Fernando Díaz Villanueva

Seguro que ese reconocimiento de la Biblia como primera fuente de autoridad lo tenía también Cisneros, y antes que él su maestro, Pedro González de Mendoza, el Gran Cardenal, que fue arzobispo de Toledo antes que Cisneros.

Alberto Garín

Cierto, Cisneros sigue el modelo de Mendoza, quien, en 1489, siendo obispo de Sigüenza, fundó su propia universidad en esa ciudad, la Universidad de San Antonio de Porta Coeli, que estuvo abierta hasta el siglo XIX. La misma idea que después desarrolló Cisneros, solo que este en Alcalá y yendo más lejos, al reeditar la Biblia. Pero,

recordemos, sin rechazar toda la tradición de la exégesis medieval. En esa misma línea es donde te encuentras a gente como Erasmo de Róterdam, que no pide abandonar la cristiandad latina ni renegar del Papa, sino volver a las fuentes y estudiar con más dedicación las escrituras y entender lo que los padres de la Iglesia y los escolásticos habían querido decir. Erasmo no quiere inventar nada nuevo, sino aprovechar lo que había. Cisneros o Erasmo no son los únicos. Tomás Moro en Inglaterra va también por ahí. A Moro, además, le toca vivir la Reforma anglicana en sus propias carnes siendo canciller real. Se negó a reconocer a Enrique VIII como cabeza de la nueva Iglesia, fue encerrado en la torre de Londres y decapitado por orden del rey.

Fernando Díaz Villanueva

Dentro de este ámbito eclesiástico, con personajes como el cardenal Mendoza o el cardenal Cisneros es donde nos vamos a encontrar los primeros conatos para mejorar la institución, para impulsar una vida interna que huya de los oropeles y el lujo y que evite intervenir en política. Esto surge incluso antes de que arranque la Reforma en Alemania.

Alberto Garín

Y es en ese ambiente de renovación donde aparecen de forma espontánea las primeras reformas dentro de la Iglesia católica. Es cuando se fundan las órdenes de clérigos regulares, que son sacerdotes seculares que quieren vivir en comunidad y dar un ejemplo de moral austera y sin lujos. La más conocida es la de los teatinos, creada en 1524. Pero poco después llegan los somascos, en 1529, o los barnabitas, en 1530. Todas estas órdenes de clérigos regulares nos permiten ver cómo la crítica que

se está haciendo en Alemania también se puede encontrar en la misma Roma. Es cierto que los teatinos surgen en el ámbito de los religiosos seculares, pero las órdenes existentes también empiezan a reformarse, como es el caso de los capuchinos, que es la orden franciscana reformada, puesta en marcha en 1525. Los capuchinos quieren recuperar el espíritu de pobreza de san Francisco de Asís. Fuera del ámbito de la Iglesia institucionalizada nos encontramos con otras dos creaciones, ya en plena expansión de la Reforma protestante, que son los jesuitas y las ursulinas.

Fernando Díaz Villanueva

Con los jesuitas, fundados por san Ignacio de Loyola en 1534, nos encontramos ante una idea muy distinta a lo que se había visto hasta ese momento. Es una orden inserta en el mundo como los franciscanos o los dominicos, pero yendo más lejos. No tratan de pedir limosna y, como acción de humildad, predicar con el ejemplo. Su planteamiento es diferente. Loyola crea una orden en la que los integrantes educan a los niños y, si hace falta, van a ir a predicar la palabra de Dios por el mundo mediante misiones. Loyola rompe con la línea que había entre la institución y los laicos, que solo se comunicaban a través del sacerdote, y se mete entre los laicos con escuelas y misiones. A los jesuitas se deben incluso algunas tradiciones como la de los nacimientos navideños, que ya existían desde la Edad Media, pero que ellos popularizaron y extendieron especialmente al norte de los Alpes, que es donde estaba el problema religioso.



Cardenal Cisneros. [Biblioteca Rector Machado y Nuñez]

Alberto Garín

Sí, el primer belén navideño se instaló en Praga en 1562 y luego empezaron a extenderse por Baviera y el Tirol. Fue un acierto porque ponían un episodio bíblico en imágenes tridimensionales. En el caso de las ursulinas, creadas por Ángela de Merici en 1535, lo que pretende es abrir una vía para que mujeres que quieran tener una vida de recogimiento y oración, pero no deseen ingresar en un convento, puedan hacerlo viviendo en el mundo. Con el paso del tiempo las ursulinas terminarán por enclaustrarse, pero en su origen no eran así. Aquí tenemos modelos de reforma que están surgiendo dentro de la cristiandad latina que a la larga tendrán éxito, pero que son anteriores a Trento. No son iniciativa de los papas a

través de un concilio. Es la propia cristiandad la que lleva a cabo esa reforma de forma silenciosa, pero con determinación y constancia. Órdenes como estas dos crean modelos alternativos dentro de la Iglesia católica. Lo que Enrique VIII hizo fue alumbrar su propio modelo alternativo fuera de la Iglesia católica.

Fernando Díaz Villanueva

Si bajamos al terreno y nos trasladamos mentalmente a ese momento histórico, esas tres primeras décadas del siglo XVI, lo que vemos es que la cristiandad se encuentra en pleno proceso de transformación. Se están produciendo fenómenos de purificación y pietismo en toda Europa.

Alberto Garín

Lo interesante con órdenes como los teatinos, los capuchinos, las ursulinas o los jesuitas es que en el largo plazo se ve cómo la misma Reforma de Lutero podría haberse llevado a cabo dentro del catolicismo, al menos en todo lo referido al estilo de vida del clero. Si avanzamos unos años, ya después de Trento, nos encontramos con el misticismo de santa Teresa de Jesús en España, fundadora de la Orden de las Carmelitas Descalzas, que en algún momento provocó las suspicacias de las autoridades eclesiásticas.

Fernando Díaz Villanueva

Uno de sus libros más celebrados se titula *Camino de perfección* y en él aboga por una transformación interna, por ser humilde, practicar con frecuencia la oración y ser pobre.

Alberto Garín

Exacto. Santa Teresa viene a demostrar que, sin

abandonar la institución, ni renegar del Papa, se puede alcanzar esa vida de pobreza y recogimiento y, a la vez, comunicarse con Dios de forma muy personalizada.

Fernando Díaz Villanueva

Pero dejemos a santa Teresa y regresemos a la década de los 1530, cuando estos movimientos de transformación espiritual se observan en Roma con dudas. En Alemania hay un buen lío montado a causa de la Reforma y movimientos como el de las ursulinas o los jesuitas no se reciben con aplausos. A san Ignacio de Loyola le llevó seis años conseguir la aprobación papal a pesar de que los jesuitas tienen un voto más, el de la obediencia directa al Papa. Crean al principio cierto desconcierto porque podría tratarse de quintacolumnistas de la Reforma que terminarían por ofrecer su verdadera cara cuando fuese demasiado tarde.

Alberto Garín

Esto viene a demostrar que la Contrarreforma empieza mucho antes y que lo hace desde abajo.

Fernando Díaz Villanueva

Si por Contrarreforma entendemos la mejora de la institución y de la cristiandad en general, efectivamente, había empezado mucho antes. Pero no era Contrarreforma, era reforma sin prefijo. Lutero es un reformador, cierto, pero también lo fueron san Ignacio de Loyola, Ángela de Merici o los fundadores de los teatinos.

Alberto Garín

Habría que irse incluso antes. Fue un proceso mucho más lento y gradual que hemos visto con la *devotio moderna*, con Cisneros y Erasmo y, ya finalmente, con las órdenes

que surgen de forma simultánea con la Reforma luterana. Tanto Kempis como Cisneros y otros muchos ya habían puesto en marcha los mecanismos para poder mejorar la Iglesia católica sin romperla. La diferencia con Lutero es que no parten de las indulgencias. No dicen «la indulgencia no sirve, todo está mal», indican un camino para que no haga falta comprar indulgencias.

Fernando Díaz Villanueva

Cuando empieza la Contrarreforma oficial que veremos más adelante con el Concilio de Trento, toda esta nueva espiritualidad que se ha ido elevando sobre la cristiandad latina desde el siglo XV aterriza sobre el concilio.

Alberto Garín

Naturalmente, servirá de base y será muy útil. A la larga el caso de los jesuitas es ejemplar porque no inmediatamente después del concilio, pero ya en el siglo XVII, descubrirán que el camino planteado por los jesuitas es el correcto: educación y misiones, y a eso se afanarán. Aquí es llamativo porque recordemos esa ceguera del papado que fue incapaz de entender que para 1530 el problema se le está yendo de las manos y que necesitaba convocar un concilio cuanto antes para abordar la renovación de la Iglesia. Pero los papas no quieren saber nada de concilios. En la primera mitad del siglo XVI solo hubo uno, el quinto Concilio Letrán, en el que el Papa se refuerza a sí mismo. Este concilio fue convocado en 1512 por Julio II y clausurado por León X en 1517 siete meses antes de las 95 tesis. El quinto de Letrán es el concilio de los papas que siguen obcecados en crear su propio Estado y todo lo demás debe subordinarse a ese empeño. No quieren concilios que puedan cuestionar la autoridad papal y en esa década de los 1530 necesitan un verdadero

concilio teológico y no una solución favorable a la autoridad papal como el quinto de Letrán.

Fernando Díaz Villanueva

Vuelven, por tanto, a caer en el mismo error en el que ya habían caído previamente. Siglos antes, mientras estaban librando la cruzada albigense, aparecieron movimientos de renovación como, por ejemplo, la orden franciscana y la dominica, esta última se demostró muy muy útil para las prédicas en el Languedoc. El papado no había prestado atención a esas corrientes internas hasta que tuvo el problema delante en forma de desafío abierto en el sur de Francia.

Alberto Garín

En el siglo XVI les vuelve a pasar algo similar, pero el desafío es mucho mayor porque se extiende primero por toda Alemania y luego por el norte de Europa. Entre medias, y por intereses políticos, han dejado que el emperador lidie con él a solas con intención de desgastarle y que así se olvide de Italia. El emperador tira rápidamente la toalla y en Augsburgo deja a los príncipes alemanes que se reformen si lo creen conveniente. Tardan tanto los papas en reaccionar que cuando lo hacen es demasiado tarde.

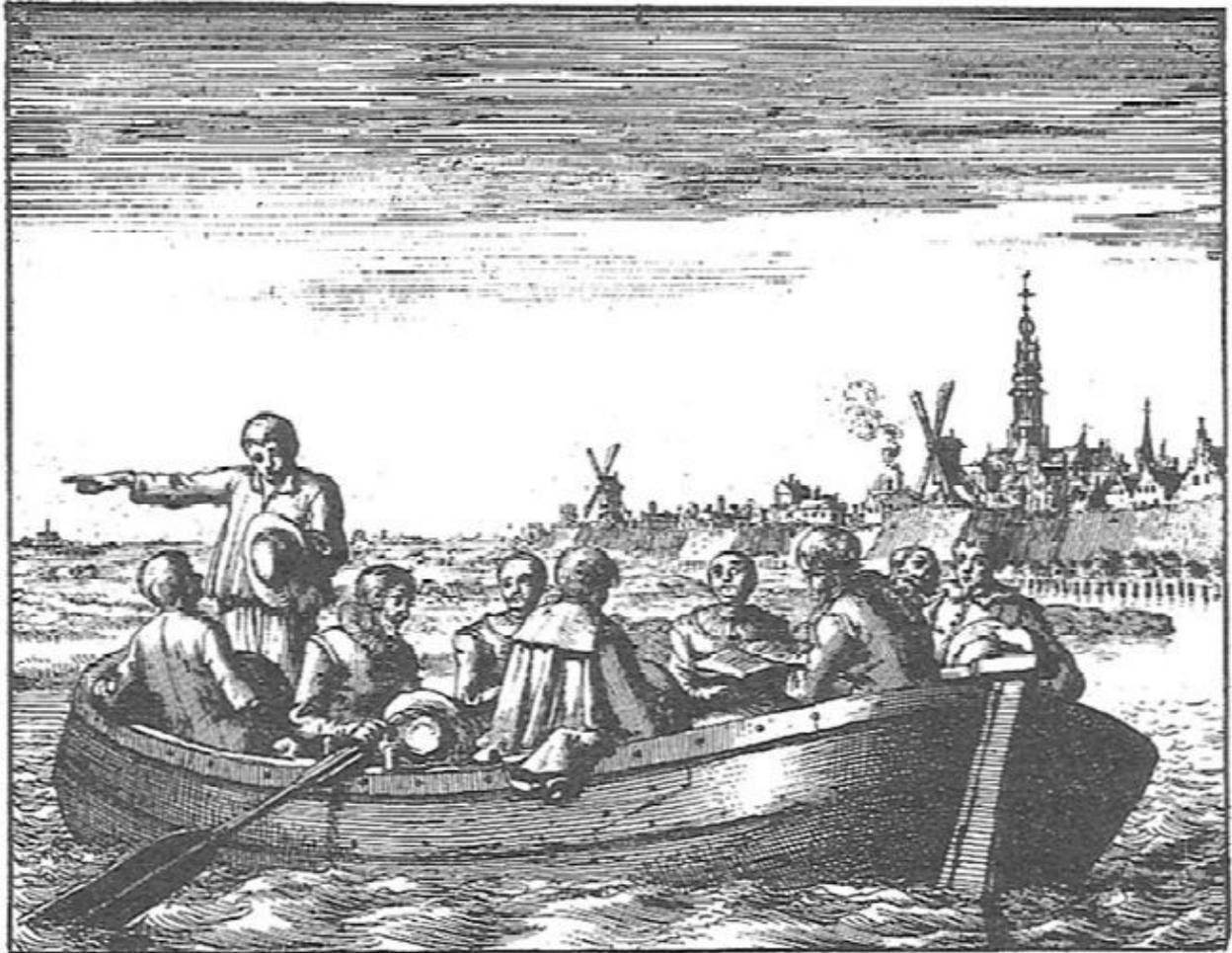
Fernando Díaz Villanueva

Esta es una de las claves del éxito de la Reforma. La demora innecesaria y absurda por parte del papado.

Alberto Garín

A lo que se añadirá el hecho de que cuando clausuren el Concilio en Trento, en lugar de aprovechar los argumentos que habían debatido durante años, crean que todavía

están a tiempo de revertir la Reforma y acabar con ella como habían hecho en el pasado con cátaros y con husitas, pero ya es muy tarde.



Anabaptistas reunidos en secreto en la barca de Peter Piersz. Ilustración de Jan Luyken para la segunda edición de *El Espejo de los Mártires*, 1685.

V

Las Iglesias reformadas

Fernando Díaz Villanueva

Una de las cosas más llamativas que se observa en la Reforma protestante es que empieza a fragmentarse en distintas corrientes muy pronto, tanto como que, en 1521, solo tres años después de que Lutero colgase las 95 tesis, aparecen tres profetas en Sajonia, en la ciudad de Zwickau: Nicholas Storch, Thomas Drechsel y Markus Stübner, que se lanzan a una prédica apocalíptica con la que quieren llevar el incipiente luteranismo mucho más allá. Hablan de que bautizar a los niños no está bien, ya que el sujeto de la fe es el adulto. A raíz de eso se les empezó a conocer como anabaptistas. Lutero y sus seguidores los rechazaron de plano. Entre los que apoyaban a los anabaptistas se encontraba Thomas Müntzer, un predicador que se había unido a Lutero dos años antes. Este de los anabaptistas es el primer cisma, luego irán surgiendo muchos más. El protestantismo llevaba inserto en su genoma la semilla de la división.



Grabado de Gabriel Salmon que ilustra el libro de Nicolas Volcyre de Sérrouville sobre la batalla contra los Rustaud (1526).

Alberto Garín

En el momento en que Lutero considera que hay que establecer una relación directa con Dios a través de la lectura de las Escrituras, la interpretación que cada uno hace de las mismas difiere y pueden aparecer tantas Iglesias como individuos haya en el mundo. Lutero rápidamente se dio cuenta del riesgo que eso suponía y la solución fue crear su propia Iglesia, la luterana. Pasó de rechazar la institucionalidad católica porque creía que era un caparazón innecesario colocado encima del mensaje bíblico, a crear su propio caparazón. Ya desde ese momento, es decir, desde el mismo comienzo de la Reforma, los luteranos y las diferentes Iglesias reformadas tendrán un enfrentamiento constante con la Iglesia católica, pero también entre ellos.

Fernando Díaz Villanueva

La primera guerra de religión en Alemania no es entre luteranos y católicos, sino entre luteranos y otros protestantes.

Alberto Garín

Exacto. Fue en la guerra de los Campesinos, que se libró en el sur y el centro de Alemania entre 1524 y 1525. Esta guerra, que se originó en una revuelta popular de los campesinos depauperados de Suabia, Hesse y el norte de Baviera, tuvo un componente religioso porque los anabaptistas, con Tomas Müntzer a la cabeza, apoyaron la causa de los insurrectos.

Fernando Díaz Villanueva

Para sofocar la revuelta hizo falta que se coaligasen el

elector de Sajonia, los señores de la Liga de Suabia y el *landgrave* de Hesse. La guerra se saldó con varias masacres de campesinos que costaron la vida de miles de personas. Enviaron ejércitos profesionales formados por mercenarios contra aquella gente que estaba muy mal armada y cuyos conocimientos bélicos eran nulos. Lutero se puso del lado de los príncipes, no de los campesinos. A modo de agradecimiento, Felipe el Magnánimo, *landgrave* de Hesse, se reformó adoptando el luteranismo. Ulrico de Württemberg, que se había puesto bajo su protección, hizo lo propio poco después. Para romper con Roma se valieron de un argumento nacionalista. «Dinero alemán para una Iglesia alemana» decían. La religión y la política eran inseparables.

Alberto Garín

Eso es, pero se les presentó el problema de que les habían aparecido los reformadores de la Reforma que rápidamente se enfrentan a los primeros reformados. La guerra de los Campesinos es una guerra entre reformados y ahí Lutero supo jugar bien sus cartas alineándose con los príncipes.

Fernando Díaz Villanueva

Todo mucho antes de que el emperador Carlos se metiese en aquel asunto. Estamos en 1525, aún faltan dos años para el saqueo de Roma por las tropas imperiales, que es, como veíamos antes, el punto de inflexión. A partir de ahí es cuando el emperador se lo empieza a tomar en serio. En 1525 el ejército imperial está compuesto por soldados católicos y protestantes. No es todavía un asunto que le preocupe. Es más, en la guerra de los Campesinos el emperador ni entra, se mantiene al margen, considera que es una cuestión menor entre alemanes cuyo contagio a

otras regiones es improbable.

Alberto Garín

Efectivamente, lo que quita el sueño a Carlos en 1525 no es una revuelta campesina en un lugar pobre y atrasado como el centro de Alemania, sino la guerra que está librando en esos momentos contra Francisco I, rey de Francia, por el Milanésado. Ese mismo año derrota a los franceses en la batalla de Pavía, captura a Francisco y se lo lleva preso a Madrid, en aquel entonces una simple villa castellana alejada de las fronteras para disuadir a los franceses de un rescate. Una vez allí le obliga a firmar un tratado de paz en el que le obliga a renunciar a Milán, a Flandes y a Borgoña. Carlos está en la gran política continental, no en cuestiones locales como la guerra de los Campesinos.

Fernando Díaz Villanueva

Dejando a un lado este lapso anabaptista que ocasiona mucha agitación en Alemania y una guerra entre los propios protestantes, hay que esperar a la década de 1530 para que se produzca un hecho fundamental: la Reforma anglicana. Esto fue serio porque todo un rey de la cristiandad occidental abandona el catolicismo. Hasta ese momento lo más que se había reformado eran príncipes alemanes o monarcas nórdicos. Entonces el rey de Inglaterra decide crear su Iglesia propia, la anglicana. Aquí es necesario señalar una vez más que el anglicanismo no es una Reforma luterana, es, en esencia, un catolicismo nacional.

Alberto Garín

Aquí entramos en otra derivada, que tendrá mucho recorrido y que no es extraña a la cristiandad. Frente a

todos estos movimientos de raíz teológica como el de los anabaptistas o el de Calvino en Suiza, emergen las Iglesias nacionales, algo que no es ajeno a la historia del cristianismo. El Papa, durante los primeros siglos, no era más que el obispo de Roma y su alcance no superaba el centro de Italia. Más allá de eso había Iglesias nacionales sometidas a sus respectivos monarcas, había una Iglesia hispana, una Iglesia franca, etc. Esos intentos de Iglesias nacionales habían sido una constante, la tensión entre el Papa y los reyes de la cristiandad occidental fue la norma. La Reforma protestante lo que trae es un nuevo argumento para que estas Iglesias nacionales, que siempre habían estado ahí presentes de una u otra manera, adquieran carta de naturaleza. El proceso arranca en la propia Alemania, que es el foco del luteranismo, se extiende con celeridad hacia el norte, cruza el mar Báltico y el primer monarca en reformarse, antes del rey inglés, es el de Suecia coincidiendo con la disolución de la Unión de Kalmar, que mantenía unidos a suecos, noruegos y daneses bajo una misma corona desde finales del siglo XIV.

Fernando Díaz Villanueva

Aquí aparece un personaje muy interesante, Cristian II de Dinamarca, que estaba casado con una hermana del emperador, Isabel de Habsburgo, hija de Felipe de Borgoña y Juana de Castilla. En las tensiones internas que hay en la Unión de Kalmar, él trata de apoyarse sobre el emperador y esto lo aprovechan sus enemigos en Dinamarca y Suecia, que agitan la bandera nacional para señalar que el rey, casado con una princesa medio flamenca, medio española, está al servicio de un monarca extranjero. Aquí, por lo tanto, habría que plantearse una pregunta: ¿qué habría ocurrido si el emperador decide

adoptar la Reforma? De primeras hubiese dejado sin argumentos a los príncipes alemanes y a los aspirantes al trono de Suecia y Dinamarca. Es el emperador el que dirige en una u otra dirección los intereses políticos.

Alberto Garín

Centrándonos en el caso inglés el problema se complica porque Inglaterra sí que tenía importancia. Hoy los países nórdicos son ricos y civilizados, pero no lo eran en aquel entonces. Su población era muy escasa. Suecia tenía en esa época medio millón de habitantes; su capital, Estocolmo, solo unos 7000 habitantes, por lo que su relevancia política y económica era minúscula. En el occidente y el sur de Europa se les percibía como reinos pobres y apartados en el margen mismo de la vida civilizada. Con Inglaterra era algo distinto. No es que el reino fuese especialmente rico, que no lo era, pero los reyes de Inglaterra tenían mucha historia y prestigio, habían participado en las cruzadas y eran conocidos por ser extremadamente leales a Roma. Enrique VIII era el último de esos monarcas con los que el Papa siempre podía contar. Pero tenía un problema. Su familia, los Tudor, era una dinastía cuestionada, era el resultado de la guerra de las Dos Rosas entre los York y los Lancaster que había concluido menos de medio siglo antes. Los Tudor, es decir, su padre, Enrique VII, se había quedado con el trono casi de rebote. Era una dinastía sin consolidar. Enrique VII casa a su hijo Arturo con una hija de los Reyes Católicos, Catalina de Aragón, pero Arturo se le muere poco después del matrimonio y, para no tener que devolver la dote, ofrece a Isabel y Fernando casar a Catalina con el siguiente hijo, Enrique. Se casan, pero no consiguen que ningún hijo varón sobreviva. La reina parió tres, pero murieron al poco de nacer. La que sí sobrevive es una

mujer, la princesa María, pero Enrique quiere un heredero varón porque necesita legitimar la dinastía y dotarla de continuidad. Después de seis partos de Catalina, empieza a considerar que necesita otra esposa. Para colmo de males se enamora perdidamente de Ana Bolena, una aristócrata inglesa mucho más joven que Catalina.



Retrato de Enrique VIII (1491-1547). Hans Holbein el Joven, 1540.

Fernando Díaz Villanueva

En ese punto se junta el hambre con las ganas de comer porque al problema dinástico que se le plantea, atisba la posibilidad de poder divorciarse legalmente y, ya de paso, apropiarse de todos los bienes de la Iglesia para sanear su hacienda como habían hecho los príncipes alemanes.

Alberto Garín

Pero su problema principal no es económico, es de legitimidad dinástica que la Reforma, en lugar de resolver, complicará. Desde este momento hasta finales del siglo XVII cuando, ya después de la Revolución Gloriosa, se imponga por ley que el monarca tiene que ser anglicano. El conflicto, que se arrastra hasta entrado el siglo XVIII con los jacobitas, lo ocasiona el propio Enrique VIII, que va a generar una nueva legitimidad muy extraña. Se separa de Roma y se convierte en cabeza de la Iglesia reformada que trata de beber de esa renovación interna del catolicismo, pero eso implica que se autolegitima. Ya no tiene el aval del Papa. Hasta ese momento él es rey porque hay un señor en el Vaticano, vicario de Dios en la Tierra, que le transfiere la legitimidad. Eso provoca en las islas Británicas dos siglos de crisis con sucesivas revueltas y mucha inestabilidad.

Fernando Díaz Villanueva

A Enrique VIII le sucede Eduardo VI, que es un niño cuando hereda la corona, y se va poco a poco implantando la Reforma sobre una población que es católica porque la anglicana es una reforma hecha desde arriba a diferencia de lo que había sucedido en Alemania años antes. Pero Eduardo VI muere de unas fiebres a los 15 años y ofician, de hecho, su funeral en la abadía de Westminster con el rito anglicano. Le sucede su sobrina Jane Grey, que solo reina nueve días y es condenada a muerte por alta traición. Esto crea un problema porque la corona cae sobre la cabeza de María, una de las hijas de Enrique VIII y Catalina de Aragón, que sigue siendo fiel al catolicismo como muchos ingleses.

Alberto Garín

Efectivamente, aquí hay que entender que la mayor parte de los ingleses eran católicos al morir Enrique VIII. Su hijo Eduardo necesita avanzar en la Reforma porque entiende que la legitimidad le viene de ahí, del acta de supremacía de 1534. Cuando María I accede al trono trata de echar marcha atrás revocando esa acta. Tras ello, se pone a persuadir a los anglicanos para que vuelvan al redil y al que no se dejase persuadir le persigue, de ahí el sobrenombre de Sangrienta que los anglicanos le pondrán. Pero María tampoco reina mucho tiempo, poco más de cinco años, y no deja descendencia a pesar de que lo intenta casándose con su sobrino, Felipe II de España, que era once años más joven que ella. Eso hace naufragar su proyecto de legitimación de los Tudor a través de este matrimonio y la corona pasa a su hermana Isabel.

Fernando Díaz Villanueva

Isabel sí se había reformado, de hecho, ella era hija de Enrique VIII y de Ana Bolena, el matrimonio que había provocado la Reforma anglicana. Era, en cierto modo, la primera consecuencia de la Reforma. El único modo en el que Isabel podía justificar su condición de reina era dentro del anglicanismo, de lo contrario sería una hija ilegítima, ya que el matrimonio de sus padres no era válido.

Alberto Garín

Claro, pongamos por caso que Isabel hereda la corona de su hermana María y decide que Londres bien vale una misa y se convierte al catolicismo. En ese caso tendría que haber renunciado a la corona ese mismo día porque ella era fruto de un matrimonio válido solo ante la Iglesia anglicana.

Fernando Díaz Villanueva

Una de las cosas que se imponen con Isabel es el *Book of Common Prayer* (*Libro de oración común*), que consiste en decir a la grey cristiana en Inglaterra que recen lo que ellos dicen sin apartarse de ahí.

Alberto Garín

Y no solo eso. Al igual que María intenta convertir a los anglicanos y, si no se dejan, los persigue sin piedad, Isabel hará exactamente lo mismo, pero con los católicos. La diferencia entre ambas es que Isabel tuvo que perseguir a más gente porque la mayor parte de la población inglesa era aún católica cuando ella llega al trono. Isabel ha pasado a la historia como *The Good Queen* (la buena reina) y María como la Sanguinaria porque al final la Reforma tiene éxito y son los anglicanos los que terminan escribiendo la historia oficial.

Fernando Díaz Villanueva

Lo cierto es que, al venir desde arriba, la mayor parte de ingleses aceptaron la Reforma sin rechistar. Era una reforma que se percibía como ordenada. El inglés medio no notó grandes cambios porque tanto en la liturgia como en la organización interna el anglicanismo trató de no separarse demasiado del catolicismo. Se quitó al Papa de la ecuación, pero al campesino inglés del siglo XVI Roma le quedaba muy lejos y hasta podía recibir con cierto agrado que la cabeza de la Iglesia estuviese más cerca.

Alberto Garín

A otros campesinos, en cambio, la Reforma no les parece tan bien. Para muchos de ellos su contacto principal con la Iglesia era a través de los frailes de un monasterio con quienes tenían relación directa y a menudo fructífera para ambas partes. Eso se acaba por deseo expreso del rey y

explica la persistencia del catolicismo en Gran Bretaña durante siglo y medio. En el caso de Inglaterra la Reforma se hace, se impone y se consolida desde arriba, lo que rompe con la idea comúnmente aceptada de que las reformas religiosas del siglo XVI vinieron del pueblo y fueron los príncipes los que se subieron al carro posteriormente.

Fernando Díaz Villanueva

La reforma en Inglaterra se convirtió en un gran negocio. Esos monasterios y abadías, algunos muy ricos, pasan por decreto a ser propiedad de los príncipes. Eso ya había sucedido en Alemania, pero en Inglaterra tiene una ventaja añadida para el monarca: el nombramiento de obispos. De este modo el rey, por un lado amplía considerablemente su patrimonio y sus rentas y, por otro, pone a todos los clérigos del país a su servicio. En definitiva, pone toda la Iglesia al servicio del rey y de los aristócratas que orbitan a su alrededor.

Alberto Garín

Si nos vamos hasta principios del siglo XIX y leemos las novelas de Jane Austen vemos como es común encontrar a un clérigo que trata de enamorar a la protagonista que está al servicio de un noble que le paga el salario. La muchacha puede averiguar la renta de su pretendiente porque es lo que le paga el señor.

Fernando Díaz Villanueva

Esto además quita a los monarcas ingleses un problema que tenían los de España o Francia, que siempre andaban con la duda de si el Papa se iba a poner de su lado o del de sus adversarios.

Alberto Garín

Así es. En Inglaterra, Alemania y el norte de Europa la Iglesia deja de ser un contrapoder. En España, Francia y el resto de la Europa católica los príncipes siempre dudan de si sus obispos son más leales a ellos o al Papa.

Fernando Díaz Villanueva

Los obispos católicos de la época hacían política. Y no solo los alemanes, que eran en muchos casos señores territoriales, sino los castellanos, los italianos o los franceses. Si había una crisis interna, una guerra civil, por ejemplo, intervenían en ella tomando partido activamente y poniendo los recursos de su diócesis a favor de un candidato u otro. Con ese problema los príncipes reformados acababan de un plumazo. Ahora esos príncipes nombrarían a sus obispos, esperando su lealtad absoluta.

Alberto Garín

Es que la Reforma protestante es una reforma hecha por el poder y para el poder en tanto que eliminan el único contrapoder real que los poderosos de entonces tenían. Absorben la Iglesia y la incorporan a la monarquía. Con algo así el rey católico más influyente de la época, el de España, que era el dueño de medio mundo, no podía ni soñar.

Fernando Díaz Villanueva

En Alemania el proceso es algo más caótico porque había muchas más unidades políticas que en Gran Bretaña, donde convivían solo dos reinos, el de Inglaterra y el de Escocia. De ahí que en Alemania van surgiendo focos por doquier, algunos incluso muy al sur como Suiza, que fue el que, con diferencia, más ruido hizo.

Alberto Garín

El que más ruido hizo y, en el largo plazo, el más exitoso de todos fue el de Juan Calvino. En Alemania no había apenas reyes y algunos príncipes eran obispos, por lo que si uno se apuntaba a la Reforma, se convertía en un Papa dentro de su obispado.

Fernando Díaz Villanueva

Ya no necesitaban comprar la dignidad de obispo como había hecho Alberto de Brandeburgo, pasaban a ser propietarios del cargo y podían transmitírselo a sus descendientes.

Alberto Garín

Esto desincentiva la idea de crear una monarquía alemana unificada de confesión luterana, es decir, un contraemperador situado por encima de los príncipes reformados. Por eso no surge una Iglesia germánica como sí surgió una Iglesia danesa, noruega, sueca o anglicana.

Fernando Díaz Villanueva

En el foco que tanto éxito tendrá, con el paso del tiempo aparecen algunos predicadores como Ulrico Zuinglio, que fue de los primeros y que llegó a tratar a Lutero y a los anabaptistas. Tras él entra en escena un francés llamado Juan Calvino, que se termina convirtiendo en una de las principales figuras de la Reforma protestante. Calvino consigue hacerse con una ciudad, la de Ginebra, en 1541 y allí desarrolla sus propias tesis e instaura una teocracia que dura varios años.

Alberto Garín

Calvino, como ya le había pasado a Lutero, es de ese tipo de reformadores que tratan de hacer una suerte de tabla

rasa con todo lo anterior. Acude a las Escrituras, se apoya sobre padres de la Iglesia como san Agustín y elimina toda la exégesis medieval de la escolástica. Eso crea escuela porque las Iglesias calvinistas están haciendo tabla rasa permanentemente. Consideran que el último en llegar puede hacer su propia relectura de la Biblia y crear su propio sistema teológico. Eso viene directamente de Calvino. En Ginebra tiene manos libres para que toda su teología aterrice sobre el mundo real a través de una república teocrática. Que tenga una ciudad para él solo es algo crucial porque en el siglo XVI el ámbito de poder más efectivo es el municipal. Aquel es un mundo en el que los viajes son largos y penosos y todo está lejos. Viajar de Madrid a Lisboa o de París a Viena llevaba semanas, una noticia de Sevilla se demoraba meses en llegar a Alemania. En una ciudad el gobernante podía alcanzar hasta el último rincón y hacer efectivo su poder. Si Calvino hubiera querido establecer su teocracia en toda Suiza o en Sajonia o en el Languedoc, lo hubiera tenido mucho más difícil. En esos ámbitos se podían conseguir como máximo reformas como la del rey de Inglaterra o la de cualquier príncipe alemán, es decir, un decreto, una institución alternativa a la católica, unos cuantos predicadores y poco más. No tenían medios, no tenían transportes rápidos, ni teléfono, ni radio, ni Internet.



Calvino.

Fernando Díaz Villanueva

Pero Calvino lo desarrolla a un nivel local puede aplicar su modelo teológico y ensayarlo hasta sus últimas consecuencias. Eso es lo que hace a Calvino tan atractivo y explica que, una vez fuera de Ginebra, tanto en Francia como en los Países Bajos el calvinismo se implante tan bien en los ámbitos urbanos donde sí es posible llevar a buen término todo el proceso.

Alberto Garín

El calvinismo va a ser, efectivamente, una reforma muy urbana, muy viajera y exitosa. Genera un recetario en el

que es muy fácil reconocerse, algo que la Iglesia católica había perdido y que no pretendía recuperar. Pensemos, por ejemplo, en la Iglesia católica de nuestros días en pleno siglo XXI. En la Iglesia cabe de todo, desde la izquierda hasta la derecha y todo lo que hay entre medias. Tan católico es un sacerdote tradicionalista que dice misa tridentina y va con sotana por la calle, como un cura de base que toca la guitarra en misa y no se pone ni el alzacuellos. El catolicismo está lleno de matices que al creyente a veces le cuesta distinguir. El calvinismo elimina esos matices, es un recetario sencillo que, si se sigue, ya se es un buen cristiano. Principios como el de la predestinación son muy bien recibidos porque para saber si uno se va a salvar tan solo tiene que seguir esas normas.

Fernando Díaz Villanueva

El calvinismo no tarda en tener hijos por todo el mundo. De ahí nacen, por ejemplo, el puritanismo, los bautistas o los congregacionistas, que tendrán gran recorrido en el mundo anglosajón, especialmente en Estados Unidos y, a partir del siglo XX, en Hispanoamérica, donde casi cada Iglesia evangélica está compuesta por un edificio y su pastor. Esto en su momento creó un problema porque el Papa ya no tenía un interlocutor como había tenido con los luteranos en las dietas de Espira y Augsburgo. Con el calvinismo no tenemos a Roma frente a Lutero, sino a Roma frente a una miríada de reformadores completamente autónomos que están por toda Europa.

Alberto Garín

Eso se va a ver muy bien en las guerras de Religión de Francia de la segunda mitad del siglo XVI en las que los católicos se preguntan quién es la cabeza de la Iglesia

calvinista de Francia, de los conocidos como hugonotes. En Francia no había un Federico III de Sajonia protegiendo a Lutero o un Enrique VIII promulgando el acta de supremacía. No había un líder claro, de hecho, no había un líder propiamente dicho porque cada grupo calvinista tenía su propio pastor. No hay una estructura institucionalizada como la que se levanta en Alemania, en Escandinavia o en Inglaterra, hay células militantes dispersas por toda Francia, células pequeñas, pero son muchas y eso hace muy difícil acabar con ellas.

Fernando Díaz Villanueva

La naturaleza íntima del calvinismo vendría a explicar por qué la Paz de Augsburgo de 1555 —que pone fin, al menos temporalmente, al conflicto con los luteranos— no frena a los calvinistas en Francia y los Países Bajos, que van por libre y no se sienten interpelados por ese acuerdo entre el emperador y los príncipes alemanes reformados. Con los calvinistas no hay interlocutores o, mejor dicho, son demasiados los interlocutores, algunos representan solamente a un puñado de seguidores.

Alberto Garín

Esto provoca que, después de Trento, cuando los católicos ya han puesto sus cosas en orden, el Papa y el emperador se lancen contra los calvinistas y no contra los luteranos. Por eso en la segunda mitad del siglo XVI la guerra religiosa abandona Alemania y continúa por Francia y los Países Bajos.

VI *El Concilio de Trento*

Fernando Díaz Villanueva

La necesidad de un concilio se vio desde el primer momento, pero el Papa no hizo mucho caso. Los propios alemanes pedían, desde poco después de que Lutero clavara las 95 tesis, que se convocase un concilio cuanto antes. Para el Papa la cuestión quedó más o menos vista para sentencia en la dieta de Worms, pero la cosa fue complicándose a lo largo de la década de 1520 hasta que, en 1534, se va de madre con la Reforma anglicana. Es en ese momento cuando al papa Pablo III no le queda más remedio que tomar medidas y convocar el concilio. Primero lo intenta en Mantua, luego en Vicenza, pero no arranca. Al final se convoca en Trento en 1545, al norte de la Italia actual, pero que en aquel entonces era territorio imperial. Habían pasado casi treinta años desde que Lutero se pronunció en Wittenberg. Un retraso simplemente inexplicable. Es cierto que en el siglo XVI las cosas iban algo más lentas, pero no tan lentas, la demora obedece a otras razones.



El Concilio de Trento celebrado en Santa María Maggiore en una obra conservada en el Museo Diocesano Tridentino.
Elia Naurizio, 1633,

Alberto Garín

Eso es. Esto de los concilios, si bien en los orígenes de la Iglesia habían sido relativamente comunes, especialmente al principio, en los siglos IV y V con los de Nicea, Éfeso, Constantinopla o Calcedonia, eran eventos muy especiales y que revestían gran singularidad. Se convocaba un concilio cuando había un problema doctrinal de primer orden que los patriarcas no eran capaces de solucionar y para el que, por lo tanto, necesitaban el apoyo y el consejo del resto de obispos llamando a un concilio general. Un concilio de este tipo era algo muy excepcional y sigue siéndolo, desde el siglo XVI solo se han convocado tres: Trento y los dos Vaticanos, uno en el siglo XIX y otro en el XX.

Fernando Díaz Villanueva

Tenían, además, los papas de aquella época un mal recuerdo de los concilios. El cisma de Aviñón estaba muy presente, a poco más de un siglo de distancia. Ese cisma concluyó con un concilio, el de Constanza entre 1414 y 1418, que, de ahí en adelante, sirvió como mecanismo de control al Papa. Tras el de Constanza se convocó otro en Siena y uno más, que duró casi veinte años entre 1431 y 1449, que se celebró en Basilea, Ferrara, Florencia y Roma. El siglo XV fue, de hecho, el momento álgido del llamado conciliarismo, cuya doctrina se basaba en la superioridad del concilio general sobre la autoridad papal.

Alberto Garín

Correcto, por eso León X desconfía y se niega a convocar otro concilio. Cuando es elegido Papa en 1513 se encuentra con uno en marcha, el V de Letrán, que había convocado su antecesor Julio II un año antes. Mantiene las sesiones, se encarga de que el conciliarismo sea condenado explícitamente y da carpetazo al asunto dando por concluido el concilio unos meses antes de que Lutero compareciese en escena. Lo que hiciese un agustino en un rincón remoto de Alemania no era motivo para convocar algo tan serio como un concilio ecuménico. Más si cabe cuando no era el primero que criticaba a la Iglesia y al Papa. León X ignora el asunto y deja que lo resuelva el emperador. Su objetivo principal, además, era reforzar su posición convirtiéndose en un señor territorial en Italia con Estado propio, no atender lo que él entendía como un problema doctrinal menor en la Alemania profunda. Sus prioridades eran otras. Tratemos de meternos en su cabeza. Lutero cuestiona su autoridad y lo que algunos le están pidiendo es que convoque un concilio, algo que, en

sí mismo, es un cuestionamiento a su autoridad tres años después de Letrán, donde había quedado claro que los concilios no eran necesarios, que la última palabra la tenía el Papa. No ve que la solución a lo que pide Lutero pase por un concilio, sino por reforzar su autoridad.

Al final acceden con mucho retraso, pero porque la Reforma en 1540 ya tiene vida propia y se les ha ido de las manos. El emperador no consigue frenarla, ha salido de Alemania, ha prendido en Escandinavia y Gran Bretaña y se encuentra difundiendo por Francia.

Fernando Díaz Villanueva

Antes de eso ni se lo habían planteado seriamente. Los papas en ese momento miran más por sus intereses políticos y dinásticos que por cualquier otra cosa. Alejandro VI era un Borgia, una familia española vinculada con los Reyes Católicos. León X y Clemente VII eran primos, ambos pertenecían a la familia Medici. Pablo III era miembro de la familia Farnesio, Julio II de la familia della Rovere. Adriano VI era un teólogo de la universidad de Lovaina y preceptor del emperador Carlos, luego fue nombrado obispo en España e inquisidor de Aragón y Castilla. En el momento de ser nombrado a la muerte de León X era regente de España porque Carlos se encontraba en Alemania para ser elegido emperador. En todos los casos vemos como los papas tenían una agenda política muy bien definida y la anteponían a cualquier otra circunstancia.

Alberto Garín

Hay una ceguera evidente por parte de estos papas cuyo pontificado coincidió con los primeros compases de la Reforma, pero es una ceguera comprensible si entendemos

qué incentivos les movían.

Fernando Díaz Villanueva

La fecha clave a mi juicio es 1534. Ese año el colegio cardenalicio elige a Pablo III el 13 de octubre. En noviembre se proclama en Inglaterra el acta de Supremacía, que fue algo así como un regalo de bienvenida para el nuevo pontífice. Una de las primeras cosas que hace Pablo III tras recibir noticias en Inglaterra es solicitar a una comisión que estudie los abusos que se han cometido dentro de la Iglesia. Le presentan un documento, el *Consilium de emendanda Ecclesia*, y a partir de ahí es cuando Pablo III advierte la gravedad del problema: ya no se trata de un monje agustino en un rincón de Alemania, sino de todo un rey de Inglaterra, Enrique VIII, descendiente de aquellos monarcas medievales que habían combatido en las cruzadas.

Alberto Garín

Sí, es Enrique VIII el que empuja el concilio y cambia la actitud del papado. Se da cuenta de que ese proyecto de convertir al Papa en el gran señor de Italia que había puesto en marcha Alejandro VI décadas antes ya no se puede llevar a término. Carlos V ya ha derrotado a Francisco I, ha sacado a los franceses de Italia y controla directamente Nápoles, Cerdeña, Sicilia y Milán. Allí no hay espacio para otro, tiene que llevarse bien con él porque la posición española en Italia es muy sólida y va para largo. Es Carlos V quien frustra el proyecto papal y eso conduce directo a que el Papa piense en convocar un concilio que detenga la sangría en el norte de Europa.

Fernando Díaz Villanueva

El concilio fue larguísimo. Consumió el final del pontificado

de Pablo III y los pontificados completos de Julio III, Marcelo II y Pablo IV. Lo cierra Pío IV en 1563 después de 18 años de sesiones. Una duración tan prolongada no solo la explican las enormes distancias de la época, sino la gran cantidad de temas que tenían que tratar y el hecho de que se convoca y se desconvoca en tres ocasiones.

Alberto Garín

Se desarrolla en tres etapas porque hay problemas más allá de las cuestiones teológicas, problemas entre los príncipes católicos que tienen luego que aplicar las resoluciones del concilio, que impiden que se pueda llevar a cabo con la agilidad necesaria. El hecho de que no sean capaces de desarrollar con rapidez el concilio muestra como, a pesar de todo, no terminan de verlo. Metámonos en la piel de la Iglesia. Ya habían tenido problemas parecidos en el pasado con los cátaros o los husitas, herejías ambas que se prolongaron bastante en el tiempo. Creen que aún es posible arreglar el desaguado porque al final aparecerá un rey con suficientes soldados a sus órdenes que pondrá fin al problema cortando unas cuantas cabezas. Y eso es, en definitiva, lo que ocurrirá. Tan pronto como Trento termina, los católicos rearmados doctrinalmente van a buscar a los protestantes para meterles en vereda. En el espíritu de esta gente seguía imperando la idea de que ese era un problema que se iba a resolver de forma militar como ya había ocurrido anteriormente con cátaros y husitas.

Fernando Díaz Villanueva

Las tres etapas del concilio pueden leerse en esa clave. El Papa ve que no está consiguiendo esa unidad que sus antepasados habían logrado para combatir a cátaros y husitas. Los reyes católicos, especialmente los reyes de

España y Francia, siguen enfrentados por cuestiones políticas y no están para atender la cuestión religiosa. Los Habsburgo priorizan la enemistad con los Valois y viceversa sobre cualquier otra que pudiesen tener con los príncipes reformados.

Alberto Garín

El concilio, de hecho, se va a cerrar cuando Enrique II de Francia firma la paz con Felipe II de España en Cateau-Cambrésis en 1559, una paz que aleja a los franceses definitivamente de Italia y consolida la hegemonía española. Una de las cosas que acuerdan es unir sus fuerzas para combatir a los protestantes, que se están extendiendo por Francia a toda velocidad. Sin españoles y franceses que impusiesen *manu militari* las resoluciones del concilio, no habría servido de nada reunirse.

Fernando Díaz Villanueva

Esas resoluciones, y ya abordando el tema desde un punto de vista estrictamente teológico, el Concilio de Trento más que una Contrarreforma es la culminación de la reforma que había dado comienzo en el catolicismo un siglo antes.

Alberto Garín

Desde los concilios ecuménicos de los siglos IV y V, en los que se sientan las bases de cómo habría de ser la Iglesia cristiana ya institucionalizada, no se había hecho nada igual. Trento sentará las bases de la Iglesia hasta el Vaticano II ya en el siglo XX. En los concilios de Nicea y Constantinopla habían definido cuatro patriarcados en Oriente y uno en Occidente, el patriarca latino, lo que conocemos como el Papa. El cristianismo oriental y el occidental dejan de hablarse en el siglo XI, pero eran autónomos. En el siglo XVI lo que surge es un cisma en

Occidente que compromete la autoridad del patriarca latino, un cisma que se extiende con rapidez y se contagia a todo el norte del continente. Hacen entonces un examen de conciencia en Trento y proponen soluciones.

Veamos algunos ejemplos. Se plantean que sus sacerdotes no estaban bien formados, por lo que establecen que se abran seminarios en las principales ciudades. No saben tampoco con precisión quiénes son sus fieles, lo que les obliga a imponer las actas de bautismo para tener claro quién está dentro de la Iglesia. Nunca se habían preocupado por tener un texto básico para que los fieles tengan claro en qué creen y cómo proceder. Es entonces cuando crean el catecismo. Todo esto que habían considerado innecesario en los siglos previos desde Constantino. Es ahora cuando lo van a implantar. Es curioso que cuando ahora pensamos en la Iglesia católica tradicional nos viene a la cabeza la de Trento, lo tridentino, de hecho, nos parece algo anticuado, pero en su momento fue una renovación integral, una modernización que a los contemporáneos les agradó mucho.

Fernando Díaz Villanueva

Es decir, que Trento es tan moderno como Lutero. No se trata de una Iglesia medievalizante y oscurantista, más bien todo lo contrario.

Alberto Garín

El término tridentino en castellano tiene un carácter peyorativo porque está asociado a ese imaginario de la Iglesia católica retrógrada e intransigente, pero en su momento supuso una modernización, tanto que muchas de las cuestiones que se plantearon en Trento siguen

teniendo vigencia hasta hoy. Planteémonos lo siguiente: ¿qué estamos haciendo cuando hablamos de la Iglesia cristiana? Estamos hablando de gente que es temerosa ante la muerte, que tiene necesidad de saber qué ocurre después, si hay o no hay una vida eterna y cómo alcanzar esa vida eterna. Trento viene a resolver muchas de las dudas que no habían quedado claras, no ya desde las prédicas de Jesús, sino desde que Constantino, en el Concilio de Nicea, establece los principios básicos de la Iglesia cristiana.

Fernando Díaz Villanueva

Otra de las cosas que trae Trento es que se consolida el Santo Oficio como una oficina de investigación para separar el grano de la paja. La Inquisición no fue creada en Trento, viene de mucho antes, surge con la herejía cátara con la idea de establecer un tribunal religioso que sea capaz de discriminar quién se está equivocando y puede ser corregido y quién se está equivocando y se empeña en el error y, por lo tanto, hay que condenarle. Para esto, de nuevo, hay que entender la mentalidad de la época. Si alguien difunde falsa doctrina no solo se condena él, sino que condena a todos los que le siguen. Hoy nos puede parecer una cuestión baladí, pero en aquel entonces era de la máxima importancia.

Alberto Garín

La Inquisición nace con los cátaros, pero se reimpone en Castilla, Aragón y Portugal a finales del siglo XV para tratar el problema de los judeoconversos. A los reyes de España y Portugal les funciona muy bien y aprovechan la idea en Trento estableciendo los criterios a seguir por esos tribunales inquisitoriales para decidir quién está equivocado y actuar en consecuencia. Si tratásemos de

entrar en la cabeza de alguien que viviese en torno al año 1600 con Trento superado, ese alguien sabía que gozaba de garantías en el mundo católico que no existían en el mundo protestante. Si a alguien el Santo Oficio le abría un expediente, había un procedimiento establecido que los inquisidores tenían que respetar. En las Iglesias reformadas dependía de lo que decidiese el predicador de turno. Podía tocarte un Castellio o un Calvino, no había un reglamento definido al que agarrarse. A la larga, con toda la leyenda negra que hay en torno a la Inquisición, hemos de entender que especialmente el siglo XVII fue terrible porque todas las Iglesias cristianas practicaron la intolerancia religiosa más atroz. Pero, con todo, los católicos ofrecían ciertas garantías procesales que entre los protestantes no existían ni de casualidad.

Fernando Díaz Villanueva

En cierto modo el Concilio de Trento supone la definitiva unificación y estandarización del cristianismo latino que había empezado en el siglo XI con la reforma gregoriana.

Alberto Garín

Se había producido una unificación de la Iglesia latina en el siglo XI con la imposición del rito romano, la homogeneización de las órdenes monásticas y el uso de la escritura carolina para poder entenderse. Lo que ocurre en Trento es que, sin poder evitar las tensiones nacionales, se consigue una homogeneización tal dentro del ámbito católico que va a permitir que un sacerdote navarro pueda decir misa en Baviera o un sacerdote de Padua haga lo propio en París sin que tenga que hacer más esfuerzo que realizar el viaje y acomodarse. Ya no solo comparten el rito, comparten también la esencia teológica, algo que no se había abordado hasta Trento. Durante toda la Baja

Edad Media había una serie de divergencias locales que desaparecen.

Fernando Díaz Villanueva

Eso es muy visible en la arquitectura. Las iglesias católicas después de Trento pasan a ser todas muy parecidas. Una iglesia polaca del siglo XVII es por dentro prácticamente igual que una iglesia italiana o peruana.

Alberto Garín

En la arquitectura hay dos elementos clave. Las iglesias postridentinas tratan de evitar la multiplicidad de naves. Pensemos, por ejemplo, en las catedrales medievales. Tenían una nave principal y naves laterales por las que la gente circulaba. Trento trata de eliminar esas naves laterales, de modo que cuando entras te tienes que quedar, no hay forma de escabullirse en una nave lateral. El otro elemento es la presencia del púlpito. Los púlpitos ya venían de la Edad Media, pero no eran algo habitual. A partir de Trento todas las iglesias católicas pasan a tener un púlpito ubicado en medio de la nave para que todos puedan escuchar al sacerdote explicar las lecturas. Hasta entonces habían considerado que, como la lectura es la palabra de Dios, todos la entenderían sin problema. Pero no era así. Los fieles no entendían lo que les estaba contando el sacerdote. Trento observa el problema y le pone solución con el púlpito y la obligación de explicar las lecturas. La nave única y el púlpito son dos elementos que se pueden encontrar en cualquier iglesia católica desde Hungría hasta Chile.

Fernando Díaz Villanueva

Muchos se preguntan si a estas reformas arquitectónicas homogeneizadoras se hubiese llegado sin el concurso de

Lutero.

Alberto Garín

Posiblemente no. No lo veían necesario. El espacio desarrollado en el gótico funcionaba bien. Y, desde el punto de vista de la homogeneización de la teología o del rito, los que años antes habían iniciado la reforma en el catolicismo no pedían exactamente eso, sino una renovación espiritual y mejorar la conducta de los religiosos.

Fernando Díaz Villanueva

Lo que sí consigue Trento es que se acaben los cismas en el seno de la cristiandad latina mientras las Iglesias reformadas empiezan a dividirse y subdividirse frenéticamente durante los siglos posteriores. Esto seguramente fue así porque el concilio dio respuestas a muchas de las preguntas que los cristianos se habían hecho durante más de mil años. Las respuestas estaban, además, bien trabajadas doctrinalmente para cerrar las fisuras que provocasen ulteriores cismas.

Alberto Garín

Las reformas que se hacen posteriormente dentro de la propia Iglesia católica tienen más que ver con la forma que con el fondo. En el Vaticano II la liturgia deja de ser en latín y el oficiante pasa a mirar a los fieles, no al altar. Pero no se prohíbe la liturgia tridentina, la llamada misa de Pio V, que se sigue celebrando en algunas iglesias. Cambia la forma, pero la teología sigue siendo la misma. La Iglesia católica acepta ritos como el ambrosiano o el hispánico como curiosidades que no afectan al mensaje esencial.

Fernando Díaz Villanueva

Luego, a pesar de su mala fama en ciertos ámbitos, se puede considerar exitoso al Concilio de Trento. Evita un nuevo Lutero y sus ecos llegan hasta hoy. Permite, entre otras cosas, que la Reforma católica, que había comenzado antes que la luterana, encuentre una vía y se dote de argumentos.

Alberto Garín

Suministra a la Iglesia católica el combustible necesario para que esa renovación siga adelante. Lo importante es que pone fin al debate que abre Lutero sobre la salvación. Trento es meridiano al respecto. Salva la fe, pero también las obras, con la fe no basta. Ese es el argumento más poderoso que da Trento poniéndole encima el sello papal y el de todos los obispos y los príncipes católicos. De ahí la importancia que cobrarán en el mundo postridentino iniciativas como las de la compañía de Jesús. Una fe acendrada la acompañaban de misiones, de colegios, de obras de caridad. No hay salvación posible si no viene acompañada de buenas acciones. Ese es el gran éxito de Trento. Dijo a los movimientos de renovación previos que su camino era el correcto.

Fernando Díaz Villanueva

Esa es la razón por la que, a partir de Trento, aparecen un montón de órdenes y congregaciones. Órdenes y congregaciones que hacen hincapié en las buenas obras, que intervienen en la sociedad y transmiten el mensaje en su seno. Eso también ha durado hasta nuestros días.

Alberto Garín

Trento supone en buena medida una reinvencción de la Iglesia católica. Hay un catolicismo pretridentino y otro postridentino. Hay tres concilios fundamentales en la

historia del cristianismo. El de Nicea del año 325, que lo oficializa como religión del Imperio romano, el de Trento, que consolida la institución tras la Reforma protestante, y el Vaticano II ya en siglo XX, que la adapta al mundo contemporáneo. Aunque estamos aún muy cerca de este concilio y quizá es pronto para sacar conclusiones. Sabemos que las resoluciones de Nicea o Trento se dejaron sentir durante siglos, las del Vaticano II aún desconocemos hasta cuándo se dejarán sentir. Habrá que esperar dos o tres siglos para hablar con propiedad.

Fernando Díaz Villanueva

Desde Trento ya ha pasado ese tiempo y podemos concluir que fueron capaces de generar una serie de instituciones. La primera y fundamental fue formar bien a los clérigos. Es más, hasta el siglo XVI el término clérigo era equivalente a erudito. Clérigo no proviene del latín *ecclesia*, que en castellano derivó en iglesia, sino del griego *klerikos*, que significa relativo a la herencia. La Europa medieval lo recuperó debidamente latinizado para referirse a la herencia intelectual que alguien poseía. En la Edad Media un clérigo no era necesariamente un religioso, era alguien que sabía mucho de algo.

Alberto Garín

Exacto, fue a partir de Trento cuando ese término se solapa con el de religioso porque todos los religiosos habrían de contar con una educación formal y esmerada en un centro dedicado al que llamaron seminario. Eso es clave, la necesidad de formar adecuadamente a todos los sacerdotes que permitirá a la Iglesia enviar a cualquiera de sus miembros a cualquier punto del orbe católico, a ese cura navarro que decía misa en Baviera que veíamos antes. Algo parecido a los seminarios ya existía de antes,

había algunos colegios especializados en la formación de sacerdotes en ciudades como Roma, pero no era ni mucho menos corriente, por lo que hubo que crearlos desde cero y estandarizar el proceso, pasaron de hecho a llamarse seminarios conciliares, nombre que muchos de ellos aún conservan. Todas las ciudades de cierto tamaño, incluidas las de los virreinos españoles en América, pasarían a tener un seminario. Al principio esos seminarios se instalan en conventos o en palacios episcopales, pero pronto se construyen edificios propios para ese fin.

Fernando Díaz Villanueva

Junto a los seminarios, otra de las disposiciones de Trento fue obligar a los obispos a residir en sus diócesis y a hacer labor pastoral en ellas, reducir su papel político y reforzar su rol religioso. Esa labor era muy útil porque permitía al obispo conocer de primera mano las costumbres del lugar y anticiparse a los problemas que se pudiesen presentar. En esa época se crean nuevas diócesis en regiones que no las tenían, como en el lado español de los Pirineos, donde a petición de Felipe II el Papa crea la diócesis de Solsona, o, más al sur, en Aragón, se crea la de Teruel en la misma época. El rey temía que se colasen los hugonotes a través de la frontera y se presentase de forma inesperada un foco protestante.

Alberto Garín

La clave fue que el interés por parte de la autoridad religiosa era real. Al igual que con la voluntad de querer formar a los sacerdotes van a aparecer los seminarios, con este hincapié en la labor pastoral aparecerán las visitas episcopales en la documentación de archivo que son muy interesantes. Son documentos de los siglos XVII y XVIII que presentan una relación detallada de lo que ocurre en

el lugar y eso es valiosísimo para los historiadores de nuestro tiempo. En muchas ocasiones tenemos más información gracias a estas visitas pastorales que la que podían tener en su momento otras instituciones civiles como los cabildos, las capitanías generales o los propios virreyes. Ningún funcionario da tanta información sobre la realidad social de los lugares como la que recopilan los obispos en sus visitas. Esto nos viene a demostrar que tiraron de las orejas a los obispos para que se preocupasen de su grey.

Fernando Díaz Villanueva

Hay un elemento aquí de capital importancia en la demografía histórica: las partidas de bautismo. No basta con que nazca un niño y se incorpore a la comunidad, es que es necesario que quede constancia documental de que lo ha hecho. Así el obispo ya sabe cuántas almas tiene que pastorear, con su nombre y apellido. Los primeros estudios demográficos sobre documentación original parten de libros de bautismo. Ahí te dicen cuántos nacen y cuántos mueren.

Alberto Garín

Pero hay más cosas dentro de esta necesidad de reglamentarlo todo. Se han dado cuenta de que uno de los problemas de las sucesivas herejías que han tenido que enfrentar es que todo estaba un poco a su aire, dejando demasiado espacio a la interpretación libre. Aparece, como ya dijimos antes, el catecismo, aparecen los misales, aparecen los breviarios. Todo un conjunto de herramientas comunes para toda la cristiandad católica que están a disposición del sacerdote y que son idénticas en todas partes. Un sacerdote formado en un seminario castellano puede administrar una parroquia en Italia, en Chile o en

Filipinas. Los procedimientos son los mismos, los libros también, y la lengua litúrgica es el latín, que se enseñaba con celo en los seminarios.

Fernando Díaz Villanueva

Otra de las novedades es la Congregación para la Doctrina de la Fe, que ya se había puesto en marcha antes de arrancar el concilio y que supervisa qué es apropiado y qué no es apropiado que lean los fieles. Esta congregación se ve como un ejemplo del control que sobre la mente quiere ejercer la Iglesia católica y, en efecto, así es. El objetivo que perseguían era ese mismo. Los pastores reformados hacían exactamente lo mismo, señalaban una serie de lecturas a las que sus fieles no se podían ni acercar. Así funcionaba la mentalidad de la época. Lo importante era la salvación y la vida eterna. Consideraban que esta no sería posible si se leían ciertos libros.

Alberto Garín

Es curioso que hoy nos escandalice esto cuando en pleno siglo XXI estamos asistiendo a cómo grupos más o menos organizados hacen lo mismo. Deciden lo que podemos ver o escuchar en función de sus criterios ideológicos. Si te sales del camino, lo más probable es que no te dejen dar una charla en una universidad y además te abucheen. Lo que hacían nuestros antepasados en este aspecto, tanto los católicos como los protestantes, nos puede parecer reaccionario, pero esa ha sido la tónica en la historia de la humanidad. Salvo periodos breves, lo que solemos encontrar es a grupos que se sienten moralmente superiores y autorizados para decirnos lo que podemos hacer y lo que no.

Fernando Díaz Villanueva

Gente que confecciona índices de libros prohibidos, de películas prohibidas, de canciones prohibidas o de chistes prohibidos. Eso es lo que estamos viendo hoy y muchos lo ven adecuado y necesario en aras de un bien mayor, pero se lo critican a la Iglesia del siglo XVI. Pero, dejando a un lado la cuestión de la intolerancia, que es moneda corriente en cualquier momento de la historia, la Reforma católica, como estamos viendo, termina siendo mucho más ambiciosa que la protestante de medio siglo antes. Pero no aborda el tema de las indulgencias, que había sido el disparador de todo.

Alberto Garín

La parte fundamental de Trento es de orden teológico, un debate que impedirá volver a reunir las Iglesias de la cristiandad occidental. Hagámonos una pregunta: ¿cuál es el objetivo final de ser un buen cristiano? Garantizar nuestra vida eterna, asegurarnos de que el día en el que muramos nos salvemos y vayamos directos al paraíso. ¿Cómo se consigue eso? De partida tenemos un inconveniente, y es que nacemos con el pecado original a nuestra espalda. Lutero había planteado, a partir de una relectura de las Cartas de san Pablo, que la forma de salvarse era tener fe. Basta, por lo tanto, con declarar continuamente la fe en Dios. Esto, trasladado al siglo XXI, lo podemos ver en las Iglesias protestantes. Sus fieles están continuamente esperando a que Dios sea el que intervenga: aprobaré el examen si Dios quiere, el viaje saldrá bien si Dios lo dispone así, etc. No es casual que los presidentes de Estados Unidos, al jurar el cargo, empleen un formulismo que dice «*So help me, God*» (Así que ayúdame, Dios). De ese modo demuestran que tienen fe en Dios. Frente a eso Trento afirma la fe en Dios, que es quien da la gracia para salvarnos, pero insiste en que si no

hacemos obras que encajen con los principios morales que Cristo nos ha enseñado, no estamos experimentando nuestra fe. Para los protestantes la fe es suficiente, para los católicos la fe tiene necesariamente que ir acompañada de obras.

Fernando Díaz Villanueva

Esto tiene consecuencias importantes. El protestantismo es mucho más individualista. El individuo se garantiza su propia salvación sin mediación de los demás. En el catolicismo la salvación es también individual, pero como las obras son necesarias, se convierte a los otros en partícipes de esa salvación.

Alberto Garín

Estamos, efectivamente, ante una moral más individualista en el caso de los protestantes frente a una moral más comunitaria en el de los católicos. Eso es lo que queda definitivamente apuntalado en Trento.



El Concilio de Trento en 1545 y 1563, fresco de Pasquale Cati, 1588-1589, iglesia de Santa Maria in Trastevere, Roma.

VII

El contraataque postridentino

Fernando Díaz Villanueva

El Concilio de Trento queda visto para sentencia en 1563. Un año antes había estallado una guerra en Francia, pero no una guerra contra sus vecinos españoles, como había sido habitual desde finales del siglo XV, sino una guerra civil. Francisco II había muerto con solo 16 años en 1560 tras un breve reinado de apenas seis meses. Le sucede su hermano menor, Carlos IX, que también es un niño. Entretanto, la madre de ambos, Catalina de Medici, ha promulgado un edicto, el de Saint-Germain, que permite que los protestantes franceses, conocidos como hugonotes, disfruten de cierta libertad de culto. Eso no gusta nada a los católicos franceses, que presionan activamente en la corte para derogar el edicto, pero la voluntad de Catalina es evitar problemas durante la minoría de edad de su hijo Carlos.

Alberto Garín

Problemas que se habían creado ellos mismos. A Francia la Reforma había llegado pronto, en la década de 1530. Allí se difunde con gran éxito en su variedad calvinista. No en vano el propio Calvino era francés, había estudiado en las universidades de París y Orleans y predicaba en francés. Aquí se da una situación muy curiosa. Los reyes franceses se veían como la espada de Roma y ostentaban el título de Rey Cristianísimo. A pesar de ello, cuando surge la Reforma luterana, tanto Francisco I como Enrique II no molestan demasiado a los protestantes porque saben que son arietes útiles para emplearlos contra el emperador.

Estamos, recuerda, en la primera fase de la Reforma que veíamos antes. Todo son cálculos políticos y no se atisba una guerra religiosa a pesar de que ya se estaba larvando y estalla con furia a partir de 1550.

Fernando Díaz Villanueva

Llega, además, en un momento especialmente delicado. Francia ya ha sido derrotada por Carlos I y Felipe II de forma inapelable, y al morir Enrique II deja herederos, sí, pero aún niños y con una salud frágil tutelados por su madre, una princesa italiana.

Alberto Garín

Exacto, se crea un problema complejo en la sucesión que se complicará aún más conforme van muriendo los hijos de Catalina y se vislumbra que la corona podría terminar en Enrique de Borbón, que se ha convertido al protestantismo. Nos encontramos aquí con un problema de legitimidad similar al que antes se había vivido en Inglaterra, pero con una variante inesperada. En Inglaterra es el rey el que fuerza la Reforma, mientras que en Francia es el futuro rey el que quiere traer la Reforma y eso puede desembocar en una guerra civil, que al final es lo que va a ocurrir.

Fernando Díaz Villanueva

¿Cómo resolver entonces ese dilema de mantener la legitimidad más allá de que sea Enrique de Borbón o no quien se quede con la corona? Hay además una complicación extra. La casa reinante en Francia en aquel momento eran los Valois y quedaba una Valois con vida, Isabel, casada con Felipe II de España, con quien tuvo una hija, Isabel Clara Eugenia. Se plantea un problema complejísimo porque allí imperaba la ley sálica, que impide

gobernar a las mujeres, pero la única candidata al final será una mujer, hija de otra mujer que era tan solo una princesa de Francia. Es ahí donde los hugonotes se convierten en un problema serio. Los Valois no ven otra solución que acabar con ellos porque comprometen la legitimidad de la dinastía. Primero se les da libertad de culto, como sucedió en Alemania en la dieta de Espira, y luego se echan para atrás.

Alberto Garín

Se echan para atrás coincidiendo no tan casualmente con el final del Concilio de Trento. Los católicos ya están rearmados teológica y espiritualmente, los tiempos de confusión se han acabado y los límites entre catolicismo y Reforma ya están bien definidos. Así es como comienzan las guerras de religión en Francia. El partido católico considera que tiene que liquidar ese elemento extraño que pone en riesgo el reino de Francia. ¿Qué pasa si los hugonotes llegan al poder?, ¿van a venir a por nosotros para convertirnos a la fuerza?, ¿se va a dividir Francia y esto terminará como Alemania con una miríada de príncipes repartiéndose el territorio? Eso es lo que se preguntan los católicos en aquel momento y se deciden por resolver esto por la fuerza. Esto no solo se producirá en Francia, se dará en toda la frontera entre el catolicismo y el protestantismo. Los católicos postridentinos tanto en Francia como en otras partes de Europa se sienten amparados por la Santa Sede y apoyados por los monarcas católicos, especialmente por el gran monarca católico, el rey de España, que está en esos momentos en la cima de su poderío.

Fernando Díaz Villanueva

Si Trento tiene un resultado práctico a corto plazo es

delimitar muy bien el campo entre católicos y protestantes. Algo que venía haciendo falta porque hasta ese momento había una tierra de nadie de contornos un tanto difusos. Ya se sabe a ciencia cierta lo que es un católico y lo que no lo es.

Alberto Garín

Correcto, a partir de Trento ya pueden ir los católicos a combatir a tumba abierta a los reformados, a quienes se había invitado a debatir en Trento pero sin llegar a acuerdo alguno. La Iglesia siente que puede respirar tranquila. Ha buscado el consenso, pero los predicadores protestantes presentes en el concilio no lo aceptaron. La Iglesia entiende que se empeñan en el error a pesar de que se les ha advertido y se han escuchado sus argumentos. Si quieren condenarse, que lo hagan, pero a título individual. No puede consentirse que sigan predicando porque si no, condenarán también a todos aquellos a los que convengan. Se persuaden de que no queda ya otra opción que la eliminación física de los protestantes.

Fernando Díaz Villanueva

Esta es seguramente la parte más oscura en la Iglesia porque decide tomar las armas para ir a exterminar al hereje, especialmente al calvinista, que es el que se estaba extendiendo por Francia a la velocidad del rayo.

Alberto Garín

Pero no tanto al luterano porque en torno a 1570 ya ha conseguido cierta institucionalidad tras la paz de Augsburgo de 1555. Hay príncipes luteranos con sus ejércitos y sus estructuras políticas que coexisten con los católicos. Los calvinistas carecían de líder. Esas

comunidades, algunas ya muy grandes, estaban dispersas por Francia y por los Países Bajos. Era cuestión de ir buscándolos y acabar con ellos.

Fernando Díaz Villanueva

Este contraataque católico, esta reacción violenta por parte de la Iglesia y sus príncipes, se sustancia básicamente en dos lugares muy concretos: en Francia y en las Provincias Unidas. En Francia se traduce en una guerra civil, y en las Provincias Unidas, en la guerra que emprende Felipe II contra sus súbditos holandeses, que se han declarado en rebeldía.

Alberto Garín

En ambos casos estamos en el límite entre el mundo católico, es decir, el área del Mediterráneo con Italia, España y Portugal, y el mundo reformado, el del norte de Europa con Inglaterra, los principales alemanes y Escandinavia. La cristiandad occidental ha quedado fracturada y entre medias están Francia y Holanda. En ambos sitios una serie de intereses políticos han permitido que el protestantismo prospere como contrapeso al emperador y ahora se encuentran con el problema en casa.

Fernando Díaz Villanueva

En Francia la guerra civil comienza apenas concluido Trento, los problemas en Flandes son coetáneos. En 1567 Felipe II envía a Bruselas a Fernando Álvarez de Toledo, más conocido como el duque de Alba, para sofocar una revuelta religiosa. Una de las primeras cosas que hace es, conforme a lo que se había acordado en Trento, requisar todos los libros prohibidos por el concilio para evitar que se extienda el incendio. Junto a eso aplica una represión

ejemplarizante para disuadir a los rebeldes.

Alberto Garín

Eso es. Ya ha pasado Trento, se han digerido sus conclusiones y los príncipes católicos se ven cargados de argumentos. Pasan a la acción, por lo que no es casual que los problemas en Flandes se intensificasen.

Fernando Díaz Villanueva

El sur de Europa no se llega a contagiar nunca de la Reforma. En España surgen un par de focos protestantes, uno en Valladolid y otro en Sevilla, pero se yugulan pronto. La primera traducción de la Biblia al castellano la hace Casiodoro de Reina, un fraile jerónimo que se había refugiado en Ginebra junto a otro jerónimo español, Cipriano de Valera, unos años antes. Esa Biblia no ve la luz en España, sino en Basilea. La primera Biblia protestante en italiano la traduce Giovanni Diodati en Ginebra. Los protestantes hispano-italianos tienen que viajar hasta el norte para poder ejercer de tales.



Estatua del Duque de Alba en la ciudadela de Amberes.
Publicado en Pieter Bor, Nederlantsche oorloghen,
Ámsterdam, 1614.

Alberto Garín

En España o Italia no se dan las circunstancias para que prenda la Reforma. Recordemos que la Reforma arranca

en un lugar perdido de Alemania. Que esa Reforma, que en origen no es más que un debate teológico que plantea un agustino alemán de una universidad minúscula, adquiere relevancia cuando la asumen unos príncipes alemanes que tienen un interés en socavar la legitimidad del emperador. A Lutero, como veíamos más arriba, los príncipes alemanes no le dan cancha por una cuestión de fe, sino movidos por una intencionalidad política. A partir de ahí se difunde por el resto de Alemania y luego por Escandinavia e Inglaterra. Por último, empieza a extenderse por Francia y los Países Bajos. En todos los casos hay un disparador político. En Italia, España y Portugal hay gente que, a título personal, apoya la Reforma, pero no encontramos grupos amplios que tengan razones políticas para secundar ese movimiento espiritual.

Fernando Díaz Villanueva

Efectivamente. ¿Qué interés podían tener el duque de Medina-Sidonia o el de Medinaceli en hacerse protestantes? Eran hombres privilegiados dentro de la monarquía más poderosa del planeta. Los mismos aristócratas que en Alemania se habían mostrado tan interesados en apoyar la Reforma, en España le daban la espalda. El rey les premiaba con mercedes y les otorgaba infinidad de prebendas. Los grandes de España obtenían virreinos en Italia o América, capitanías generales, obispados y todo tipo de dignidades. Simplemente no tenía sentido. No encontraban en ello ninguna ventaja, no se estaban liberando de nadie por convertirse, al contrario, comprometían su propia suerte.

Alberto Garín

Eso explica la persecución que padecen los pocos reformados en España, Portugal e Italia. Son tan pocos

porque el banderín de enganche real, es decir, qué beneficios se pueden obtener de aquello más allá de la mera reflexión espiritual, en el sur de Europa no hace acto de presencia. Pero al mismo tiempo hemos de entender en esta segunda mitad del siglo XVI que el sitio donde se va a producir una persecución religiosa más virulenta y donde va a morir más gente es en los límites entre protestantismo y catolicismo. Es terrible lo que ocurre en Francia. En la célebre noche de San Bartolomé entre el 23 y el 24 de agosto de 1572, los católicos parisinos pasan a cuchillo a todos los hugonotes de la ciudad. La matanza se extiende por el resto de Francia en los meses siguientes. En esa noche de agosto mataron más protestantes los católicos franceses que la Inquisición española en tres siglos. En los Países Bajos quien perseguirá a los calvinistas será el duque de Alba. Pero un poco más al norte, en la Inglaterra de Isabel I, que había ascendido al trono en 1558, se hizo exactamente lo mismo, pero con los católicos. Tiene que reforzar su legitimidad y tanto protestantes como católicos están en pie de guerra.

Fernando Díaz Villanueva

De aquí se extrae una primera conclusión. En el mundo mediterráneo la persecución del hereje se delega a la Inquisición, una institución claramente establecida en torno a un tribunal porque la amenaza es pequeña y pueden observarse ciertas garantías. Pero en la zona de frontera, en la que protestantes y católicos comparten el mismo territorio, no hay tribunal que valga. Ambos bandos van a cuchillo y sin contemplaciones contra el enemigo religioso.

Alberto Garín

Los hechos son inapelables. La persecución religiosa es

mucho más intensa en la Francia de Carlos IX que en la España de Felipe II.

Fernando Díaz Villanueva

Hay otro elemento que suele pasar desapercibido. En torno al año 1580 la Reforma alcanza su tope. No consigue alcanzar el sur de Europa, pero tampoco se contagia al este. No se implanta en Polonia, Hungría o el valle del Danubio. Está, de hecho, ya retrocediendo en lugares como el Sacro Imperio.

Alberto Garín

La historia de la Europa del este es compleja. Tenemos un gran reino, el de Polonia-Lituania, que sirve como primer tope y luego, tras él, un segundo tope, la ortodoxia oriental, una rama del cristianismo que no se siente interpelada por la Reforma luterana. La frontera por el este es Polonia. Ahí sus monarcas se mantienen fieles a Roma porque eso es lo que les diferencia de los rusos por un lado y de suecos y los príncipes alemanes por otro. La Polonia de finales del siglo XVI es un reino en plena expansión que necesita legitimarse en algo. En el oeste se encuentran con otro tope, el que los reyes de Francia y los de España han colocado en la línea del Rin. Con todo, a lo que vamos a asistir es a una sangría que va a durar hasta finales de siglo. Allá donde reine un católico los perseguidos serán los protestantes, y allá donde lo haga un protestante se perseguirá a los católicos.

Fernando Díaz Villanueva

Con la reacción armada de los príncipes católicos después de Trento pareciera que el Papa por fin había logrado lo mismo que sus antecesores frente a cátaros y husitas, pero no se consigue. Tres décadas después de acabar el

concilio se han producido grandes matanzas a los dos lados de la frontera religiosa, pero esas fronteras han quedado bien delimitadas. Con esto se frena en seco el avance del protestantismo y el intento de la Iglesia católica por recuperar el territorio perdido. Es ahí cuando los papas toman conciencia de que han llegado demasiado tarde y no tienen la capacidad de revertir el proceso.



Felipe III. [Rijksmuseum Amsterdam]

VIII *La Pax Catholica*

Fernando Díaz Villanueva

En 1598, unos meses antes de que muriese Felipe II en el monasterio de El Escorial, se firma la paz de Vervins, que pone fin a la intervención española en las guerras de religión francesas. Unos años más tarde, en 1604, se firma en Londres un tratado que marca el final de la guerra angloespañola, que se prolongaba desde los años duros de la reacción violenta, desde 1585. Cuatro años después, los rebeldes holandeses y los españoles acuerdan una tregua de doce años en la guerra de Flandes. Estos tres tratados cubren las zonas calientes, esa área limítrofe entre protestantes y católicos de la que hablábamos antes. Por el resultado lo que vemos es que se trata de algo parecido a una victoria católica. En Francia Enrique IV, que era hugonote, se convirtió al catolicismo para poder acceder al trono. El tratado de Londres cortaba de cuajo la ayuda que los ingleses prestaban a los holandeses, lo que les condujo directos a pedir una tregua al rey de España, que fue extremadamente generoso con ellos. En ese punto da comienzo la denominada *Pax Hispanica*, que es un breve periodo a principios del siglo XVII en el que nadie en Europa se atreve a cuestionar el poder del monarca español, Felipe III, convertido ya en paladín del catolicismo. *Pax Hispanica* en este contexto es casi un sinónimo de *Pax Catholica*.

Alberto Garín

Francia se pierde definitivamente para los protestantes, que, gracias al edicto de Nantes, aún pueden seguir

siéndolo, pero con limitaciones y sin posibilidad de expandirse. En la Inglaterra de Jacobo I se impone el anglicanismo, pero tolerando la existencia del catolicismo. Esto ocasionará muchos problemas en Inglaterra a lo largo del siglo y no se terminará de resolver hasta la Revolución Gloriosa de 1688. En el caso de las Provincias Unidas se establece una frontera dura. El norte será protestante y el sur católico, una frontera que se corresponde a grandes rasgos con la actual frontera entre los Países Bajos y Bélgica. Así que aquí, más que una victoria, lo que tenemos es un reparto de lo que hay, un empate inclinado hacia el rey de España.

Fernando Díaz Villanueva

Los años de la *Pax Catholica* vienen a confirmar dos cosas mucho antes de la paz de Westfalia. La primera es que no se puede revertir la Reforma y la segunda, que la Reforma ya no puede avanzar.

Alberto Garín

Viene a demostrar que no funcionó aquel plan impulsado tras el Concilio de Trento y dirigido a acabar con la Reforma eliminando físicamente a los protestantes, como se había hecho siglos antes con cátaros y husitas. Había, por lo tanto, que buscar otras alternativas. De nuevo aquí tenemos que acudir a la auténtica renovación de la cristiandad, una renovación hecha desde la base que habíamos visto antes de Trento y que se había intensificado. Es en el seno del catolicismo donde se han seguido generando una serie de soluciones que son las que durante estas primeras décadas del siglo XVII van a tener mucho éxito entre los reformados. Ya ha quedado cerrado el debate teológico y la parte institucional de Trento se ha puesto en marcha. Es en ese momento cuando se va

aplicando en la práctica lo que durante, y antes de, Trento se ha predicado. Es ahora cuando el misticismo como vía de espiritualidad individual se pone en boga. Esto lo encarna mejor que nadie Santa Teresa de Ávila y su reforma, en 1562 —poco antes de que termine Trento— de la Orden del Carmelo con los Carmelitas Descalzos. Aquí tenemos un ejemplo de una moral mucho más intimista, una relación más directa entre el individuo y Jesús que lleva incluso a que la jerarquía eclesiástica se plantee en algún momento que Teresa de Ávila está demasiado cercana al luteranismo. Pero no, simplemente estaba recuperando la vieja tradición de Kempis, poniéndola al día y adaptándola al mundo postridentino. Al mismo tiempo encontramos tres grandes líneas de desarrollo espiritual que ya venían de antes del concilio: la caridad, la educación y las misiones.

Fernando Díaz Villanueva

Trento había dejado claro que con la fe no bastaba, que era necesario complementarla con buenas obras y en esos tres ámbitos las buenas obras empiezan a abundar en los países católicos.

Alberto Garín

Surgen muchas obras de caridad en esa época que, en algunos casos, perviven hasta nuestros días. En Madrid tenemos una muy hermosa, la Hermandad del Refugio, que se constituye en 1615 con idea de dar de comer a los pobres y que aún sigue existiendo. Su sede está en la iglesia de San Antonio de los Alemanes y su misión es la misma que hace cuatro siglos, la de externalizar la fe mediante buenas obras de un modo bien organizado. En Francia tenemos a las Hijas de la Caridad, una sociedad de vida apostólica fundada por una viuda llamada Luisa de

Marillac y su director espiritual, el sacerdote Vicente de Paúl. Ambos hoy son santos y su congregación tiene presencia en los cinco continentes. También en Francia aparece la Orden de la Visitación, fundada por san Francisco de Sales en 1610, que persigue ejercitar el amor divino a través de la visita a los pobres y los enfermos.

Fernando Díaz Villanueva

Ocurre lo mismo en el terreno de la educación. Ahí tenemos las Escuelas Pías, auspiciadas por san José de Calasanz en 1617 siguiendo una línea marcada anteriormente por Ignacio de Loyola con los jesuitas.

Alberto Garín

Hay un montón de ejemplos de los que podríamos tirar que nos demuestran que la Iglesia católica se ha puesto en marcha y no precisamente desde arriba, sino desde abajo. Ni el Papa ni los obispos crean estas congregaciones, sino devotos y sacerdotes aislados que se sienten llamados a actuar en el mundo. Lo llamativo de todo esto es que el catolicismo, que había atravesado un periodo de tribulación, retoma la iniciativa, especialmente a través de las misiones, que eran una de las especialidades de los jesuitas.

Fernando Díaz Villanueva

Cuando pensamos en las misiones nos vienen a la cabeza lugares remotos de América o África, pero los jesuitas no solo hicieron apostolado allí, sino también en el corazón de Europa, en la propia Alemania. La frontera religiosa en Francia, los Países Bajos e Inglaterra había quedado definida, pero no tanto en Alemania. Es por ahí por donde los jesuitas entran y consiguen que la Reforma retroceda no mediante la violencia, sino mediante predicación y

misiones.

Alberto Garín

Se produce entonces un fenómeno curioso. La Reforma era aún muy reciente, estaba a tan solo un par de generaciones. Podía suceder que alguien cuyo padre o abuelo se había reformado decidiese regresar a la Iglesia católica tras escuchar una prédica jesuítica. Esto va a suscitar algo inesperado. Lo que los católicos no estaban consiguiendo mediante la fuerza, lo consiguen suave y progresivamente mediante la labor de los misioneros.

Fernando Díaz Villanueva

No se produce ese fenómeno a la inversa. No van a aparecer misioneros protestantes en los países católicos. En algunos como España o Italia hubiera sido impensable porque habrían sido perseguidos por la Inquisición, pero en Francia sí podían predicar desde el edicto de Nantes y apenas lo hacen. El protestantismo en Francia va a menos sin necesidad de nuevas matanzas de san Bartolomé. Cuando Luis XIV se propone acabar definitivamente con el problema hugonote, deroga el edicto de Nantes y lo sustituye por el de Fontainebleau de 1685, que prohíbe definitivamente el protestantismo en Francia. Pero antes de eso ha enviado misioneros católicos a las comunidades hugonotes para que se conviertan. La mayor parte de ellos regresan al catolicismo, otros huyen a Alemania o a Inglaterra y algunos se quedan en Francia practicando su religión en la intimidad, pero estos últimos eran ya muy pocos.

Alberto Garín

Luis XIV puede poner fin al problema de los hugonotes porque habían ido decreciendo. Todo lo más que tiene que

enfrentarse es a una revuelta menor, la de los camisardos, una comunidad hugonote que vivía en el sur del país. El protestantismo en Francia, que había aparecido por intereses políticos durante el reinado de Francisco I durante su periodo de máxima rivalidad con el emperador, alcanza su cénit a finales del siglo XVI y luego se va desvaneciendo poco a poco porque políticamente ya son un incordio. Eso mismo podría haber ocurrido en Alemania de no haber estallado la guerra de los Treinta Años. Quizá con esa lluvia fina de las misiones jesuíticas hubiese bastado para ir reconvirtiendo a los luteranos.

Fernando Díaz Villanueva

Pero allí hubiera sido mucho más difícil ya que muchos príncipes alemanes habían hecho caja con la Reforma. Eso no había sucedido en Francia.

Alberto Garín

Efectivamente, no había ningún aristócrata francés dispuesto a inmolarse por cuestiones religiosas que no llevasen aparejado un interés político o económico directo para ellas.

Fernando Díaz Villanueva

Si esto nos lo llevamos a América, vemos que tanto españoles como portugueses llevan a cabo una labor misionera muy activa en sus dominios, pero nada de eso sucede con los holandeses o los ingleses. En Norteamérica expanden su fe porque son ellos mismos los que se trasladan, pero no muestran intención de convertir a los nativos.

Alberto Garín

Es más, muchos indígenas que los estadounidenses se van

encontrando en el siglo XIX cuando avanzan hacia el oeste son católicos porque los misioneros españoles habían llegado hasta allí siglos antes. Cuando los británicos llegan a la India se encuentran católicos nativos que han convertido previamente los portugueses. Al llegar a Goa solicitaron una diócesis al Papa y levantaron una imponente catedral. Fue allí donde san Francisco Javier, un jesuita navarro, realizó parte de su apostolado; luego viajaría a China y a Japón. No hay un san Francisco Javier protestante.

Fernando Díaz Villanueva

Esto nos vendría a explicar por qué hoy hay católicos repartidos por los cinco continentes y por qué la educación asociada a instituciones católicas sigue estando presente en el mundo entero. Esa semilla plantada después de Trento fructificó. La Iglesia ofrecía no solo un camino de salvación, sino un plan educativo completo.

Alberto Garín

Este es el periodo dorado de la Compañía de Jesús. La pujanza jesuita en Centroeuropa altera los términos de la paz de Augsburgo y vuelve a agitar la frontera religiosa dentro de Alemania. En otras partes de Europa, como Suecia o España, no había duda. En España tratar de convertirse al protestantismo era impensable porque quien lo intentase se vería en problemas con la Inquisición. En Suecia los católicos no se aceptaban bajo especie alguna. Ser católico en la Suecia del rey Gustavo Adolfo constituía un insulto a la autoridad real y conllevaba la pena de muerte. Es allí donde hay cierto equilibrio en donde la Reforma empieza a menguar en esta época. Y no lo hace porque se persiga a los protestantes, sino porque pierde interés. De hecho, podríamos preguntarnos qué habría

ocurrido sin Inquisición en el mundo mediterráneo. Seguramente se habrían formado algunas comunidades reformadas, pero pocas y, a partir de cierto momento hubieran comenzado a decrecer fruto del empuje renovado del catolicismo a partir de finales del siglo XVI.

Fernando Díaz Villanueva

El caso de Inglaterra es ilustrativo al respecto. Tras tres monarcas anglicanos (Isabel I, Jacobo I y Carlos I), Carlos II se convierte al catolicismo y su sucesor, Jacobo II, también es católico. La revolución de 1688 resuelve el tema importando a Guillermo III, un monarca holandés, y prohibiendo por ley que, de ahí en adelante, reine un católico en Inglaterra.

Alberto Garín

Aquí tenemos otro elemento interesante. En Francia los protestantes eran tolerados desde el edicto de Nantes y van a menos. En Inglaterra los católicos también eran tolerados, pero van a más, empezando por las clases altas que, ya desde el reinado de Carlos I a mediados de siglo, empiezan a interesarse de nuevo por el catolicismo. El catolicismo tenía sus ventajas, de las que el protestantismo carecía. Los protestantes se salvaban solo por la fe y, en el caso de los calvinistas, esa salvación dependía de que se estuviese predestinado o no. Salvarse solo por la fe es un proceso individual y, por lo tanto, más duro. En el catolicismo cuentas con la comunidad, que te echa una mano para conseguir la salvación. Tiene además sacramentos, que son algo así como etapas de una carrera que se van completando. El camino que ofrecían los católicos era más sencillo. De modo que, en el momento en el que cesa el acoso, el catolicismo vuelve a tomar la delantera. Finalmente, es más entendible salvarse por lo

católico que por lo protestante.

Fernando Díaz Villanueva

El protestantismo solo puede mantenerse donde se ha nacionalizado la Iglesia, como ciertos principados alemanes o las monarquías escandinavas. Pero se había ido a nacionalizar en los lugares más pobres y remotos de Europa. En la propia Suecia la reina Cristina se terminó convirtiendo al catolicismo y se exilió en Italia.

Alberto Garín

Es precisamente en este punto, cuando parecía que el problema iba a terminar disolviéndose poco a poco en favor de los católicos, cuando estalla una guerra en Alemania que empieza siendo un conflicto religioso dentro del Imperio que deviene pronto en una guerra dinástica y termina alumbrando un nuevo mapa de Europa en el que las fronteras religiosas quedan ya fijadas para siempre.

IX

La última guerra de religión

Fernando Díaz Villanueva

Más arriba dejamos Alemania a mediados del siglo XVI con un acuerdo definitivo entre protestantes y católicos en la Paz de Augsburgo de 1555 firmada por Fernando de Habsburgo, hermano del emperador Carlos I, y los príncipes luteranos. En este tratado primó, por un lado, el principio *cuius regio, eius religio* (la confesión escogida por el príncipe se aplica a todos sus súbditos); por otro, los luteranos podían conservar las ganancias realizadas hasta ese momento; y, por último, los protestantes que vivían en ciudades imperiales libres como Tréveris o Colonia podían conservar su religión. Parecía que todo estaba bien atado y que ambas esferas religiosas quedaban bien delimitadas para que volviese a estallar una guerra en el seno del Imperio, pero Augsburgo no sirvió para evitar que sesenta años más tarde todo saltase por los aires.

Alberto Garín

Es una pregunta que todos nos hemos hecho cuando estudiamos la historia de la Reforma: ¿por qué estalla la guerra de los Treinta Años si en 1555 habían llegado a una entente bastante razonable? Recordemos que las guerras religiosas habían causado gran devastación en tiempos de Lutero y Carlos I. No parecía algo muy deseable meterse de nuevo en una guerra que sería aún más destructiva. La guerra de los Treinta Años, de hecho, fue especialmente catastrófica para Alemania, tanto que hasta el siglo XX no se volvería a ver algo igual.

Para entenderlo tenemos que fijarnos en lo que ha pasado

dentro del catolicismo durante todo ese tiempo. La Iglesia se ha rearmado teológicamente, sus príncipes han devuelto el golpe y, sobre todo, se ha reformado por dentro. Iniciativas internas como las que ya hemos visto con, por ejemplo, los jesuitas, tienen mucha importancia. Los jesuitas demuestran que es posible mejorar la comprensión del cristianismo a través de la educación y las misiones. Eso, como veíamos antes, hace que vaya retrocediendo paulatinamente la influencia de los luteranos en Alemania. Hay, además, un agravante. Una parte de los que están en las Iglesias reformadas empiezan a apuntarse al bando calvinista. No solamente los luteranos dan pasos atrás respecto al catolicismo, sino también respecto a otros protestantes.

Fernando Díaz Villanueva

Se puede rastrear el arranque de la guerra de los Treinta Años desde mucho tiempo antes. Son al final los luteranos los que toman la iniciativa de reemprender la guerra. Ahí tenemos el incidente de Donauwörth. Donauwörth era una ciudad imperial libre enclavada en Suabia. En ella convivían protestantes y católicos desde la Paz de Augsburgo. En 1606 la minoría católica organizó una procesión en honor a san Marcos y desfiló por la calle principal de la ciudad ondeando cruces y estandartes de la cofradía. Los protestantes lo consideraron una provocación, les exigieron bajar los estandartes y se produjo una pelea. Los católicos de Donauwörth denunciaron al emperador Rodolfo II lo que había sucedido. El emperador medió pidiendo a los protestantes locales que respetasen lo acordado en Augsburgo, pero al año siguiente volvió a presentarse el mismo problema a pesar de que el emperador había enviado a dos representantes bávaros para supervisar que los católicos

podían realizar su procesión. Pero los protestantes de Donauwörth no les dejaron entrar en la ciudad y a Rodolfo no le quedó otra opción que castigar a la ciudad retirándole la condición de ciudad imperial. Luego envió al duque de Baviera para que la anexionase a su ducado. Baviera era un principado católico, luego todos sus habitantes tenían que serlo. La población luterana tuvo que elegir entre volver al catolicismo o emigrar. Esto ocasionó mucho malestar entre los luteranos, que comprobaban como el emperador no era del todo neutral. Donauwörth se encontraba entre los ducados de Baviera y Württemberg, el primero católico y el segundo protestante, pero Rodolfo recurrió al católico para castigar a la ciudad rebelde.

Alberto Garín

Incidentes como el de Donauwörth nos dicen que la cuestión religiosa no estaba ni mucho menos resuelta. A raíz de aquello los príncipes luteranos crean en 1608 la Unión Protestante, que acoge tanto a luteranos como a calvinistas. Tienen la sensación de que están retrocediendo porque la renovación en el interior de la Iglesia católica es un hecho. Esto desemboca en 1618 en la célebre defenestración de Praga, que ejerce de *casus belli*. Pero nos equivocariamos si pensásemos que hay que esperar a 1618 ya con un nuevo emperador que toma muy decidido las armas para aniquilar a los protestantes. Lo que ha ocurrido es que se ha producido un crecimiento paulatino de la tensión y cuando esa tensión se libera, todo se viene abajo.

Fernando Díaz Villanueva

El *casus belli* es la elección de Fernando II como emperador. Los emperadores de la familia Habsburgo eran

propietarios del archiducado de Austria, y los reinos de Hungría y Bohemia. En aquel momento la mayor parte de la población de Bohemia era protestante. Eso es lo que sirve de disparador. Denunciaban que un rey católico no podía reinar sobre protestantes, pero la Paz de Augsburgo no establecía esa relación ascendente, sino una descendente: era el príncipe el que decidía la religión que habrían de profesar sus súbditos. Si el rey de Bohemia era católico, los bohemios tendrían que serlo también, y no a la inversa.

Alberto Garín

Lo que sucede entonces es que Fernando II se encuentra con que su pariente en Madrid, Felipe III, anda liberado de problemas en Flandes, en Francia y en Inglaterra porque ha puesto fin a las guerras que heredó de su padre. Felipe III era, con creces, el monarca más poderoso de la cristiandad y seguramente del mundo. Con su apoyo financiero y militar, algo a lo que no se podía negar porque los reyes de España se tenían como los más católicos de Europa, bien podría poner fin al problema religioso en Alemania en cuestión de pocos años.

Fernando Díaz Villanueva

Queda disuelta así la imagen que nos ha llegado de un Fernando II ultracatólico e intransigente. Era simplemente un monarca de su tiempo que ve una oportunidad de acabar con un problema que ya estaba ahí y que prometía empeorar. En 1618 la Unión Protestante ya estaba bien consolidada y enfrente había nacido la Liga Católica, que agrupaba a príncipes católicos y a los arzobispos de Colonia, Tréveris y Maguncia. Todo parecía listo para la guerra, solo faltaba que alguien se sintiese con fuerza suficiente para desatar las hostilidades.

Alberto Garín

El que tenía esa fuerza era el emperador, pero solo si su primo español le ayudaba. Es curioso porque el duque de Lerma, valido de Felipe III, llevaba años quitándose guerras de encima. Aquí, en cambio, se mete de lleno en la mayor guerra del siglo. A la larga estaríamos repitiendo lo que habíamos visto años atrás. El catolicismo vuelve a las armas a pesar de que ya no le hacía falta porque estaba recuperando terreno solo y de forma pacífica.

Fernando Díaz Villanueva

La guerra de los Treinta Años se suele nombrar como el epítome de las guerras de religión, pero fue en esencia una guerra dinástica con motivación religiosa. No es propiamente una guerra de religión, aunque la religión esté por detrás, pero solo en Alemania. En el resto de Europa los contendientes guerrearán entre ellos sin mirarse las credenciales religiosas. A la coalición antiHabsburgo se suman principados católicos como el reino de Francia, el ducado de Saboya o la república de Venecia. La guerra al final lo que despacha es la hegemonía de los Habsburgo en Europa, una hegemonía cuestionada por otras potencias, especialmente la Francia de los Borbón.

Luego hay otro elemento importante, este de cariz religioso. Las dos reformas, la protestante y la católica, ya están consumadas. No hay ningún asunto teológico que debatir. Todo está claro y meridiano, los límites marcados a la perfección y no existe una zona de grises como sí había, por ejemplo, en la década de 1530.

Alberto Garín

En la guerra de los Treinta Años hay tres capas. Una de ellas es religiosa, otra es la guerra civil dentro de la propia

Alemania y, por último, una guerra europea entre las grandes potencias a la que se suma casi todo el mundo. En la guerra de los Treinta Años tenemos, aparte de alemanes, españoles y franceses, a suecos, holandeses, ingleses, escoceses, daneses o italianos de los ducados del norte que se suman a la coalición contra los Habsburgo.

Fernando Díaz Villanueva

Tenemos también una guerra civil dentro de la propia monarquía hispánica con las rebeliones en Cataluña y Portugal.

Alberto Garín

Esas capas se van superponiendo unas sobre otras de modo que no podemos hablar de una guerra exclusivamente religiosa, no podemos decir que esto fue una pelea entre católicos y protestantes como a veces se hace para simplificar. Lo que sí es cierto es que los odios religiosos en Alemania fueron tan agudos que se tradujeron en una guerra de aniquilación del contrario. ¿Por qué quemaron tantas brujas en Alemania en el siglo XVII? Entre otras cosas porque tenían que demostrar que su fe era la auténtica y que no estaban dispuestos a pasar ni una. Se queman más brujas en el lado protestante porque en el católico la institucionalidad está mejor definida. Era fácil saber lo que era un católico, pero no era tan sencillo con un protestante porque había distintas Iglesias. Los católicos no necesitaban hacer muchos méritos externos porque estaba a la vista, los protestantes tenían que mostrar su convencimiento. Antes de la guerra se estaba produciendo un claro retroceso en el mundo protestante, por lo que era imperativo señalar quiénes estaban dentro y quiénes fuera.

Fernando Díaz Villanueva

La guerra fue devastadora para Alemania. Nada ni nadie se libró. Diezmó a la población, se perdieron cosechas y muchas poblaciones quedaron completamente destruidas. A cambio fue la última guerra religiosa en Europa. Después de los tratados que le pusieron fin en 1648, no volvió a estallar otra guerra de estas características en el continente. La paz que acabó con esa carnicería, la de Westfalia, recuperaba el espíritu de la de Augsburgo firmada un siglo antes.

Alberto Garín

Fue una guerra tan salvaje y destructiva que los arqueólogos, cuando excavan en Alemania y van haciendo la estratigrafía, encuentran rápido el estrato de la primera mitad del siglo XVII porque suele haber cenizas de los incendios de pueblos y ciudades. Tras aquello, los alemanes concluyeron que lo mejor era no volver a matarse y establecer una frontera clara entre ambas confesiones que no se ha movido hasta hoy. Es en ese momento cuando se afanan en crear una literatura salvífica para limpiar la imagen de ambos bandos, pero especialmente del protestante.

Fernando Díaz Villanueva

La frontera de Westfalia es más o menos la misma que la de Augsburgo. Fue una guerra completamente estéril, al menos desde el punto de vista religioso.

Alberto Garín

Pero aquí el punto de partida fue muy diferente. El protestantismo en 1530 estaba en plena expansión; en 1618, en pleno repliegue. La historia contrafactual no sirve

de mucho, pero es posible que sin esa guerra el luteranismo se hubiese extinguido de forma natural entre los siglos XVII y XVIII.

Fernando Díaz Villanueva

Lo que vendría a decirnos que la reforma de la Iglesia católica que había comenzado en el siglo XV y que termina de apuntalarse en el Concilio de Trento es un éxito.

Alberto Garín

Fue un proceso tan exitoso que no volvió a aparecer un nuevo Lutero y no hizo falta celebrar un nuevo concilio hasta finales del siglo XIX, cuando Pío IX convoca el Vaticano I, pero no para condenar una herejía, sino para condenar el racionalismo.

Fernando Díaz Villanueva

Curiosamente, la idea generalmente aceptada es que Trento fracasó, que el catolicismo se cerró sobre sí mismo y que fue el protestantismo el que salió refortalecido permitiendo, de paso, las revoluciones científica, industrial y política, siendo esta última la que dio forma al mundo contemporáneo.

Alberto Garín

Esa es una de las grandes cuestiones que vamos a ver a continuación.

X

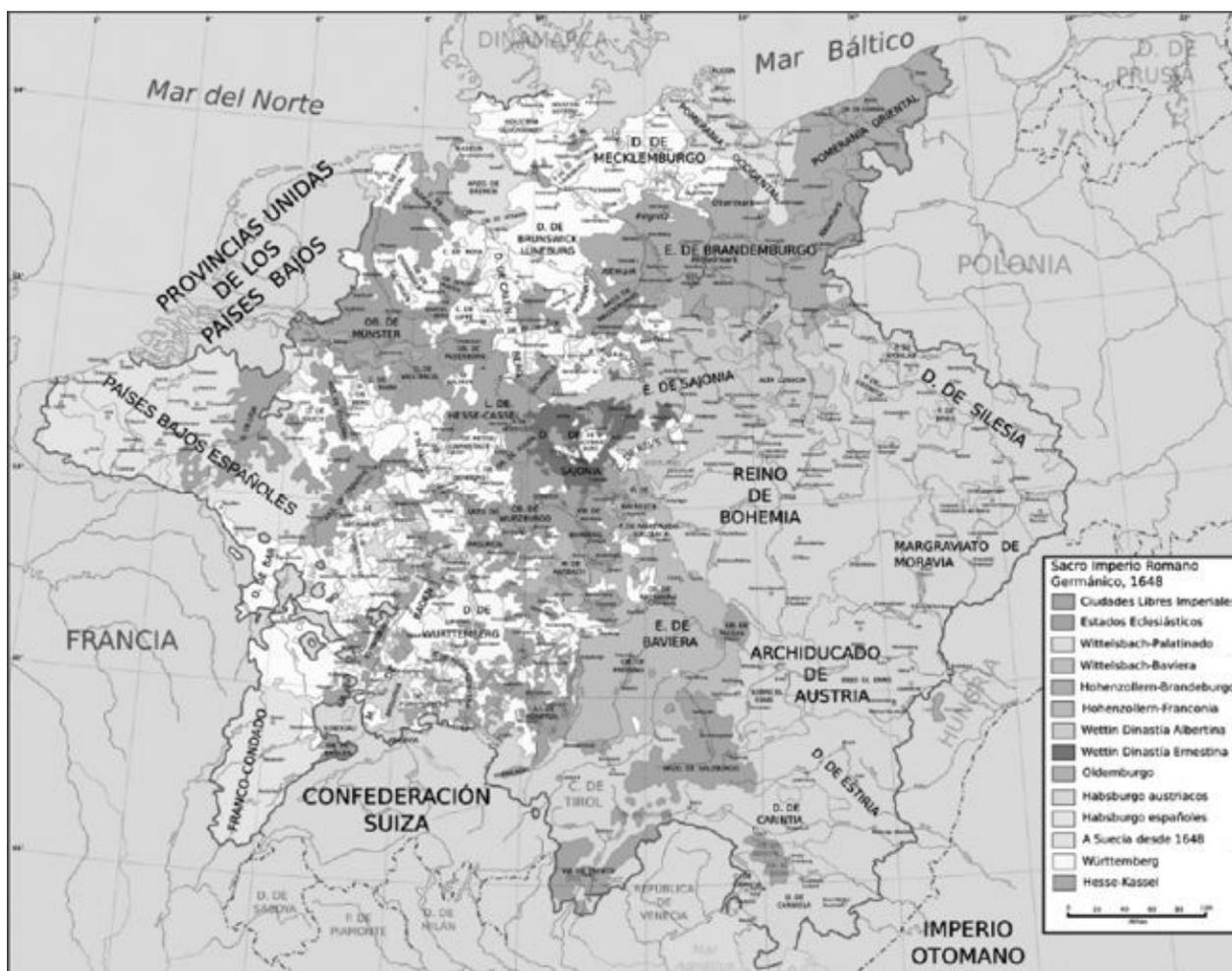
¿Cómo la Reforma se adueñó del relato?

Fernando Díaz Villanueva

En octubre de 1648 se firmó en Münster y Osnabrück, dos ciudades de Westfalia, la paz del mismo nombre. Ambas, dos principados episcopales, habían sufrido los rigores de la guerra y, previamente, los enfrentamientos civiles de la Reforma. En Münster, por ejemplo, un anabaptista llamado Juan de Leiden se había hecho con el control de la ciudad en 1534. Ordenó entonces que se quemasen todos los libros e impuso una teocracia porque, según aseguraba, la segunda venida de Cristo era inminente y Münster sería la Nueva Jerusalén. Los católicos contraatacaron, reconquistaron la ciudad y pasaron a cuchillo a todos los seguidores de Juan de Leiden. En Osnabrück la guerra de los Treinta Años había pegado con fuerza. Primero fue ocupada por tropas de la Liga Católica y posteriormente tomada por el ejército sueco. Cuando comenzaron las negociaciones de paz, católicos y protestantes escogieron a estas dos ciudades, las declararon territorio neutral desmilitarizado y procedieron a fijar los términos de una paz duradera que pusiese fin a aquella pesadilla.

La paz se alcanzó finalmente para dejar las cosas como estaban antes. La frontera religiosa en Europa quedó definida hasta el momento presente si es que podemos hablar de algún tipo de frontera religiosa hoy, más allá de que en el centro y el norte del continente predominan los protestantes, mientras que en el sur lo hacen los católicos. Fue en Westfalia cuando se delimitaron esas dos áreas. Francia y España quedaron como los dos grandes principados católicos, Inglaterra y la emergente Prusia,

como los dos grandes principados protestantes. La expansión de los europeos a lo largo de los siglos XVII y XVIII fue muy intensa. Los españoles contaban ya con una presencia destacable en Centro y Sudamérica, los portugueses en Asia y los franceses e ingleses en Norteamérica y la India. La expansión de unos y otros corrió en paralelo, pero los católicos se expandieron más porque eran más numerosos y el empuje de franceses y españoles fue mucho mayor.



Mapa del Sacro Imperio en 1648 tras Paz de Westfalia con la que terminó la Guerra de los Treinta Años. [Wikimedia Commons]

Pero, a pesar de que, desde un punto de vista numérico en cuanto a almas conquistadas, el catolicismo triunfó por todo lo alto, terminó perdiendo en el campo de la imagen.

El protestantismo era y sigue siendo muy diverso. Hablamos de protestantismo de un modo general, pero no es una Iglesia en sí misma, sino muchas de todo tipo, desde Iglesias nacionales como la inglesa o la sueca, hasta pequeños grupos, casi sectas, radicadas especialmente en Norteamérica. Son esos los que ganaron eso que ahora se denomina la batalla del relato.

Alberto Garín

Es cierto que la Iglesia protestante no es una Iglesia única. Los protestantes peleaban entre ellos tanto como contra los católicos. Los peregrinos del Mayflower eran disidentes religiosos que no tenían cabida en la Inglaterra reformada. Lo curioso es que, desde el punto de vista del resto de la cristiandad, la de los ortodoxos y las Iglesias orientales (armenios, coptos, siriacos, etc.), la Iglesia latina es la católica más todos estos hijastros que tuvo durante la Reforma luterana. No es casual que lo vean como algo asimilable. Es decir, para un armenio o un eritreo, no hay grandes diferencias entre un católico, un calvinista o un anglicano, por mucho que se peleen entre ellos. Voy más lejos, si un católico asiste a una misa protestante, entenderá lo que ocurre. Ídem para un luterano que acude a presenciar una misa católica. Pero si un católico o un protestante asisten a una ceremonia armenia, copta o etíope no se van a enterar de nada. Ahí estamos ante maneras de entender el cristianismo muy diferentes. La Iglesia etíope, por ejemplo, nunca había estado en comunión con la católica, por lo que los caminos que ambas han recorrido son muy dispares.

Fernando Díaz Villanueva

Fue precisamente en esta época de la Reforma, a finales del siglo XVI, cuando se intentó reunir esos caminos

convirtiendo a los etíopes al catolicismo. Los jesuitas enviaron misioneros, el más famoso de todos ellos fue un español llamado Andrés de Oviedo, para que el emperador de Etiopía reconociese la supremacía del Papa. Lo consiguieron, pero no duró mucho, los etíopes se rebelaron y los jesuitas fueron expulsados del país en 1633.

Alberto Garín

Las reformas religiosas no siempre tienen éxito. Aquí habría que preguntarse por qué la Reforma protestante prosperó en el siglo XVI. Para entenderlo es importante recuperar la idea de que la Iglesia católica se estaba ya renovando desde el siglo anterior. Ya había una sociedad que anhelaba algún tipo de reforma. Cuando surgen otros caminos de renovación existe un público que está esperando el mensaje. La primera razón del éxito de la Reforma luterana es esa misma.

Fernando Díaz Villanueva

En este caso era una renovación cismática.

Alberto Garín

La ruptura con la institución ya hay que encadenarla a otras razones como el enfrentamiento de los príncipes alemanes con el emperador, la voluntad de Enrique VIII por anular su matrimonio con Catalina de Aragón, las tensiones tras la ruptura de la Unión de Kalmar en Escandinavia, etc. El salto al cisma se produce no porque haya un teólogo que quiera separarse, sino porque hay intereses políticos de por medio. Ambos fenómenos se juntaron y se fortalecieron mutuamente, de un lado una sociedad que quiere una renovación y de otro, unos príncipes que encuentran muy ventajoso que esa

renovación sea cismática. Cuando no hay un príncipe incentivando la Reforma y poniendo sus soldados para defenderla y expandirla, la Reforma fracasa. Ahí tenemos el ejemplo de Francia, la Francia de la primera mitad del siglo XVII en la que los hugonotes van progresivamente desapareciendo. Es cierto que estaban siendo presionados y se les discriminaba, pero es que en esa época la renovación interna de la Iglesia católica ofrece ya alternativas más allá de la institución papal que hacen que muchos hugonotes vean que pueden volver al catolicismo porque se ha operado un cambio.

Fernando Díaz Villanueva

Como veíamos antes, el panorama pintaba muy negro en el campo reformado antes del estallido de la guerra de los Treinta Años. Su número de fieles disminuía y no encontraban el modo de expandirse más allá de lo que ya lo habían hecho. El protestantismo en 1618, año en el que comienza la guerra, se encontraba en franca regresión mientras el catolicismo postridentino recuperaba terreno. La paz de Westfalia puede considerarse un empate, en terminología ajedrecística quedaron en tablas, pero es a partir de ahí cuando los protestantes consiguen ir puliendo su propia imagen, la misma que nos ha llegado, la de un cristianismo más puro, más libre y condición *sine qua non* para el progreso económico.

Alberto Garín

Hay algo muy interesante en la paz de Westfalia aparte de resolver el problema religioso dentro del Imperio. Es entonces cuando se pone en marcha un concepto que va a tener trascendencia hasta hoy: el de soberanía nacional debidamente enlazado con la idea de Iglesia nacional. En el momento en el que se establece la soberanía nacional

que permite cierta homogeneidad en el interior de cada uno de los Estados, hay modelos estatales cuya homogeneidad queda mejor consolidada. Los anglicanos pasan a tener una religión, un idioma y un monarca común. Los súbditos del rey de España o del de Francia no pueden decir lo mismo. Les une la religión y nada más. Esa religión, además, la comparten con otros reinos y tiene una institucionalidad internacional. Y no es ya que los jesuitas tengan voto de obedecer exclusivamente al Papa, es que en otras órdenes como los franciscanos o los dominicos el trasiego de religiosos es continuo. Un dominico español puede estudiar en París, uno francés en Bolonia y uno italiano en Coímbra. Hay un espacio en el que la soberanía nacional que se está empezando a construir queda muy diluida. Ahí nos encontraremos una crítica a la Iglesia católica, pero no desde el mundo protestante, sino en el propio seno de las monarquías católicas. Lo que muchos monarcas, especialmente los más poderosos, querrán será una Iglesia católica propia, nacional. El galicanismo en Francia surge en la segunda mitad del siglo XVII, en tiempos de Luis XIV, para establecer lo que dieron en llamar las «libertades galicanas». El rey lo apoyó vivamente poniendo en un compromiso al Papa, que se vio obligado a contemporalizar para evitar un cisma como el de Enrique VIII.

Fernando Díaz Villanueva

Francia, de hecho, pasa a ser un dolor de muelas para el catolicismo en general y el papado en particular a partir del siglo XVIII. Los ilustrados atacan con vehemencia a la religión y, como en su mayor parte son franceses, las críticas se las lleva la Iglesia católica.

Alberto Garín

Claro, hay un elemento que distorsiona la construcción nacional y merma poder a los monarcas absolutos; ese elemento es el carácter internacional de la Iglesia católica.

Fernando Díaz Villanueva

Esa es la razón por la que los jesuitas terminaron por ser expulsados de todas partes, incluida la propia España. El papa Clemente XIV acabó por suprimir la orden en 1773 por presiones de Carlos III de España, que les tenía especial ojeriza.

Alberto Garín

Esta crítica del catolicismo generada dentro de las monarquías absolutistas católicas es la primera piedra del descrédito del catolicismo a la que se sumarán otras a lo largo del siglo XIX ya en plena Revolución Industrial.

Fernando Díaz Villanueva

Hay otro elemento importante a tener en cuenta. A partir del siglo XVII la Europa continental empieza a perder valor estratégico. El poder deja de estar en el control de Italia o del Sacro Imperio y pasa a estar en el control de los océanos. Las grandes guerras en el siglo XVIII se mueven hacia el área atlántica y son por el dominio de las rutas comerciales y el continente americano. Los europeos dejan de pelearse por Italia o por un principado alemán, empiezan a hacerlo por los puertos del Caribe o la presencia en la India y las Islas de las Especias. Los grandes monarcas están ya interesados en otros asuntos y son pocos los que pueden jugar en esa liga oceánica, solo los españoles, los británicos, los franceses, los portugueses y los holandeses. En todos los casos son nacionalidades muy marcadas. Portugal se había ya separado de España y España no tenía ya la pesada

mochila de los territorios europeos, lo que le permitía concentrarse en sus intereses ultramarinos. Francia, por su parte, consiguió llegar al Rin en tiempos de Luis XIV, definiendo ahí su frontera oriental.

Alberto Garín

Efectivamente, las preocupaciones que tenía León X a principios del siglo XVI de construir un gran Estado moderno eran ya algo menores, tanto que ni franceses ni españoles pusieron pega en que se consolidasen los Estados Pontificios anexionándose algunos ducados en el centro de Italia. El poder ya no estaba ahí en el siglo XVIII. Ni siquiera las repúblicas mercantiles como Génova o Venecia tienen la importancia que habían tenido siglos antes. La primera se transforma en una ciudad de banqueros y la segunda construye un Estado territorial dentro de Italia para garantizar su supervivencia.

Fernando Díaz Villanueva

Todo, recordemos, había empezado a finales del siglo XV por el empeñamiento de los papas de crear su Estado propio para protegerse de las injerencias franco-españolas, algo que costaba mucho dinero y que pretendían sacárselo a los fieles vendiendo indulgencias. Ese mismo Estado lo terminan construyendo dos siglos más tarde, pero ya no le importa a nadie. En lo que están los reyes del siglo XVIII es en quién controla Cartagena de Indias, en quién impone su ley en el Índico, en quién consigue penetrar en el interior de Norteamérica o en quién da primero con el paso del Noroeste para llegar antes al Pacífico. Incluso pequeños reinos europeos como Suecia o Dinamarca se aventuran en el Atlántico y abren algunas factorías en la costa africana.

Alberto Garín

Coincide, además, con el inicio de la Revolución Industrial en Inglaterra. Pelearse por la religión pierde sentido. Esto implica que los católicos pueden criticar a placer al catolicismo porque ya no es un argumento de batalla internacional, pero sí una barrera, como venimos diciendo, a las construcciones nacionales.

Fernando Díaz Villanueva

En la segunda mitad del siglo XVII, Luis XIV se pelea con todos sin importar la religión que practiquen. En la guerra de Sucesión española los dos candidatos son católicos, pero el candidato austriaco recibe un apoyo que se demostrará crucial por parte de holandeses y británicos. Nadie echa cuentas a la reina Ana de Inglaterra por apoyar al hijo del emperador. Es en ese siglo cuando emerge Gran Bretaña como imperio global y es ya una monarquía reformada. Pero otros reyes protestantes como los escandinavos no tienen éxito ninguno.

Alberto Garín

Otra monarquía reformada a quien acompaña el éxito es la prusiana, que termina unificando Alemania a finales del siglo XIX, pero sobre un territorio biconfesional.

Fernando Díaz Villanueva

El primer káiser emprendió entonces el denominado *kulturkampf* (batalla cultural) para orillar a los católicos porque, con algo de retraso, quería conseguir lo mismo que Inglaterra: un monarca, un idioma, una religión. No lo logró, pero ya para entonces la religión había pasado a un segundo plano. Es ahí, ya en pleno siglo XIX, cuando las dos grandes potencias protestantes, que son el Reino

Unido y Prusia, atravesaban su mejor momento histórico. Entretanto, las dos grandes potencias católicas, Francia y España, encadenaban una crisis tras otra. España perdió casi todo su imperio ultramarino en la década de 1820 y Francia salió extenuada de las guerras napoleónicas. La Europa católica quedó en manos de los austriacos.



Caricatura «Entre Berlín y Roma» de *Kladderadatsch*, 16 de mayo de 1875. Iba acompañada del siguiente texto:
(Papa:) «El último movimiento fue ciertamente muy desagradable para mí; pero eso aún no significa que el juego esté perdido. Tengo otro movimiento muy bueno bajo la manga!». (Bismarck:) «También será el último, y luego te dan mate en unos pocos movimientos, al menos para Alemania».

El Congreso de Viena lo apadrinó, a fin de cuentas, el canciller Klaus von Metternich. Austria era un imperio

continental multinacional, muy débil y sin apenas acceso a la costa. España se deshacía entre guerras civiles y Gobiernos inestables. En Francia la dinastía Borbón fue restaurada, pero la corona en 1830 pasó a los Orleans y luego de vuelta a los Bonaparte. Entre medias hubo una breve república y cierta expansión económica, pero siempre a la sombra de los británicos.

De ahí que la batalla del relato la ganasen los protestantes en el siglo XIX cuando primero el Reino Unido y posteriormente Prusia prosperaron en el mundo contemporáneo gracias a la industria. Eso les convirtió en modelos a seguir. En el año 1900 todos los países del mundo querían parecerse al Reino Unido o al Imperio alemán, no a Francia, España, Portugal o Italia. Ni siquiera Austria-Hungría tenía atractivo. Era un imperio interior encajonado por alemanes, rusos y otomanos con mucho encanto y buena música, pero poca influencia. El Papa terminó siendo rehén del rey de Italia sin que a nadie le importase demasiado.

Es el éxito económico el que gana el relato. Se identifica prosperidad con protestantismo. Eso mismo es lo que hace Max Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* publicado en 1905, en un momento en el que a las dos potencias protestantes europeas se había sumado Estados Unidos, que también era mayoritariamente protestante. Como a nadie se le ocultaba en aquel entonces que el sorprendente progreso económico del siglo XIX se debía a la difusión del capitalismo, Max Weber identificó capitalismo y protestantismo como dos caras de la misma moneda. Curiosamente, y eso es lo que no supo o no quiso ver Weber, es que las instituciones propias del capitalismo no habían surgido en Alemania o Inglaterra, sino en el norte de Italia y el sur de los Países Bajos,

ambos católicos, en zonas curiosamente controladas durante ese mismo periodo por los reyes de España.

Alberto Garín

Aquí entraríamos en el debate de cuándo y dónde surge el capitalismo, pero, como ya hemos explicado en La ContraHistoria, la industria británica se abre camino y crece gracias al mercado hispanoamericano durante el siglo XVIII y principios del XIX. Con un mercado así el capitalismo de la Italia del siglo XVI también habría funcionado. Sin ese mercado tan inmenso y rico el capitalismo británico no hubiese despegado del modo en el que lo hizo.

Es decir, hay una explicación coyuntural de ese éxito inglés: el gran mercado hispanoamericano, y no una razón estructural: que sean protestantes.

Fernando Díaz Villanueva

Weber eso ni lo intuyó porque sus conocimientos de historia eran limitados. Pero, al mismo tiempo, obvió, por ejemplo, que el marxismo, la filosofía anticapitalista por excelencia, nació y se desarrolló en la Europa protestante. Karl Marx era hijo de un judío de Tréveris convertido al luteranismo y construye toda su reflexión teórica exiliado en Londres.

Alberto Garín

La cosmovisión de Marx era muy luterana. La tabla rasa del propio Lutero, que renegó de toda la tradición cristiana desde los padres de la Iglesia y que se creía capaz él solo de entender cómo funcionaba el mundo. Eso es lo que hará Marx generando su dialéctica, su lucha de clases y su fin de la historia. Todo muy categórico, muy de escribirlo

todo desde cero.

Fernando Díaz Villanueva

Hegel era también protestante y la hegeliana fue la ubre nutricia del marxismo. Como vemos, es fácil darle la vuelta a la tesis weberiana y mostrar como todos los fantasmas ideológicos del siglo XX, los que más han atacado el capitalismo, vienen del protestantismo.

Alberto Garín

Cierto, porque en el mundo protestante sí hace falta definir categorías. Es necesario delimitar quién es luterano, anglicano, anabaptista, episcopaliano, bautista, mormón, etc. El catolicismo se resiste a la taxonomía, es muy heterogéneo, desde la teología de la liberación hasta el Opus Dei todos son igualmente católicos.

Fernando Díaz Villanueva

En el catolicismo los matices lo son todo. En el protestantismo, cuando aparece un matiz, a renglón seguido aparece una Iglesia nueva. No se puede estar en el mismo grupo: o eres excluido o excluyes.

Alberto Garín

Otro elemento que explica cómo el catolicismo pierde esa batalla del relato es la Ilustración francesa, que se construye contra la Iglesia católica. Los filósofos de las monarquías católicas son los primeros en atacar al catolicismo porque la idea está en desmontar una Iglesia internacional.

Fernando Díaz Villanueva

La mal llamada Ilustración escocesa no es antirreligiosa. Ni David Hume ni Adam Smith ni Thomas Reid son

antirreligiosos. La Revolución estadounidense que precede por poco tiempo a la francesa no pone en cuestión las creencias religiosas ni, por descontado, trata de alumbrar una nueva religión como trataron de hacer los jacobinos con la diosa razón sacándola en procesión por París. Eso les ayudó a construir un relato exitoso, porque no se obstinaron en tirar piedras a su propio tejado. En el Reino Unido nadie discutió en el siglo XVIII, en el XIX o en el XX separar la Iglesia del Estado porque consideraban que eran lo mismo. En el XXI sigue sin separarse. La cabeza de la Iglesia anglicana es la reina. Lo mismo sucede en Suecia, Noruega o Dinamarca.

Todo lo malo se apunta en la cuenta del catolicismo, que pasa a identificarse con el atraso y el despotismo. La Iglesia católica, por su parte, no sabe reaccionar y, cuando lo hace, es tarde y mal. El siguiente concilio después de Trento, el Vaticano I, celebrado entre 1869 y 1870, se centra, de hecho, en condenar la modernidad.

Alberto Garín

Por eso el revival arquitectónico católico del XIX es historicista. Apelan a las soluciones que saben que en el pasado funcionaron. El papado llega tarde al mundo contemporáneo como había llegado tarde a la Reforma luterana, incluso más tarde. El caso hispanoamericano es muy ilustrativo. Todas las revoluciones liberales de Hispanoamérica comparten el elemento común de cierto anticlericalismo. En todos los casos quieren apartar a la Iglesia, desamortizar sus bienes y separarla por completo del Estado. Recordemos una vez más, la Iglesia era el principal contrapeso a las ansias caudillistas de los próceres independentistas hispanoamericanos. El Vaticano I reacciona a esas revoluciones liberales, pero no se dan

cuenta de que de nuevo están llegando tarde. Pierden de vista elementos de autoridad social, como la educación, porque se obsesionan por la parte más institucional. Les preocupa más que les desamorticen conventos o que pierdan influencia política a que el Estado nacionalice la educación.

Fernando Díaz Villanueva

La Reforma protestante arrancó en buena medida, como explicamos más atrás, como reacción al intento de crear un Estado poderoso en Italia. A finales del siglo XIX el gran drama viene porque han perdido su pequeño Estado en el centro de la península ya que la unificación de Italia les ha dejado sin él. El papa Pío IX se declaró prisionero de Víctor Manuel II y tanto él como sus sucesores durante sesenta años se recluyeron tras los muros de la Ciudad del Vaticano.

Alberto Garín

Vuelven a perder de vista que la verdadera influencia de la Iglesia católica no es que el Papa sea señor de un Estado territorial, sino que su grey esté repartida por los cinco continentes gracias a las instituciones educativas y las misiones. Eso le permite difundir sus principios sin necesidad de contar con poder temporal. Ni en el siglo XVI de partida ni con el Vaticano I son conscientes de esa ventaja fundamental de la que carecen los protestantes.

Fernando Díaz Villanueva

Ese no entender dónde reside su verdadero poder corre en auxilio de los protestantes y de su relato.

Alberto Garín

En efecto, así es. La institucionalidad católica, el papado,

es el que se cierra en banda en el Vaticano I, no el catolicismo como tal. De nuevo en el siglo XIX encontramos en la base una corriente renovadora muy potente. Ahí tenemos el caso de los salesianos de Don Bosco en Italia, los claretianos en España o la congregación de los Hermanos Maristas en Francia, que apuestan decididamente por la educación décadas antes del Vaticano I como ya lo habían hecho los jesuitas o las Escuelas Pías de José de Calasanz en el siglo XVI. Pero la institución vuelve a perder la oportunidad de aprovechar esa marea favorable.

Fernando Díaz Villanueva

En el siglo XX el problema es otro. En Europa la religiosidad va perdiendo importancia de manera gradual. El cristianismo deja de ordenar la vida de la mayor parte de la gente. Los dos totalitarismos que alumbró Europa occidental, el fascismo italiano y el nazismo alemán, dejan la religión de lado. En ambos casos sustituyen el culto a Dios por el culto al líder supremo y al partido. Terminada la Segunda Guerra Mundial en 1945 ese proceso incluso se acelera. En algunos países como España se ensaya el nacionalcatolicismo con Franco, pero no consigue prender más allá de las dos primeras décadas después de la guerra. En el resto de Europa y en la propia España a partir de los años sesenta la religión pierde el papel central en la vida social. Los que dejan de ser católicos no se pasan al protestantismo, pasan a no creer en nada. Con los protestantes europeos pasa algo similar.

Pero mientras esto sucede en Europa, en otras partes del orbe cristiano como América se producen una serie de despertares religiosos. América es una nueva Europa donde la religión sigue moviendo muchas voluntades. Esto

ocasiona a partir de la década de 1970 un nuevo periodo de confrontación entre protestantes y católicos, pero esta vez en Hispanoamérica. Ese proceso aún no ha terminado. La Iglesia católica en el centro y el sur de América ha padecido una auténtica sangría de fieles en el último medio siglo. En algunos países de Centroamérica como Honduras o Guatemala, que hace un siglo eran católicos casi por completo, hoy cerca de la mitad de la población es protestante. Esa conversión masiva y pacífica ha cabalgado sobre el relato triunfante del protestantismo, que quedó solidificado en el siglo XIX.

Alberto Garín

Lo curioso es que las teorías de Max Weber, que no dejaban de constituir un debate entre eruditos, adquieren una importancia notable en esta nueva confrontación entre protestantes y católicos en el mundo hispanoamericano a partir de los setenta. A ello se une el proceso de izquierdización de parte de la Iglesia católica con la Teología de la Liberación. Por eso, en Hispanoamérica, el éxito de Weber unido al rechazo de ese catolicismo de izquierdas explica la expansión del protestantismo. Ante los problemas de desarrollo de muchas repúblicas hispanoamericanas los protestantes llegados desde Estados Unidos ofrecen una Iglesia económicamente exitosa, un evangelio de la prosperidad personal. Es ahí donde lo que no era más que una mera reflexión académica se convierte en toda un arma política. Muchos católicos entienden que, si se convierten al protestantismo, el desarrollo económico y la riqueza no tardarán en llegar.

Fernando Díaz Villanueva

Es en Hispanoamérica donde se está librando la última

«guerra religiosa» dentro del cristianismo. Nadie se está matando por ello, pero sorprende que en pleno siglo XXI la confesión religiosa pueda resultar importante a la hora de elegir un empleo. En ciertos lugares de Hispanoamérica hay empresas en las que te pueden contratar o no dependiendo de si eres católico o protestante. Eso sería impensable en Europa, donde a nadie se le ocurre preguntar por la religión que profesa un compañero de trabajo. Eso, en cambio, sucede en Estados Unidos o en Hispanoamérica.

Alberto Garín

Cuando yo vivía en Oakland, cerca de San Francisco, la primera vez que fui al peluquero lo primero que me preguntó fue qué tipo de corte quería; lo segundo, a qué iglesia iba los domingos. En el mundo anglosajón se debe más a su manía de categorizarlo todo, en Hispanoamérica es un arma ideológica. El problema aquí está en el hecho de jugar con el éxito económico fundamentándose en las teorías de Weber. Anteponer la conversión al protestantismo como condición imprescindible para el desarrollo económico y el bienestar material.

Fernando Díaz Villanueva

La interpretación de Weber es muy forzada por no decir abiertamente falsa. No existe esa correlación de catolicismo pobre y protestantismo rico. El país más rico de Europa, Liechtenstein, es católico, la región más rica de Alemania, Baviera, también es católica. En Alemania se da la circunstancia de que las regiones tradicionalmente católicas como Renania o la propia Baviera disfrutaban de rentas sensiblemente más altas que las tradicionalmente protestantes como Turingia o Brandeburgo. Algunos de los países más prósperos del mundo como Irlanda,

Luxemburgo, Bélgica o Austria son católicos. En el mundo protestante encontramos, sin embargo, un montón de países pobres. Zimbabue, Zambia o Kenia son mayoritariamente protestantes, pero nadie explica su subdesarrollo a través de la religión, cosa que sí sucede con Ecuador, Colombia o Nicaragua. Las tesis de Weber pueden ser muy queridas por los pastores evangélicos hispanoamericanos, pero no se corresponden con la realidad.

Se diría que Max Weber elaboró su teoría sin mirar el mapa, sin advertir que la propia Europa de su época estaba llena de católicos que prosperaban en igual medida que los protestantes, e ignorando que las principales instituciones del capitalismo habían nacido en países católicos como Italia o Flandes. No es del todo casual que Weber naciese en Turingia o que fuese criado por una madre que era una calvinista muy devota. Traspasó sus propios prejuicios religiosos a sus textos.

Alberto Garín

Pero el discurso funciona muy bien porque exculpa al creyente con un argumento sencillo y fácil de comprender. No prosperaban porque no estaban en el lado correcto del cristianismo. Y esos pastores hispanoamericanos a los que te refieres, antes de alimentar a los fieles tratan de alimentarse a ellos mismos. Cuantos más fieles tengan en la iglesia, más crecerá su organización y así lo hará su patrimonio.

Fernando Díaz Villanueva

Con lo que el principal beneficiado será el pastor y no su grey. O, como ocurrió en el siglo XVI, el príncipe y no sus súbditos.

Alberto Garín

Sí, eso es. Pero el mayor acierto que tuvieron los protestantes no fue ese, sino el de bautizarse a sí mismos como los reformadores, y el mayor desacierto de los católicos fue que se dejaron denominar a sí mismos como contrarreformadores. ¿Quién quiere estar en contra de una reforma? Alguien que acepta la etiqueta de contrarreformado es alguien que da pasos atrás, que es un reaccionario, que no cree en el progreso. De ahí la importancia del título de este libro. Hablamos de una Reforma que no fue porque la reforma ya se había puesto en marcha en el interior de la Iglesia católica.

BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL

Heinrich LUTZ, *Reforma y Contrarreforma: Europa entre 1520 y 1648*, Alianza, Madrid, 2009.

Hubert JEDIN, *Manual de historia de la Iglesia. V. Reforma, Reforma Católica y Contrarreforma*, Herder, Barcelona, 1972.

Teófanos EGIDO, *Las Reformas protestantes*, Síntesis, Madrid, 2010.

Alfredo SÁENZ, *La Reforma protestante*, Gladius, Buenos Aires, 2020.

Mario MIEGGE, *La Reforma protestante y el nacimiento de la sociedad moderna*, Clie, Barcelona, 2016.

Salvador CASTELLOTE, *Reformas y contrarreformas en la Europa del siglo XVI*, Akal, Madrid, 1997.

Lyndal ROPER, *Martín Lutero: Renegado y profeta*, Taurus, Barcelona, 2017.

El Papado de finales del siglo XV al Concilio de Trento

Alejandro VI Borgia (1431-1503). Papa desde 1492 a 1503.

Pío III (1439-1503). Papa en 1503.

Julio II (1443-1513). Papa desde 1503 a 1513.

Leon X Medici (1475-1521). Papa desde 1513 a 1521.

Adriano VI (1459-1523). Papa desde 1522 a 1523.

Clemente VII Medici (1478-1534). Papa desde 1523 a 1534.

Paulo III Farnesio (1468-1549). Papa desde 1534 a 1549.

Julio III (1487-1555). Papa desde 1550 a 1555.

Marcelo II (1501-1555). Papa en 1555.

Paulo IV (1476-1559). Papa desde 1555 a 1559.

Pío IV (1499-1565). Papa desde 1559 a 1565.

Cronología esencial

325

Concilio de Nicea

1075

Bula Dictatus Papae – inicio de la Reforma Gregoriana

1209-1244

Cruzada albigense o contra los cátaros

1414-1418

Concilio de Constanza – condena de Juan Huss

1418

Tomás de Kempis publica la Imitación de Cristo – inicio de la devotio moderna

1431-1445

Concilio de Basilea-Ferrara-Florenca – doctrina conciliarista

1499

El Cardenal Cisneros funda la Universidad de Alcalá de

Henares

1512-1517

V Concilio Letrán – condena del conciliarismo

1517

Lutero presenta sus 95 tesis

1521

Dieta de Worms – Lutero comparece frente al emperador Carlos V

1524

Se crea la Orden de Clérigos Regulares - Teatinos

1524-1525

Guerra de los Campesinos alemanes

1525

Batalla de Pavía – Carlos V derrota a Francisco I, rey de Francia

1525

Se crea la Orden de los Capuchinos – reforma de la de la

Orden Franciscana.

1526

Dieta de Espira – cada príncipe alemán decidirá la religión en su principado.

1527

Las tropas de Carlos V saquean Roma.

1529

Dieta de Espira – Se anula la libertad religiosa de 1526.

1530

Carlos V es coronado emperador por el Papa en Bolonia.

1530

Confesión de Augsburgo – exposición oficial de los principios del luteranismo.

1534

Se funda la Compañía de Jesús.

1534

Mediante el Acta de Supremacía, el rey Enrique VIII se

convierte en la cabeza de la iglesia de Inglaterra.

1535

Se funda la Compañía de las Ursulinas

1541

Juan Calvino toma el control de la ciudad de Ginebra

1545

Comienza el Concilio de Trento.

1555

Se firma la Paz de Augsburgo entre los católicos y los luteranos alemanes.

1559

Tratado de Cateau-Cambresis entre Enrique II de Francia y Felipe II de España.

1562

Santa Teresa lleva a cabo la reforma de las Carmelitas Descalzas.

1563

Se pone fin al Concilio de Trento.

1572

La noche de San Bartolomé en París, donde mueren miles de hugonotes.

1598

Se firma La Paz de Vervins entre Felipe II y Enrique IV de Francia.

1604

Tratado de Londres que pone fin a la guerra entre España e Inglaterra.

1609

Se firma la Tregua de los Doce Años en los Países Bajos.

1618

Comienza la Guerra de los Treinta Años.

1648

Se firma la Paz de Westfalia que pone fin a la Guerra de los Treinta Años.

1685

Luis XIV emite el edicto de Fontainebleau que prohíbe el protestantismo en Francia.

1688

La Revolución Gloriosa en Inglaterra.

1773

El Papa Clemente XIV suprime la Compañía de Jesús. Será restaurada en 1814.

1869-1870

Concilio Vaticano I

1962-1965

Concilio Vaticano II